

EL PRINCIPE  
DE  
MAQUIAVELO,

<http://theprincebookfree.com>

PRECEDIDO DE LA BIOGRAFIA DEL AUTOR  
Y SEGUIDO DEL  
ANTI-MAQUIAVELO  
O EXÁMEN DEL PRÍNCIPE,  
POR  
FEDERICO, EL GRANDE,  
rey de Prusia,  
CON UN PREFACIO DE VOLTAIRE,  
y varias cartas de este hombre ilustre al primer editor de este libro,  
no publicado hasta ahora  
EN ESPAÑA.

MADRID:  
IMPRENTA DE D. JOSE TRUJILLO, HIJO,  
plaza de los Ministerios, 3.  
1854.

#### BIOGRAFÍA DE MAQUIAVELO.[1]

El célebre publicista Nicolas Maquiavelo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469 de una familia cuyo origen se remontaba a los antiguos marqueses de Toscana y particularmente al marqués Hugo, que vivía por el año 850. Los Maquiavelos eran señores de Monte-Sportoli; mas, prefiriendo el derecho de ciudadanos de Venecia, a la conservacion inútil de unas prerogativas que la república naciente les disputaba todos los dias, se sometieron a sus leyes para alcanzar empleos en la alta majistratura. Esta familia fué una de las del partido Güelfo, que abandonaron a Florencia en 1260 después de la derrota de Monte-Aperti. Mas tarde, vuelta a su patria, dió trece gonfaloneros de justicia y cincuenta y tres priores, dignidades entonces consideradas como las mas importantes de la república.

El padre de Maquiavelo era jurisconsulto, y el estado de su fortuna no muy lisonjero. Su madre amaba la poesía y hacía versos con facilidad.

Dícese que en 1494 se puso bajo la direccion del sabio Marcello di Virjilio, profesor de literatura griega y latina y traductor de Dioscorides, y otros aseguran que fué su amanuense. Cinco años después, cuando apenas tenía 29, fué preferido entre cuatro opositores para la plaza de canciller de la segunda cancillería de signori. Muy luego fué nombrado secretario del Oficio de los Diez majistrados de libertad y paz, que constituía el gobierno de la república, y estuvo desempeñando este destino catorce años y cinco meses, hasta el advenimiento de la dinastía de los Médicis, que lo destituyó. Su ocupacion ordinaria en este empleo era la correspondencia oficial que exigía la política exterior e interior, la redaccion de las actas de las sesiones y la de los tratados internacionales. Pero como el gobierno florentino conoció luego los talentos de Maquiavelo, no tardó en estender sus atribuciones, encargándole sucesivamente de veinte y tres legaciones extranjeras y frecuentes comisiones cerca de las ciudades dependientes de la república. Las mas

notables fueron las de Roma, Jénova y Francia. En 1511 tuvo la cuarta legacion en Paris cerca de Luis XII; y, si no pudo asegurar la independencia de su patria, nadie puede negarle la gloria de haber trabajado en esta noble empresa con todo el poder de su jenio y sus relaciones. Atemorizado por los males que amenazaban a su pais, y reconociendo que uno de los mayores embarazos de las circunstancias era la supuesta necesidad de confiar la seguridad del Estado a manos mercenarias, que inspiraban miedo mas que seguridad, imaginó sustituir a las tropas venales con milicias sacadas del seno de la nacion, medida entonces nueva y atrevida, que aconsejó y ejecutó por sí mismo.

Pero el furor de los partidos estaba en grande efervescencia; el papa y el emperador querían restablecer a los Médicis, y el momento era favorable. Florencia se veía gobernada por el gonfaloniero Soderini, hombre presuntuoso y sin convicciones, que se había unido obstinadamente a la Francia, sin conocer que esta potencia no podría favorecerle. Maquiavelo decía, haciendo alusion a esta política: « La buena fortuna de la Francia nos ha costado la mitad de la nacion, y su mala fortuna nos hará perder la libertad. » La prediccion no tardó en realizarse; pues así que las armas francesas perdieron su superioridad en Italia, todas las tempestades se desataron sobre Florencia, que abrió al fin sus puertas a los Médicis. Esta revolucion produjo la ruina del gonfaloniero y causó tambien la caida del secretario. El nuevo señoría lanzó contra él dos decretos: el primero, deponiéndole, privando y despojándole de sus oficios de secretario de la cancillería de los Diez majistrados de libertad y paz; y el segundo, desterrándole por un año de la ciudad de Florencia, sin salir de su territorio, bajo pena de la indignacion del señoría. Verdad es que este rigor se mitigó luego, permitiéndole entrar en el palacio del señoría en diferentes ocasiones; por lo que llegó a sospecharse que andaba en tratos con los Médicis, y que no estaba completamente alejado del nuevo gobierno.

Sea de esto lo que quiera, no tardó en correr graves peligros por haber sido acusado de complicidad en la conspiracion formada por Capponi y Boscoli contra el cardenal de Médicis, después Leon X. Fué preso, y se le aplicó el tormento, con cuyo motivo decía él mismo: « He estado próximo a perder la vida, que solo Dios y mi inocencia han salvado. » Esta persecucion duró hasta el advenimiento de Leon X, que le comprendió en una amnistía. Durante su encierro, buscó el alivio de su suerte en el estudio y las letras, siendo entonces cuando escribió sus obras mas conocidas: El Príncipe, los Discorsi dell Arte della guerra, las historias y las comedias, que son consideradas como uno de los principales monumentos de la literatura moderna. Leon X hizo mas, pues a la muerte de Lorenzo de Médicis llamó a Maquiavelo, y le consultó sobre los medios de reformar la administracion; en 1521 le confió una mision cerca de los frailes menores de Carpi; en seguida recibió orden de fortificar de nuevo la ciudad, y de tratar varios asuntos con Francisco Guicciardini, gobernador en la Romanía; y después fué empleado en el ejército de la Liga contra Carlos V, que fué la última ocupacion notable de su vida.

Vuelto a Florencia a fines de mayo de 1527, quiso tomar un medicamento en que tenía gran confianza para sus dolencias del estómago; y bien pronto, sorprendido por violentos cólicos, espiró (el 22 de Junio) a la edad de 58 años, después de haber recibido los socorros espirituales.

Fué enterrado en la iglesia de Sta. Cruz, en el panteon de su familia, donde reposó mas de dos siglos sin distincion alguna, hasta que lord Nassau Clavering, conde de Cowper, removiendo sus frias cenizas y protejiendo la ereccion de un monumento, enseñó a Florencia que tenía la gloria de haber producido un hombre de que se habría gloriado la sabia Grecia y la política Roma. Este monumento, colocado en la iglesia de Sta. Cruz, es obra de Inocente Spinazzi y lleva esta inscripcion: Tanto nomini nullum par elogium, Nicolaus Macchiavelli obiit. a. p. v. MDXXVII. Una figura representando a la vez la Política y la Historia, con los atributos de las dos ciencias, tiene en la mano derecha un bajo relieve con el busto de Maquiavelo.

Era de una estatura regular, color algo verdoso, y fisonomía espresiva, que anunciaba la fuerza de su espíritu. En la conversacion era gracioso y sencillo, y en la réplica pronto y picante. Hablando un dia con Claudio Tolomeo le dijo este: « En Florencia son los hombres menos ilustrados que en Siena, escepto vos; » y Maquiavelo le respondió: « En Siena los hombres son

mas necios, sin exceptuaros a vos. » Haciéndole notar un día que había enseñado a los príncipes a ser tiranos, respondió: « Yo he enseñado a los príncipes a ser tiranos, pero también he enseñado al pueblo a destruir los tiranos. »

Muchos escritos del secretario florentino son mirados como producciones estimables de un talento superior, y otros son considerados como perniciosos y llenos de abominables doctrinas. En el número de estos últimos se cuentan *Il modo tenuto da Valentino*, etc., apolojía del duque de Valentino, cuando hizo asesinar a Vitellazo-Vitelli, el tratado del Príncipe y algunas opiniones sembradas en los Discursos sobre Tito Livio. Los siete libros de la guerra suponen en Maquiavelo un estudio profundo de la ciencia militar, que un escritor italiano encuentra, no solamente maravilloso en un hombre dedicado a las ocupaciones civiles, sino extraordinario en un viejo general. Según el autor del prefacio de la edición de 1813, Maquiavelo había adquirido este profundo conocimiento meditando sobre las operaciones de los antiguos romanos, que, sin contradicción, son mirados como los primeros maestros del arte. Federico II puso en práctica algunos de sus preceptos, y en Francia hay una obra titulada: *Instrucción sobre materias de guerra*, extractada de los libros de Polivio, Frontin, Vegetio, Maquiavelo y muchos otros buenos autores, París, 1553. Los Discursos sobre Tito Livio, escritos en 1516, en la época de su desgracia, encierran un estudio profundo de este célebre historiador y de Tácito, pudiendo decirse que aprendió con este a leer y explicar a Tito Livio. *La Storie fiorentine*, en que el autor describe además los acontecimientos que destruyeron el imperio romano, es una composición admirable, que da a Maquiavelo un lugar entre los grandes historiadores, de tanto más valor, cuanto los mismos antiguos nada habían dejado para modelo en este género. Bossuet la colmaba de elogios. El carácter del estilo de Maquiavelo, sobre todo en la *Storie* y en la *Vida de Castruccio Castracani*, es elegante y sencillo, lleno de gracias sin artificio, agradable sin insipidez, claro sin ser difuso, y conciso sin oscuridad y sin pretensiones de misterioso.

Aun cuando la celebridad de Maquiavelo sea como político, también tiene derecho a un puesto honroso entre los autores dramáticos. *La Mandragola*, según Voltaire, le coloca sobre Aristófanes. Compuso además *la Clicia*, *la Máscara*, *el Andria*, etc., la graciosa novela de Belphegor y *el Asino d' oro e l Capitoli*, que recuerdan el estilo de Dante. Leyéndolas, es apenas concebible como un hombre tan profundamente versado en los cálculos políticos, ha podido entretenerse, y con tanto brillo, con las musas, adquiriendo laureles en el género épico y en el lírico.

Pero la obra de Maquiavelo que más ha escitado la atención universal es el tratado del Príncipe, reimpresso varias veces en todos los idiomas europeos. Jamás libro alguno fué más combatido, ni dió más margen a más opuestos pareceres: unos vieron en él un código de la tiranía, mientras otros supusieron que había sido inspirado por el deseo de hacerla más odiosa. Rousseau, que es de esta opinión, llega a decir en su *Contrato social* que « El Príncipe es el libro de los republicanos. » Voltaire, por el contrario, se explica así en una carta dirigida al príncipe real de Prusia (luego Federico II) el 20 de mayo de 1738: « La primera cosa de que tengo que hablaros es del modo con que juzgais a Maquiavelo. ¿Cómo no os indignaríais con su lectura como os indignais contra mí porque he elojado el estilo de ese malvado? Los Borgias, padre e hijo, y todos los pequeños príncipes que tenían necesidad de crímenes y de sangre para elevarse, pudieron estudiar esa política infernal; pero es propio de un príncipe como vos detestarla con todos vuestros sentidos. Ese arte, que debe colocarse al lado del de los Locustos y Brinvillers, ha podido dar a algunos príncipes una soberanía pasajera como la herencia que debe procurarse con el veneno; pero nunca ha podido hacer grandes hombres, ni hombres dichosos. ¿Sabeis a donde puede llegarse con esa política desastrosa? A la perdición de todos y a la perdición propia. Decid si puede ser ese el catecismo de vuestra bella alma. » El príncipe contestó a este homenaje lisonjero, con algunas frases eminentemente francesas y las más apropósito para escitar la más viva satisfacción en el corazón de Voltaire: « Lo que he meditado contra el maquiavelismo es precisamente una continuación de la *Henriada*. Sobre los grandes sentimientos de Enrique IV he forjado el rayo, que aniquilará a César Borgia. » En efecto el joven Federico escribió un libro, sobre el cual le decía Voltaire el 27 de diciembre: « Habeis escrito un libro digno de un príncipe, y yo no dudo que una edición del Maquiavelo con ese contraveneno al fin de cada capítulo, será uno de los más preciosos monumentos literarios. El Anti-Maquiavelo debería ser el catecismo de los reyes y de los

ministros. » No seguiremos haciendo mención de la infinidad de críticas y de apolojías, de acusaciones y de elojios que se han prodigado en todos los idiomas a Maquiavelo; limitándonos a presentar un juicio difícil de refutar. Este juicio es del mismo secretario florentino: después de concluir su tratado del Príncipe, escribía a su amigo Francisco Vettori una carta, que se encuentra en la biblioteca Barberini de Roma, y que trasladamos íntegra a continuación, copiada del mismo manuscrito original, porque, valiéndonos de la frase de Buffon, la carta es Maquiavelo mismo: «Magnífico señor: las gracias divinas no fueron jamás tardías [2]. Digo esto, porque me parecía estar, sinó olvidado, al menos, apartado de vuestra amistad. Mucho tiempo habeis guardado silencio, y he procurado adivinar la causa, sin poderla encontrar en las razones que se me ofrecían; solamente imaginaba que los deseos de escribirme habían desaparecido de vos, sin duda porque no me creíais fiel depositario de vuestras cartas, que solo han visto con mi consentimiento Felipe y Pedro. Vuestra carta del 23 me ha consolado, y estoy lleno de placer viendo con que orden y con que calma ejercéis vuestra dignidad. Yo os ruego continúeis así, porque el abandonar sus placeres por los ajenos, pierde los suyos sin disfrutar nada con los de otros, y puesto que la fortuna quiere hacerlo todo, debe dejársela obrar tranquilamente y sin fatigarla, esperando solamente el día en que deje algo que hacer a los hombres. Entonces tendreis mas cuidados, tendreis que dedicaros a los negocios, y yo saldré de mi retiro para deciros: ¿quereis mis servicios? Yo no puedo, sin embargo, deciros en esta carta sinó cual es mi vida, y si juzgais que puede cambiarse con la vuestra, estaré contento con ella. Yo me estoy en este retiro, desde los últimos acontecimientos, habiéndolo abandonado solamente para ir a Florencia el 20 de junio. Me levanto con el día, visito mis gallinas, y después me marcho con mis libros bajo el brazo, semejando a Geta [3] cuando vuelve con los libros de Amfitrion. Me voy a un bosque que he comprado, y paso las horas con los trabajadores, que siempre tienen pendiente alguna disputa, bien entre ellos, bien con los vecinos. Mucho podría deciros sobre este bosque, pues me han sucedido sobre él mil cosas con Frosino de Panzano y con otros que lo querían. Frosino, por ejemplo, me ha cojido una porción de madera, sin decirme una palabra, para el pago, segun dice, de diez libras que le debo y que me ganó en casa de Antonio Guicciardini jugando a la cricca [4]. Comencé a darme al diablo, y quise acusar de ladron al pilluelo que me había mandado; pero Juan Maquiavelo ha mediado, y nos ha puesto en paz. Mientras soplabá esta tramontana Bautista Guicciardini, Felipe Ginori, Tomás del Bene y otros, me han pedido también su parte, de modo que llegará día en que tenga que decir Ya no tengo bosque. Cuando salgo de él, me dirijo a la fuente con el libro que llevo, que suele ser el Dante, Petrarca o alguno de los mas célebres poetas; leo sus amores y sus apasionadas ternuras, recuerdo los míos, y me complazco algun tiempo con los pensamientos que me sujieren. Vuelvo en seguida al pueblo, y me voy á la posada, donde hablo con todos, y les pido noticias de su país; oigo diferentes cosas, y encuentro diferentes gustos y diversas imaginaciones. Cuando llega la hora de comer lo hago con mi brigada, segun mi pobre campo y mi escaso patrimonio me lo permiten. Después de haber comido, vuelvo a la posada, donde encuentro al mesonero, al buhonero, un molinero y dos albañiles, con los cuales me encanallo jugando a la cricca y al trictrac, de donde nacen mil disputas y quimeras, acompañadas de palabras injuriosas, cuyo asunto suele ser un ochavo, y por el cual nos oye gritar todo San Casiano. Metido en tal villanía, impido a mi cerebro que se envanezca, y escito la malignidad de la fortuna, satisfecho de que me haya colocado tan abajo para ver si se avergüenza de verme así. Llegada la noche, me vuelvo a mi casa y entro en mi gabinete; a la puerta me despojo de este vestido de paisano lleno de barro o de polvo, y equipado con traje limpio y de etiqueta, me acerco a los círculos de los hombres antiguos. Acojido por ellos con amor, me lleno de este alimento, el único que me conviene y para el que he nacido; no temo conversar con ellos y pedirles razón de sus acciones, y ellos llenos de humanidad me contestan. Durante cuatro horas no siento, olvido todas las penas, me separo de la pobreza, y ni aun me espanta la muerte; me adhiero a ellos completamente, y como Dante dice que no se tendrá ciencia si no se retiene lo que se haya oido, yo he notado que tenía un capital en sus conversaciones, y he compuesto una obra sobre los principados, estendiéndome lo mas que he podido por el profundo conocimiento que he adquirido del asunto. Examino lo que es un principado, en qué consiste, y sus especies; como se adquieren, como se conservan y como se pierden. Si alguna vez os han agradado mis caprichos, este seguramente no os desagradará: debe ser grato a un príncipe, y sobre todo a un príncipe nuevo. Por eso lo he dedicado a la magnificencia de Julian. Felipe Casavecchia ha visto mi tratado, y podrá instruiros detalladamente de lo que es y de las discusiones que con él he tenido y segun las

que, como siempre, he hecho algunas correcciones. Vós deseais, magnífico embajador, que yo deje mi vida actual para gozar la vuestra: de buena gana lo haría; mas me retienen, sin embargo, ciertos asuntos que no podré terminar hasta dentro de seis semanas. Lo único que me tiene indeciso es que tendré que hablar a Soderini; y sentiría que, en lugar de volver a mi casa, me hicieran descender a una prision, porque, sin embargo de que el Estado tiene sólidos fundamentos, es nuevo y por consiguiente movedizo, y nunca faltará algun intrigante que, por conseguir un buen escote, me haga pagar a mí. Os ruego me libreis de este temor, y de cualquier manera yo iré a veros en el tiempo dicho. He hablado con Felipe acerca de mi opúsculo (el Príncipe) y le he preguntado si le parecía bien que lo diese a luz o que no lo diese, y en caso de darlo, si convendría mejor que yo lo llevase o que os lo mandase. El dejarlo de publicar me hacía pensar naturalmente que Julian no lo leería, y que Ardinghelli se honraría con este último de mis trabajos. La necesidad es lo que me obliga a darlo, porque me arruino, y no puedo estar así mucho tiempo sin que la pobreza se me haga insoportable. Yo desearía que esos señores Médicis empezasen a emplearme, aun cuando fuera en hacer rodar una piedra; y si no alcanzase su benevolencia, me quejaría de mí mismo. Por esta produccion, si fuera elojada, se vería que durante quince años que he pasado estudiando el arte de gobernar, no he perdido el tiempo en dormir y divertirme, y todos pagarían por adquirir la esperiencia a costa del prójimo. No deberían dudar de mi fé, porque, habiéndola guardado siempre, mal puedo aprender ahora a romperla. El que ha sido fiel y bueno durante 43 años (esta es mi edad) no debe cambiar ya de naturaleza. Mi indijencia atestigua mi fidelidad y honradez. Yo desearía que me escribieseis sobre este punto, y me recomiendo a vos. Sed dichoso. — 10 de octubre de 1513, Florencia. — Nicolás Maquiavelo.-

Esta carta no necesita comentarios ni esplicacion. En ella pinta Maquiavelo el estado de su alma, su despecho, su miedo a la miseria, su vergüenza del estado mas que despreciable a que estaba reducido: el lector atento en contrará en ella la clave del Príncipe. Los literatos italianos no juzgan esta obra sin citar su carta a Vetori. Puede consultarse acerca de este punto y sobre otros importantes la escelente disertacion del caballero Baldelli. Tampoco debe olvidarse que el Príncipe fué impreso con un privilejio del papa Clemente VII, dado el 20 de agosto de 1531. En fin, en la dedicatoria de la misma obra se encuentran estas significativas palabras: «Y si al mismo tiempo os dignais bajar la vista a estas rejiones y considerar el miserable estado a que me veo reducido, conocereis, señor, cuan severa e implacable ha sido conmigo la fortuna.»

Sin embargo, no todo es igualmente reprehensible en este libro; pues a menudo se hallan las máximas mas opuestas. En el artículo VII, por ejemplo, al paso que pone por modelo al abominable Borgia, le dice: «vos no podeis llamar virtud a degollar a sus conciudadanos, vender a sus amigos, vivir sin fe, sin piedad, sin relijion: esto podrá dar un reino; pero no gloria; y en el capítulo VIII ataca con vigor las confiscaciones.»

Pero, con todo, nosotros encontramos muy justas las observaciones que sobre la obra y su autor hace un escritor moderno. «Su vida, dice, fué por demás licenciosa y estravagante, señalándose siempre entre los amigos de la disipacion y haciendo el amor aun a una edad muy avanzada. Le escribían de Florencia: Como no estais aquí, ya no se trata de juegos, tabernas, mujeres y demás pasatiempos. Era, sin embargo, individuo de las hermandades mas devotas de Florencia; y con motivo de la fiesta de una de ellas, predicó una vez un sermon lacrimoso, tomando por testo el De profundis, y concluyó exhortando a sus oyentes a que hicieran penitencia e imitasen a San Francisco y San Jerónimo. Tal vez al acabar de predicar de esta manera iba a cantar a la reja de su querida alguna cancion lasciva. Un hombre de estas cualidades no puede ser, como algunos han querido, un republicano ardiente y severo, sinó un escritor eminente, que, como tantos otros, vendía su injenio al que mejor se lo pagaba, para poder entregarse a su vida de licencia o libertinaje.

Con la intencion sin duda de abrirse el camino de los honores y de ganarse la confianza de Julian de Médicis, fué por lo que escribió su tratado del Principe, destinado a indicarle por qué medios puede conservarse un poder nuevo. Su libro está lleno de una sabiduría enteramente romana, llena de egoismo y de una lójica inexorable, fundada siempre en la necesidad de conservacion. «El tirano debe tener siempre en la boca las palabras de clemencia y relijion; pero no debe

inquietarse por faltar a ellas cuando lo exija su interés. Las crueldades son necesarias muchas veces, porque el objeto de un gobierno es durar, y esto no es posible sinó con la ayuda del rigor.» Nada mas lójico ni necesario en el arte de gobernar de aquella época; pero nada mas inmoral ni vituperable a los ojos de la razon, de la humanidad y de la filosofía, hoy que la ciencia del gobierno tiende por todas partes a establecerse sobre los principios salvadores del cristianismo: la libertad, la igualdad y la fraternidad. Los que han imaginado que Maquiavelo escribió su libro irónicamente, con el objeto de hacer odiosa a los pueblos la autoridad y el poder de uno solo, como hizo Sunderland con Jacobo II, o no han visto del Príncipe mas que el título y desconocen enteramente la historia de aquel tiempo, o han escuchado mas el sentimiento humano que la verdad de las cosas y su union. Maquiavelo no trató mas que de reasumir en máximas y observaciones el arte de gobernar de entonces. Sus máximas son pinturas fieles de la época, y fuera de que un fin humanitario y liberal estaba en contradiccion con su vida, sus amistades y carrera, le hubiera sido tambien imposible desarrollarlo en aquellos tiempos bajo la forma del Príncipe, porque nadie le hubiera comprendido. La traicion y la perfidia, la mala fe y los torpes manejos, eran medios de gobierno admitidos entonces por todos los Estados. La política no era la ciencia de los derechos; apoyábase en los hechos, en las prácticas; era el arte de dominar, con honradez o sin ella, de sostenerse a todo precio. Entre los reyes y pontífices de aquel siglo, lo mismo que en los siglos anteriores, el arte de gobernar no enseñaba mas que los medios de evitar la astucia con la astucia y un asesinato con otro. ¿Y como Maquiavelo, el hombre licencioso y escéptico, que ya servía a la república florentina, ya se vendía a los Médicis y los abandonaba en su desgracia para obtener empleos del nuevo gobierno; cómo el amigo de los príncipes, el compañero de mesa de los magnates, había de encerrar bajo tan vil carácter el corazon de un republicano? ¿Donde hay una sola frase de su libro en que se halle manifiesta la ironía? ¿Y porqué se ha de querer disculpar del justo y verdadero castigo que le ha impuesto la posteridad al confidente de los políticos abyectos, de los traidores a su patria, al libertino, que consideraba como el colmo de la miseria el vivir humilde y oscuro; que adula a Leon X, a Clemente VII y al incapaz Lorenzo; que, puesto en el tormento, canta las alabanzas de sus opresores, hoy los adula y mañana los insulta; y todo por una mesa espléndida y unas cuantas queridas? De todas las prostituciones ninguna mas repugnante que la del jenio que se vende a la maldad por un puñado de oro.

## ARTAS SOBRE EL ANTI-MAQUIAVELO.

I.

A Mr. Van Duren, librero, en el Haya.

Bruselas, 1.º de junio de 1740.

Muy señor mio: Me ha remitido V. las poesías latinas de algunos individuos de la Academia Francesa, que a la verdad me interesan muy poco, y se ha olvidado V. de remitirme la Química de Stahl, que me está haciendo mucha falta. Hágame V. el obsequio de enviarmela por el mismo conducto.

Tengo en mi poder un manuscrito singular, de uno de los hombres mas distinguidos de Europa: es una especie de refutacion de Maquiavelo, capítulo por capítulo; obra llena de atrevidos pensamientos y de hechos interesantes, que avivan la curiosidad del lector en provecho del librero. Se me ha encargado que la revise y la dé a la imprenta. No tengo inconveniente en remitir a V. el manuscrito orijinal con tal que mande sacar copia y me lo devuelva; advirtiendole que tengo que añadirle un prefacio. La única condicion que impongo a V. es que ha de procurar se imprima con todo esmero, enviando después dos docenas de ejemplares, magníficamente encuadernados, a la corte de Alemania, con direccion a la persona que diré a V. en tiempo oportuno. Tambien a mi me mandará V. otras dos docenas en pasta. Quisiera además que el libro del Príncipe de Maquiavelo, en francés o en italiano, se imprimiese al lado de la refutacion, todo con buena letra y mucho margen.

Acabo de saber que corren impresos tres folletos contra el Príncipe de Maquiavelo, con diversos títulos; bueno sería que los buscara V. y me los mandara cuanto antes. Si no se encuentran, tampoco harán mucha falta: la obra de que se trata no necesita ayuda tan insignificante.

Su atento y fino servidor.

Voltaire.

II.

Bruselas, 5 de junio de 1740.

Es necesario que me dé V. una respuesta pronta y terminante. Si supiera V. de quien es el manuscrito en cuestion, me estaría V. muy particularmente agradecido, y no tardaria en aprovecharse de esta buena oportunidad: no puedo, por ahora, decir a V. mas. Si no recibo su inmediata contestacion, no estrañe V. que sea otro librero el favorecido.

Su humilde servidor.

Voltaire.

III.

Bruselas, 13 de junio de 1740.

Remito a V. por el correo lo que hay ya copiado de la refutacion de Maquiavelo, y creo que es interés de V. el que se imprima sin tardanza. Le aconsejo que la tirada de los 24 ejemplares para la corte de Alemania se haga sobre el mejor papel posible y con márgenes espaciosa; y para satisfacer de una vez la curiosidad de V. le diré que habrá de remitirlos A S. M. el Rey de Prusia, en mano propia. Esto le valdrá a V. probablemente, además de un buen regalo, el honor de ser librero de S. M. No se olvide V. de buscar tafilete marroquí superior para la encuadernacion, que deberá llevar grabadas las armas reales. Ante todo, la edicion de lujo.

Imprima V. al lado de la refutacion el testo del libro del Príncipe, traducido por Amelot de la Houssave, y mandeme V. un ejemplar de esta traduccion para tenerla presente al escribir el prólogo que se me ha encomendado. Envieme V. tambien diez ejemplares en octavo de mis obras.

He leído con sumo gusto el primer tomo de la Historia de Luis XIV. ¿Cuándo se publicará el 2.º? Tambien me gusta mucho la nueva edicion de Morery, aunque todavía tiene muchas erratas.

Su humilde servidor.

Voltaire

IV.

Bruselas, 15 de junio de 1740.

He recibido su última duplicada. Acúseme V. recibo del orijinal que le envié anteayer.

Hoy remito a V. hasta el capítulo 18, inclusive. Creo que debe V. estarme agradecido por haberle proporcionado tan buen negocio. No me cansaré de aconsejarle que sea espléndido en punto a la impresion de la obra, a fin de que pueda este trabajo honrar a V. tanto como honrará a su ilustre y respetable autor. La reputacion de probidad e intelijencia de que V. goza, me ha inducido a preferirle a los demás.

Recomiendo a V. la mayor actividad posible; y tan luego como se imprima el primer pliego, mándemelo V. por el correo.

Aguardo los diez ejemplares de mis obras y uno de la traduccion de Maquiavelo por Amelot.

Su humilde servidor.

Voltaire.

V.

Bruselas, 19 de junio de 1740.

Recibí la suya del 12; y por su parte debe de haber recibido dos paquetes que contenían la continuacion del Anti-Maquiavelo hasta el capítulo 18.

Ahora le incluyo los capitulos, 19, 20 y 21. No son mas que 26, de modo que no hay que perder tiempo.

Haga V. lo posible por encontrar el Maquiavelo, de Amelot; y si apesar de todo no se encuentra, imprímalo V. en italiano al lado de la refutacion. El Maquiavelo es un libro que será eternamente leído por todos los estadistas y hombres políticos: todos estos entienden el idioma italiano, y además la reunion de dos idiomas en una sola obra será una novedad en materia de literatura. Hay una edicion italiana en tres volúmenes, que tal vez V. mismo habrá reimpresso, y que contiene las obras políticas de Maquiavelo: facilmente puede V. arrancar la parte del libro del Príncipe y enviármela. De todos modos, dígame V. lo que determine hacer, para que pueda yo arreglar el prólogo segun convenga. No revele V. a nadie que el prólogo ha de ser mio; así como yo tampoco revelo por ahora el nombre el autor.

Su humilde servidor.

Voltaire.

VI.

Bruselas, 23 de junio de 1740.

Allá van los capítulos 22 y 23; estoy aguardando con impaciencia la copia de los tres últimos. Cuanto mas leo esta obra, tanto mas me afirmo en pronosticarle un éxito inmenso y duradero, y tanto mas me felicito por contribuir en algo a su publicacion. No vacile V. en imprimir el texto italiano si no se encuentra la traduccion de Amelot. Supongo que ya habrá V. tomado sobre esto una resolucion definitiva. En el Haya podrá V. ver las armas del ilustre personaje, protector de



nuestra publicacion, a quien enviará V. los 24 ejemplares consabidos; y en cuanto al modo de dirijírselos creo que será mejor enviarlos directamente a su secretario particular. Ya le escribiré a V. sobre esto. Si logra V. por este medio proveer de libros la Biblioteca Real, no será corto el servicio que habrá recibido de su humilde servidor.

Voltaire.

VII.

Bruselas, 27 de junio de 1740.

Recibo en este momento la suya del 24 con el prefacio de la traduccion de Amelot, por el cual voy a escribir el que se me ha encargado. Incluyo a V. los últimos capítulos de la obra bajo dos cubiertas distintas: la una marcada A debió haberle sido remitida por el corsario de ayer; la que lleva la marca B no ha podido estar lista hasta hoy.

Puesto que al fin se halló la traduccion de Amelot, no deje V. de imprimirla al lado de la refutacion. Mi prefacio deberá ir colocado antes del de Amelot y del de Maquiavelo, y en él haré una reseña de todo lo contenido en el libro.

Hágame V. el obsequio de enviarme el primer pliego impreso.

Su humilde servidor.

Voltaire.

VIII.

Bruselas, 3 de julio, en la noche,  
para el correo de mañana.

Tengo que acusar a V. recibo de los diez ejemplares de mis obras, que han llegado felizmente a mis manos.

Estoy muy inquieto porque no tengo noticias de V. Por el correo del 27 debe V. haber recibido una carta de aviso y dos envoltorios que contenían los últimos capítulos del Anti-Maquiavelo; y hoy esperaba que me acusaría V. su recibo, y me mandaría el primer pliego impreso de la obra.

El prefacio está ya escrito; pero aguardo la venia indispensable para publicarlo. Le aconsejo a V. que trabaje con suma diligencia, si quiere V. proveer de libros la biblioteca del ilustre personaje, que habrá de ser con el tiempo una de las mas notables de Europa.

Su humilde servidor.

Voltaire.

IX.

Bruselas, 8 de julio de 1740.

Todo va bien. Dese V. prisa; pero bueno será que su corrector ponga mas cuidado en lo que hace, porque veo un error gravísimo en la página 10, donde dice: «No se oían ni se veían mas que lágrimas, etc.» Esto de oír lágrimas es el colmo del ridiculo; debe decir en el orijinal: «No se oían sinó lamentos, ni se veían mas que lágrimas, etc.»

Por lo demás no hay que perder un momento, a fin de que la obra pueda ser presentada en tiempo oportuno a la persona a quien está destinada. Creo que podrá pasar la encuadernacion sin que lleve las armas reales, con tal que sea bueno el tafilete de la cubierta. Alguna moldurilla dorada no le vendrá mal.

Estoy aguardando a que me devuelvan el prefacio para enviarlo a V. en seguida.

Su humilde servidor.

Voltaire.

Nota. La última carta que poseemos de Voltaire contiene la correccion de las pruebas que le enviaban de la imprenta; lectura pesada y sin interés, por lo que juzgamos conveniente omitirla.

## PREFACIO DEL ANTI-MAQUIAVELO.

Al dar publicidad al Anti-Maquiavelo creo, en conciencia, hacer un beneficio a la humanidad. El ilustre autor de esta refutación es una de esas almas grandes que suele crear el cielo a fin de atraer a los hombres a la senda de la virtud con sus preceptos y ejemplos. Hace algunos años que escribió estas reflexiones, con el solo objeto de meditar mejor las verdades que su corazón le dictaba: era muy joven aun, y quería acostumbrarse en edad temprana a la sabiduría y a la virtud. Pero las lecciones que creía tan solo darse a sí mismo, merecen servir de norma a los reyes todos del mundo, y pueden muy bien ser origen de futura felicidad para los pueblos: por esta razón, cuando quiso honrarme poniendo en mi poder su manuscrito, he creído que debía pedirle permiso para publicarlo. El veneno de Maquiavelo circuló demasiado para que yo no me esforzase en prodigar el antídoto. El público se disputaba ya con ansiedad las copias del manuscrito, entre las cuales corrían algunas plagadas de errores; y a fin de evitar que la obra apareciese desfigurada, he querido dar a luz una copia exacta del original en la edición presente, con la que espero se conformarán los demás editores.

El lector se admirará, sin duda, cuando sepa que el que escribió este libro en idioma francés, en un estilo tan noble, tan enérgico y tan puro a veces, es un joven extranjero, que aun no había puesto los pies en tierra de Francia; y no faltará quien crea que se explica mucho mejor que Amelot, intérprete de Maquiavelo, cuya traducción precede por capítulos a la impugnación de nuestro autor. El hecho es inaudito, lo confieso; pero observaré de paso que en todas sus empresas ha obtenido siempre igual éxito la persona a quien me refiero. En fin, poco importa que sea inglés, español o italiano: se trata de su libro, no de su patria; y digo que, en mi opinión, está mejor pensado y mejor escrito que el libro de Maquiavelo, y es una felicidad para el género humano el ver que, al fin, se le presenta la virtud mejor adornada que el vicio.

Dueño de este precioso depósito, he creído deber omitir ciertas expresiones que no son de puro origen francés, aunque merecen serlo; y me atrevo a decir que esta obra, tal cual la ofrezco al público, puede servir de modelo en nuestro idioma y de ejemplo a nuestras costumbres. Por lo demás debo advertir que no todos sus capítulos son impugnaciones de los respectivos de Maquiavelo, porque no en todos ellos predica el crimen el escritor italiano. En tales casos puede decirse que nuestro autor no refuta, sino comenta; y tal vez hubiera sido mejor dar a su libro el título de Exámen o Análisis de las doctrinas de Maquiavelo.

El ilustre autor ha dado amplia respuesta a su adversario: a mi me toca ahora contestar brevemente al prefacio de Amelot, traductor de Maquiavelo.

Amelot ha querido pasar por un profundo político; si no lo ha conseguido, yo por mi parte puedo asegurar que el autor del Anti-Maquiavelo es positivamente lo que Amelot aparentaba ser.

Amelot era uno de esos autores que escriben para comer, y el mayor favor que puedo hacerle es decir que, si tradujo a Maquiavelo y sostuvo sus doctrinas, fué con la intención de vender el libro, y no de persuadir a sus lectores. En su Epístola dedicatoria habla mucho de razones de estado y de cuestiones vitales; y yo diré, con su permiso, que el hombre, como él, que no supo mejorar su estado miserable, ni pudo nunca pasar de un mal vivir, mal puede entender las cuestiones vitales ni las razones de estado.

Amelot quiere justificar a su autor protegido, citando el testimonio de Justo Lipsio que, dice él, era tan devoto y religioso como sabio y político. A esto respondo: —1.º que ni Justo Lipsio, ni los sabios todos del mundo son suficiente autoridad para deponer en favor de una doctrina funesta al género humano. —2.º que la piedad y la religión, de que hace tan intempestivo alarde, enseñan precisamente una doctrina diametralmente opuesta a la de Maquiavelo. —3.º que Justo Lipsio nació católico, se hizo luterano, luego calvinista, y en fin volvió a convertirse al catolicismo; visto lo cual, nunca pasó por hombre religioso, apesar de haber compuesto unas poesías detestables, que dedicó a la Virgen María. —4.º que su voluminoso Libro de Política es la mas despreciable y despreciada de sus obras, apesar de haberlo dedicado a los reyes, principes y emperadores. —5.º

que, aparte de todo esto, Justo Lipsio dice, hablando de Maquiavelo, todo lo contrario de lo que Amelot quiere que diga. «Pluguiera a Dios, (dice Justo Lipsio en la página 9 de su obra citada) que Maquiavelo hubiese logrado enseñar a su príncipe la senda verdadera que conduce al templo del honor y de la virtud; pero, atento solo a lo que es útil, se ha olvidado de lo que es justo y honorífico.» Amelot ha suprimido espresamente estas palabras del testo que cita. Verdad es que la moda pedantesca de su época le prescribía citar a tontas y a locas; pero alterar de ese modo un punto tan esencial, no es ya pedertería sinó calumnia. El grande hombre que me ha designado para ser su editor no cita nunca; pero, o mucho me engaño, o creo que su obra será citada eternamente por los partidarios de la razon y de la justicia.

Amelot se empeña en probar que Maquiavelo no es impío: ¡buena ocasion por cierto para hablar de su piedad! ¡El hombre que se ha atrevido a dar al mundo lecciones de asesinato y de envenenamiento, encuentra un traductor que se digna informarnos de que era devoto!

Amelot se cansa en balde; no se engaña al público de ese modo. Por mucho que diga que Maquiavelo habló ventajosamente de los Jacobinos y Franciscanos se le contestará que no se trata ahora de frailes, sinó de reyes, de príncipes, a quienes quiso enseñar el arte de ser malos, cosa ya muy sabida antes que Maquiavelo la enseñase.

¿Quedarían justificados Cartouche, Miriwits o Ravailac con decir que eran relijiosos? ¿Es posible que haya de emplearse siempre la sagrada palabra de relijion para mancillar la probidad y justificar la corrupcion y el crimen?

Cesar Borgia, dice Amelot, es un buen modelo para los príncipes bisoños.» Sin duda quiso decir para los usurpadores. Pero, en primer lugar, no todos los príncipes bisoños son usurpadores: los Médicis no lo eran apesar de ser bisoños en el arte de reinar; y en segundo lugar, César Borgia, el bastardo del papa Alejandro VI, detestado de todos, y al fin perseguido por la desgracia, es un malísimo modelo para un jóven príncipe.

Amelot, para concluir, afirma que Maquiavelo aborrecía la tiranía. Lo creo: no hay nombre en el mundo que no la abomine; pero, en tal caso, Maquiavelo es un escritor vil y despreciable, pues que aborrecía la tiranía, y sin embargo la enseñaba.

No diré mas, porque podría debilitar los sentimientos y espresiones del ilustre autor de este libro. Lealo el publico y juzgue.

Bruselas, a 24 de junio de 1740.

Voltaire.

Yo, el infrascrito, he entregado el manuscrito orijinal, en manos de Mr. Cirilo Le-Petit, censor eclesiástico de la Iglesia Galicana en el Haya, cuyo manuscrito orijinal está en un todo conforme con el testo del libro titulado Anti-Maquiavelo o exámen del Príncipe de Maquiavelo; y tengo por defectuosa cualquiera otra edicion, debiendo los editores arreglarse en lo sucesivo al testo de la presente.

Haya, 12 de octubre de 1740.

Francisco Arouet de Voltaire.

NICOLAS MAQUIAVELO,  
CIUDADANO Y SECRETARIO DE FLORENCIA,  
AL

Magnífico Señor

LORENZO DE MEDICIS,

DUQUE DE URBINO, SEÑOR DE PÉSARO,

ETC. ETC. [1]

Los que desean captarse la voluntad de un príncipe suelen ofrecerle presentes de raro mérito, o aquellas cosas que son conocidamente de su agrado: unos le presentan armas o caballos, otros telas de oro, piedras preciosas, alhajas, en fin, dignas de su grandeza. Deseando yo, pues, ofrecer una prueba de mi adhesión y respetuosa obediencia, he encontrado que la alhaja de más valor, y tal vez la única que poseo, es el conocimiento de lo que han hecho los grandes hombres; conocimiento que he adquirido con una larga experiencia de la política moderna, y una lectura continua de la que seguían los antiguos. De todo esto, meditado y examinado con detención escrupulosa, he formado un pequeño volumen, que os envío, pues, aunque creo que mi obra es indigna de tamaño honor, sin embargo, confío en que será acogida con benevolencia, considerando que no puedo ofrecer mayor regalo que el conocimiento instantáneo de lo que tantos años y peligros me ha costado aprender. No he engalanado esta obra con flores retóricas, ni con palabras altisonantes, porque he creído que la gravedad de la materia bastaba para darle lustre y hacerla agradable. Tampoco quiero que se me acuse de presuntuoso, si desde la humilde esfera en que me hallo situado, me atrevo a examinar y a dar consejos a los gobiernos de los príncipes; porque, así como el artista se coloca en los llanos para pintar con más facilidad los montes y colinas, y, por el contrario, sube a las colinas para obtener mejor vista de los llanos y praderas, del mismo modo, para conocer bien la naturaleza de los pueblos, es preciso ser príncipe, y, para comprender la de los príncipes, es necesario ser hijo del pueblo. Recibid, pues, este corto presente con la misma buena voluntad con que yo os lo ofrezco, y en él hallareis una prueba del ardientísimo deseo que tengo de veros elevado a la grandeza que os prometen vuestras riquezas y vuestros talentos. Y si al mismo tiempo os dignais bajar la vista y considerar el miserable estado a que me veo reducido, conoceréis, Señor, cuán severa e implacable ha sido y es conmigo la fortuna.

Nicolas Machiavelli.

EL PRINCIPE.  
CAPITULO PRIMERO.

Cuantos jéneros hay de principados, y por qué medios se adquieren.

Todos los estados, todas las soberanías que tienen o que han tenido autoridad sobre los hombres, han sido y son, o repúblicas, o principados.

Los principados son, o hereditarios en una familia, cuyos antecesores han sido príncipes desde la antigüedad, o bien son nuevos sin estas condiciones.

Entre los principados nuevos, los unos, o son enteramente nuevos, como lo era el de Francisco Esforcia en Milan [1], o son como miembros reunidos al estado hereditario del príncipe que los adquiere: tal es el reino de Nápoles con respecto al rey de España [2]. Esta clase de estados, o viven bajo el dominio de otro príncipe, o gozan de entera libertad; y para adquirirlos, pueden emplearse armas propias y ajenas, o abandonarse a la fortuna, o hacer alarde del oro, del talento o del valor.

1. Volver arriba Hijo natural de Esforcia (Attendolo): nació en 1401, siguió a su padre en muchas campañas, y con su buena maña hizo suyo el ejército que aquel había formado, a cuyo frente peleó en la Lombardía con el célebre Carmañola. Tomó la Marca de Ancona en 1434 al papa Eujenio IV, y la constituyó en estado independiente; y por último, de protector que era, llegó a ser conquistador del ducado de Milan. Falleció en 1466. (N. del T.)

Volver arriba

2. Sabido es que la corona de Nápoles perteneció a España durante los siglos XVI y XVII. (N. del T.)

## CAPITULO II.

### De los principados hereditarios.

No hablaré ahora de las repúblicas, habiéndolo hecho ya en otra obra con estension [1], y solo fijaré la consideracion en los principados, siguiendo las divisiones que acabo de indicar, para examinar el modo de gobernar y de conservar estos diferentes estados.

Es preciso convenir desde luego en que es mucho menos difícil mantener los estados hereditarios, acostumbrados a la familia de su príncipe, que los estados nuevos. En efecto, el príncipe hereditario no necesita mas que una capacidad regular para mantenerse siempre en sus estados; y no hay duda que lo conseguirá, sometiéndose a la imperiosa necesidad de los tiempos en que vive, y no saliendo voluntariamente del orden y método establecidos por sus predecesores, a no venir a despojarle una fuerza infinitamente superior: aun en este último caso podrá volver a recobrarlos a pocos reveses de fortuna que sufra el que los ocupe después de él. Tenemos un ejemplo de esto dentro de Italia en la persona del duque de Ferrara [2], el cual pudo resistir a los Venecianos en el año de 1484, y al papa Julio II, en el de 1510, solamente porque era un soberano antiguo en este ducado. El príncipe natural debe ser mas amado, no teniendo tanta ocasion y necesidad de vejar a sus súbditos; y es regular tambien que estos le tengan inclinacion, no haciéndose aborrecible por vicios extraordinarios. La misma antigüedad y duracion de un gobierno desvanece los deseos y disminuye las ocasiones de mudarle, porque toda mudanza tiene sus inconvenientes, y deja sentados los cimientos para otra nueva.

1. Volver arriba En sus discursos sobre Tito Livio.
2. Volver arriba Alfonso de Este, a quien Julio II escomulgó y quiso despojar de su ducado

### CAPITULO III

#### De los principados mistos.

Síguese, pues, que las dificultades mas grandes se encuentran en el principado nuevo, al cual podrá llamarse soberanía mista, cuando no es nuevo absolutamente, sinó como un miembro incorporado a otra soberanía. Estas mismas dificultades nacen de las variaciones que ocurren naturalmente en los principados nuevos; porque, si al principio los vasallos se prestan con gusto a mudar de señores, creyendo que el cambio es ganancioso, y, llevados de esta opinion, toman las armas contra aquel que los gobierna, suelen engañarse, y no tardar luego en reconocer que su situación empeora cada día, siendo muchas vezes los males que experimentan consecuencia necesaria de la mudanza. En efecto, todo príncipe nuevo se ve precisado a vejar mas o menos a sus nuevos súbditos, ya sea con la permanencia de las tropas que necesita mantener en el país, ya con otra infinidad de incomodidades que acarrea siempre la nueva adquisicion [1]. Así es que este príncipe tiene por enemigos a todos aquellos que ha perjudicado con la ocupacion del señorío, y no puede conservar en su amistad a los que le han colocado en él; porque ni puede llenar las esperanzas que tenían concebidas, ni valerse abiertamente de medios violentos contra aquellos mismos a quienes debe estar reconocido; puesto que un príncipe aunque tenga fuerzas, necesita del favor y benevolencia de los habitantes para entrar y mantenerse en el país adquirido. Por esta razon Luis XII de Francia perdió el estado de Milan tan presto como lo ganó; y Luis Esforcia lo recuperó, la primera vez, solo con presentarse delante de las puertas de aquella ciudad: como que el pueblo, que se las había abierto al rey, desengañado bien pronto de la esperanza que tenía concebida de mejorar su suerte, se cansó al instante del príncipe nuevo.

Es cierto tambien que no se pierde con tanta facilidad un país rebelde, después de haber sido reconquistado, porque el príncipe, a pretesto de la rebelión, no repara tanto en usar de aquellos medios que pueden asegurarle la conquista; y así castiga a los culpables, atiende mas a contener los sospechosos, y se fortifica hasta en los lugares de menor peligro. Por esta razon, si la primera vez Luis Esforcia no necesitó mas que acercarse a las fronteras del Milanésado para quitárselo a los franceses, la segunda, para apoderarse del mismo estado, tuvo necesidad de juntarse con otros soberanos, y de destruir los ejércitos franceses y arrojarlos de Italia. La diferencia proviene de los motivos que acabamos de indicar.

Resta ahora examinar las causas que motivaron la segunda desgracia del rey de Francia, y tratar de los medios que hubiera debido emplear aquel príncipe para no perder su nuevo estado; medios que son aplicables a cualquier otro príncipe que se hallare en circunstancias semejantes.

Supongo desde luego que un soberano quiere reunir a sus antiguos dominios otro estado nuevamente adquirido. Lo primero que se debe considerar es si este último confina con los otros, y se habla en ambos la misma lengua o no. En el primer caso, es muy fácil conservarlo, sobre todo si los habitantes no están acostumbrados a vivir libres; porque entonces, para asegurar la posesion, basta haberse estinguido la línea de sus antiguos príncipes, y por lo demás, conservar sin alteracion sus usos y costumbres. De este modo se mantendrán tranquilos bajo el dominio de su nuevo señor, a no existir entre ellos y sus vecinos una antipatía nacional. Así hemos visto fundirse sucesivamente en la Francia, la Borgoña, la Bretaña, la Gascuña y la Normandía; porque, aunque hubiese alguna diferencia en la lengua de estos pueblos, podían conciliarse entre sí, siendo muy parecidos en sus usos y costumbres. El soberano que adquiere esta clase de estados necesita atender a dos cosas solamente, si quiere conservarlos: la primera es, como queda dicho, el que se haya estinguido la antigua dinastía; y la otra, que no altere sus leyes, ni aumente las contribuciones. De este modo se reunen y confunden insensiblemente los estados nuevos con el antiguo, y en poco tiempo no forman mas que uno solo.

Las mayores dificultades se encuentran cuando en el país nuevamente adquirido, la lengua, las costumbres y las inclinaciones de los habitantes son diferentes de las de los súbditos antiguos: entonces, para conservarlo, se necesita tener tanta fortuna como habilidad y prudencia.

Uno de los arbitrios mas eficazes y preferibles con que el nuevo soberano hará mas durable y segura la posesion de semejantes estados, será fijar en ellos su residencia. De este medio se

valió el Turco con respecto a la Grecia; país que jamás hubiera podido mantener bajo su dominio, por mas precauciones que hubiera tomado, si no se hubiese decidido a vivir en él. Con efecto, cuando el soberano está presente, ve nacer los desórdenes, y los remedia al instante; pero, estando ausente, muchas veces no los conoce hasta que son tan grandes que ya no puede remediarlos. Además de esto, la nueva provincia se ve de esta suerte libre de los robos y vejaciones irritantes de los gobernadores, y en todo caso logra las ventajas de un pronto recurso a su señor, el cual tiene así mas ocasiones de hacerse amar por los nuevos súbditos, si se propone obrar bien, o de hacerse temer, si quiere portarse mal. Agréguese que, cuando un extranjero quisiere invadir el nuevo estado, se hallaría detenido por la dificultad suma de quitárselo a un príncipe vijilante, que reside en él.

Será otro modo excelente enviar colonias de súbditos antiguos a una o dos plazas, que seran como la llave del país conquistado: medida indispensable, a no mantener allí un número crecido de tropas. Estas colonias cuestan poco al príncipe, y solo serán gravosas a aquellos individuos particulares que le inspirasen rezelos, o que tratase de castigar, despojándoles de sus haciendas y dándoselas a otros moradores nuevos mas seguros. De este modo, como siempre es corto el número de los despojados, y estos en adelante no podrán causar daño por haber quedado pobres y dispersos, se logra mas facilmente que se mantengan sosegados todos los demás, como suelen estarlo por lo regular, no habiendo sufrido perjuicio alguno, y temiendo, si llegan a inquietarse, la suerte de los primeros. Concluyo, pues, que estas colonias son menos costosas y mas fieles al príncipe, sin necesidad de mas castigos, ni despojos que los que al principio hiciese, como hemos dicho. Y aquí debo advertir que es necesario ganar la voluntad de los hombres, o deshacerse de ellos porque, si se les causa ofensa lijera, podran luego vengarla; pero arruinándolos, aniquilándolos, quedan imposibilitados de tomar venganza. La seguridad del príncipe exige que la persona agraviada quede reducida al extremo de no poder inspirar rezelos en lo sucesivo.

Pero si, en lugar de colonias, mantiene el soberano un número crecido de tropas en el nuevo estado, gastará infinitamente mas y consumirá todas las rentas del país en su defensa; de suerte que la adquisicion le traerá mas pérdida que ganancia. Los daños que causa este último arbitrio son tanto mayores cuanto se estienden indistintamente a la universalidad de los habitantes, molestándoles con las marchas, alojamientos y tránsito continuo de los militares: incomodidad que alcanza a todos, y que, al cabo, hace a todos enemigos del príncipe; y enemigos peligrosos, porque, aunque estén sujetos y subyugados, permanecen en sus propios hogares. En fin, no hay razon que no persuada de que es tan útil este último sistema de defensa, como ventajoso el de las colonias que hemos propuesto.

Debe tambien el nuevo soberano de un estado distante, y diferente del suyo, constituirse en defensor y jefe de los príncipes vecinos mas endebles, estudiar como ha de debilitar al estado vecino que sea mas poderoso; impidiendo sobre todo que ponga allí los pies cualquier extranjero que tenga tanto poder como él; porque sucederá a las vezes que llamen a alguno los mismos descontentos, o por miedo, o por ambicion, como los de Etolia llamaron a la Grecia a los Romanos, y como siempre fueron llamados estos últimos por los habitantes del país en todas las provincias donde entraron. La razon es muy sencilla, pues al extranjero recién venido se le reunen siempre los menos fuertes, por cierto motivo de envidia que les anima contra el más poderoso. De modo que, sin esfuerzo alguno, logra el invasor atraerlos a su partido.

El príncipe que se hallase en este caso, deberá atender unicamente a que sus nuevos amigos no tomen mucha fuerza, al paso que con sus tropas procurará debilitar y abatir a los fuertes y poderosos: de esta suerte conservará su independencia, y no tendrá partícipes en la soberanía, si llega a adquirirla. El que no sepa valerse de estos arbitrios, bien pronto perderá cuanto hubiere adquirido, y esperimenterá innumerables dificultades y trabajos mientras lo conservare.

Con gran cuidado empleaban los Romanos en las provincias de que se hacían dueños, los medios que acabamos de apuntar: a ellas enviaron colonias; sin acrecentar sus fuerzas, sostuvieron a los príncipes menos poderosos; disminuyeron las de aquellos que podían infundirles temor, y nunca permitieron que un extranjero poderoso adquiriese en ellas la menor influencia.



Tomando por ejemplo la provincia de Grecia, observamos desde luego como sostuvieron en ella a los pueblos de Etolia y de Acaya; debilitaron el poder de los Macedonios; lanzaron de allí a Antioco; por mas servicios que recibieran de los Aqueos y Etolios, jamás les permitían el menor aumento de dominacion; desatendieron constantemente todos los medios de persuasion que empleó Filipo, no queriendo admitir la amistad suya, sinó para debilitar su poder; y siempre temieron demasiado a Antioco, para consentirle que conservase señorío alguno en aquella provincia.

Hicieron, pues, los Romanos en esta ocasion lo que debe hacer todo príncipe prudente; el cual no solo acude al remedio de los males presentes, sinó que tambien precave los que están por venir. Cuando los males se preven anticipadamente, admiten remedio con facilidad; pero si se espera a qué esten encima para curarlos, no siempre se logra el remedio, haciendose a vezes incurable la enfermedad. En los principios la tisis es facil de curar, y difícil de conocer; mas, si no se conoce, ni cura en su orijen, con el tiempo viene a hacerse una enfermedad tan fácil de conocer, como difícil de curar. Este ejemplo, sacado de la medicina, puede aplicarse exactamente a los negocios de estado, porque, habiendo la debida prevision, talento que unicamente tienen los hombres hábiles, los males que pueden sobrevenir se remedian pronto; pero cuando; por no haberlos previsto al principio, llegan luego a tomar tanto incremento, que todo el mundo los advierte y conoce, ya no tienen remedio.

Por eso los Romanos que prevenían los peligros antes que llegaran, se aplicaban a precaverlos con celeridad, sin dejarlos agravarse o empeorarse por evitar una guerra. Sabían muy bien que una guerra en amago, al fin no se evita, sinó que se dilata con gran ventaja siempre del enemigo. Ajustados a estos principios, decretaron prontamente la guerra contra Filipo y contra Antioco en Grecia, por no tener que defenderse de estos mismos soberanos en Italia. Es cierto que pudieron entonces no tenerla con ninguno de los dos; pero no quisieron tomar ese partido, ni seguir la máxima de ganar tiempo, que tanto recomiendan los sabios de nuestros dias. Usaron unicamente de su prudencia y de su valor, porque, con efecto, el tiempo todo lo arrastra, y puede traer tras de sí tanto el bien como el mal, y el mal como el bien.

Volvamos ahora a la Francia y examinemos si en algun modo siguió los principios que acabamos de esponer. No hablaré de Carlos VIII, sinó de Luis XII, que, por haber dominado mas largo tiempo en Italia, nos dejó vestijios mejor señalados para que podamos llevar mas adelante la observacion de su conducta en la que echaremos luego de ver que hizo cabalmente lo contrario de lo que convenía para conservar un estado tan distinto del suyo.

Luis fué llamado a Italia por la ambicion de los Venecianos que intentaban servirse de él para apoderarse de la mitad de la Lombardia. No reprobaré yo esta entrada del rey en Italia, ni el partido que entonces tomó; porque a la sazón, no teniendo amigos en aquel país, y habiéndole cerrado todas las puertas la mala conducta de su antecesor Carlos, tal vez le sería indispensable aprovecharse de aquella alianza que se le presentaba, para volver a entrar en Italia como quería; y hubiera sido favorable el éxito de su empresa, si hubiese sabido conducirse despues. Con efecto, este monarca recobró al instante la Lombardia, y con ella el crédito que habia perdido Carlos. Génova se sometió, los Florentinos desearon y obtuvieron su amistad, y todos los demás estados pequeños se apresuraron a pedírsela y como el marqués de Mántua, el duque de Ferrara, los Bentivoglios (señores de Bolonia) la condesa de Forli, los señores de Faenza, Pésaro, Rímimi, Camerino, Piombino, y los de Luca, Pisa y Sena.

Entonces los Venecianos llegaron a conocer su imprudencia y el partido temerario que habían abrazado; como que, por adquirir dos plazas en Lombardia, daban al rey de Francia el dominio de las dos terceras partes de Italia.

Y ¿cuan fácilmente hubiera podido el rey, conociendo y sabiendo seguir las reglas anteriormente indicadas, mantenerse poderoso en Italia, y conservar y defender a sus amigos? Estos, aunque numerosos y fuertes, temían a la Iglesia y a los Venecianos, y debían por su propio interés

mantenerse unidos a él: Luis podía también con sus socorros fortificarse fácilmente para rechazar a cualquiera otra potencia peligrosa.

Mas, apenas entró en Milan, siguió el sistema opuesto, dando socorro al papa Alejandro para invadir la Romanía. No conoció que, obrando así, se debilitaba a sí mismo; que se privaba de los amigos que se habían arrojado a sus brazos; y que engrandecía a la Iglesia añadiendo al poder espiritual, que le daba ya tanta fuerza, el temporal de un estado tan considerable. Cometida esta falta primera, tuvo luego necesidad de llevarla adelante hasta el punto de verse precisado a volver a Italia para poner límites a la ambición del mismo Alejandro, e impedir que se apoderase de la Toscana.

No contento con haber aumentado el poder de la Iglesia, y después de haber perdido sus aliados naturales con el deseo de enseñorearse del reino de Nápoles, hizo la locura de partirlo con el rey de España; y así, siendo él antes árbitro único de Italia, se creó en ella un rival, un concurrente, a quien pudiesen recurrir los descontentos y los ambiciosos; y pudiendo haber dejado en este reino un rey que hubiese sido tributario suyo, le echó de allí, para poner otro en su lugar con bastante poder para echarle a el mismo.

Es tan natural como común el deseo de adquirir, y los hombres más bien son alabados que reprendidos cuando pueden contentarlo; pero aquel que solo tiene deseos y carece de medios para adquirir, es un ignorante y digno de desprecio. Si el rey de Francia podía con sus propias fuerzas atacar al reino de Nápoles, debía hacerlo; pero, si no podía, a lo menos no lo debía dividir; pues, aunque el repartimiento de la Lombardía con los Venecianos merezca alguna excusa, porque estos le habían proporcionado el medio de entrar en Italia, el repartimiento de Nápoles solo merece censura, porque no había motivo que lo aconsejara.

Cometió, pues, el rey Luis cinco faltas absurdas en Italia: aumentó la fuerza de una potencia grande, y destruyó las potencias pequeñas, llamó a un extranjero muy poderoso; no vino a vivir en la Italia, ni hizo uso de las colonias. A pesar de estos errores, todavía hubiera podido sostenerse, a no haber prometido el sexto, que fue despojar a los Venecianos. Es verdad que, si no hubiera engrandecido el estado de la Iglesia, ni llamado a Italia a los Españoles, hubiera sido necesario debilitar los estados de Venecia; pero jamás debía consentir su ruina, habiendo tomado el primer partido. Manteniéndose los Venecianos poderosos, hubieran impedido que los otros soberanos formasen designios contra la Lombardía, ya porque no lo hubieran consentido, no pudiendo ellos mismos apoderarse de ella, ya porque no hubieran querido los otros quitársela a la Francia para dársela a aquellos, o que no fuesen tan audaces que vinieran a atacar a estas dos potencias.

Si se replica que el rey Luis cedió la Romanía a Alejandro VI y un trono a la España por evitar una guerra, responderé con lo que ya tengo dicho: que nunca debe dejarse empeorar un mal por evitar una guerra, pues al cabo no se evita, y solamente se dilata en daño propio. Si alegan otros la promesa que Luis había hecho al papa de concluir por él esta empresa, con la condición de que quitaría todo el impedimento para su matrimonio [2] por medio de una dispensa, y que daría el capelo al arzobispo de Ruan [3]; mi respuesta se halla en un artículo inmediato, donde hablaré de la palabra del príncipe y de como debe guardarla.

Perdió, pues, el rey Luis la Lombardía, por no haber observado ninguna precaución de aquellas que toman otros al apoderarse de una soberanía que se quiere conservar. Nada menos extraño que semejante suceso, y nada al contrario más natural, más regular y consiguiente. Del mismo modo me espliqué en Nantes con el cardenal de Amboise, cuando el duque de Valentino (así era llamado comúnmente el hijo del papa Alejandro) ocupaba la Romanía. Diciéndome este cardenal que los Italianos hacían la guerra sin conocimiento, le respondí que los Franceses no entendían maldita la cosa de política, porque, entendiendo algo, jamás hubieran consentido que la Iglesia llegase a semejante estado de grandeza. Luego se ha visto palpablemente que el acrecentamiento de esta potencia y el de la España en Italia, se le debe a la Francia; y no proviene de otra causa la ruina de la misma Francia en Italia. De aquí se deduce una regla general que nunca o rara vez falla, y es la siguiente: El príncipe que procura el engrandecimiento de otro

labra su ruina, porque claro está que para ello ha de emplear sus propias fuerzas o su habilidad, y estos dos medios que ostenta, siembran celos y sospechas en el ánimo de aquel que por ellos ha llegado a ser mas poderoso.

1. Volver arriba Bien sabidos son los versos que Virjilio pone en boca de la reina Dido, confirmando esta verdad.

Res dura el regni novitas me talia coguni

Holiri, el late fines custode tueri.

2. Volver arriba Con Ana de Bretaña. Nardi dice con esto motivo que el papa Alejandro VI y el rey Luis XII, se servían mutuamente de lo espiritual para adquirir lo temporal: Alejandro a fin de conseguir la Romanía para su hijo, y Luis para unir la Bretaña a su corona. Véase la historia de Florencia. (N del T.)

3. Volver arriba Jorje de Amboise, que administró la Francia reinando Luis XII, por el poderoso influjo que tuvo en las determinaciones de este monarca. Habiéndose propuesto suceder en el pontificado al papa Alejandro VI, y queriendo valerse para este fin del crédito de César Borgia, hijo del mismo papa, indujo al rey a que le diese a este último el ducado de Valentino con una pension considerable, y se mostró en todo muy solícito favorecedor de los designios de su Santidad. Alejandro se valió de él para conseguir que Luis le ayudase a arruinar enteramente la familia de los Orsinis, que no merecía ser maltratada por la Francia; pero el cardenal persuadió al rey que no llegaría, como deseaba a recobrar el reino de Nápoles, si no daba aquel gusto al papa. Los Orsinis fueron luego sacrificados a las miras de una política tan torpe como insidiosa, y no por eso logró las suyas el cardenal después de la muerte del papa Alejandro. (N. del T.)

## CAPITULO IV

Porqué el reino de Darío, conquistado por Alejandro, no se levantó contra los sucesores de este después de su muerte.

Cuando se consideran las dificultades que se encuentran para conservar un estado recientemente conquistado causa jeneralmente admiracion ver que el imperio del Asia, del que se hizo dueño en pocos años Alejandro el Grande, habiendo muerto este tan pronto que apenas tuvo tiempo para tomar posesion de él, no padeció una revolucion completa. Se mantuvieron, no obstante, sus sucesores en aquel estado, sin experimentar mas dificultad para conservarlo, que la que entre ellos mismos produjo su propia y particular ambicion.

Yo responderé a esto, que todos los principados de que se conserva alguna noticia por la historia, han sido gobernados de dos diferentes modos: o por un príncipe absoluto, ante el cual fueron esclavos todos los demás hombres, y a quienes se concediera, como ministros y por una gracia especial, la facultad de que le ayudasen a gobernar su reino; o por un príncipe y por los grandes de aquel mismo estado, no gobernando estos últimos por favor particular del primero, sinó solamente en virtud de un favor inherente a la antigüedad de su familia, y teniendo tambien señoríos y vasallos particulares que les reconocieran por sus dueños, y les consagraran una devocion personal.

En los paises gobernados por un principe y por esclavos, tiene el príncipe infinitamente mucha mas autoridad; porque, con efecto, nadie reconoce en sus estados otro soberano mas que a él; y aun cuando obedezcan a otros individuos, lo hacen como a ministros u oficiales del primero, sin tenerles afecto particular. La Turquía y la Francia nos presentan en el dia ejemplos de estas dos especies de gobierno. Toda la monarquía turca se gobierna por un señor, en cuya presencia son esclavos todos los demás hombres: divide, pues, su reino en diferentes provincias, y a cada una envía administradores, mudándoles o quitándoles a su arbitrio; pero el rey de Francia se ve rodeado de una multitud de personas ilustres por la antigüedad de su familia, que tiene vasallos que la reconozcan y estimen como a su señora, y que disfruta en suma de varias prerogativas que el rey mismo no podría quitarles sin correr algun riesgo.

Si queremos examinar estas dos soberanías, verémos que se necesita vencer grandes dificultades para apoderarse de un reino gobernado como la Turquía; pero que tampoco hay cosa tan fácil como conservarlo, una vez conquistado. Ciertamente es dificultoso apoderarse de un estado semejante, porque cualquiera que lo intente, no podrá contar con que le llamen los grandes de aquel reino, ni aguardar a que se rebele, ni confiar en los socorros que le prestarán los que estén al lado del príncipe; por la sencilla razon, que ya hemos dicho al tratar de la organizacion de tales estados. Como en efecto, todos son esclavos del príncipe y allegados suyos, es dificultoso corromperles; y aun cuando se les ganase, se conseguiría poca ayuda, no pudiendo los mismos inclinar al pueblo a su partido por las razones que dejamos manifestadas. Y así cualquiera que acometa a los Turcos entienda que ha de encontrarles unidos, y mas bien ha de hacer la cuenta con sus propias fuerzas, que con la facilidad que le proporcionaría la division de ellos. Pero, una vez vencidos y derrotados sus ejércitos, en términos que no pudieran volver a reponerse, ya no habría que temer mas que a la familia del príncipe, estinguida la cual, no quedaría otra entre las demás del estado que tuviese crédito para con el pueblo; y del mismo modo que el vencedor nada podría esperar de ellas antes del combate, tampoco podría temer nada después de la victoria.

Todo lo contrario sucede en reinos gobernados como la Francia: en ellos se puede entrar fácilmente, una vez ganados algunos grandes, encontrándose siempre descontentos y personas que deseen una mudanza. Estos, pues, abrirán las puertas y facilitarán la conquista del estado; pero, queriendo luego conservarlo, se experimentarán infinitas dificultades, tanto de parte de los conquistados, como de los que prestaron auxilio. No basta aquí estinguir la familia del príncipe, porque quedan despues los grandes del estado, que se hacen cabeza de partidos nuevos; y como ni es posible contentarles ni destruirles, fácilmente se pierde la conquista a la primera o mas mínima ocasion.

Ahora pues, considerando de qué naturaleza era el gobierno de Darío, le encontramos semejante al del Turco. Alejandro tuvo que acometerlo por todas partes hasta enseñorearse del territorio; pero, una vez vencido y muerto Darío, quedó el estado en poder del conquistador, sin que debiera temerse su pérdida por las razones que ya hemos apuntado. Con la misma tranquilidad lo hubieran poseído sus sucesores habiendo estado unidos, porque efectivamente no se vieron más alborotos en este imperio que los que ellos mismos suscitaron.

No se espere una posesión tan quieta de estados gobernados como la Francia. Los frecuentes levantamientos de la España, de las Galias y de la Grecia contra los Romanos provenían todos del gran número de reyezuelos que había en estos países. Mientras subsistieron semejantes señores, fue para los Romanos inestable y peligrosa la posesión de este territorio; pero, una vez destruidos, y borrada hasta la memoria de su poder, fijaron los Romanos su dominio valiéndose de sus propias fuerzas, a medida que los naturales fueron acostumbrándose a su imperio.

Cuando los Romanos batallaban unos contra otros en aquellas provincias, cada partido, según la autoridad que hubiera ejercido en ellas, podía contar fácilmente con su auxilio, porque, acabada la familia de los señores territoriales, no reconocían las mismas otro dominio que el de los Romanos. Reflexionando, pues, sobre todas estas diferencias, nadie se admirará de la facilidad con que Alejandro conservó los estados del Asia que conquistó, ni de las dificultades que experimentaron otros conquistadores, como Pirro, en conservar sus conquistas: lo que no debe atribuirse a la buena o mala conducta del vencedor, sino a la diferencia de gobierno de los dominios conquistados.

## CAPITULO V

Como han de gobernarse las ciudades o principados que, antes de ser conquistados, se rejían por sus propias leyes.

Tres medios tiene el conquistador para conservar los estados adquiridos en que concurren las circunstancias ya esplicadas, y que están acostumbrados a gobernarse por sus leyes particulares, bajo un gobierno liberal: el 1.º es destruirlos; el 2.º fijar su residencia en ellos; el 3.º dejarles sus leyes, exijirles un tributo y constituir un gobierno, compuesto de corto número de personas de confianza que mantengan en paz el país. Este gobierno, recién creado por el príncipe, sabe que no puede subsistir sin su poder y favor, y por consiguiente tiene interés en emplear esfuerzos de todas clases para mantenerse en la posesion del territorio. Se logra tambien mucho mas facilmente conservar una ciudad acostumbrada a gobernarse por sus propias leyes, destinando para su gobierno un corto número de sus propios ciudadanos, que por cualquier otro medio. Los Lacedemonios y los Romanos nos han dejado ejemplos de estos diferentes modos de contener a un estado.

Los primeros gobernaron a Atenas y a Tebas, estableciendo un gobierno compuesto de pocos: sin embargo, volvieron a perder estas dos ciudades.

Los Romanos para asegurarse de Capua, de Cartago y de Numancia, las destruyeron, y volvieron a perderlas.

Quisieron, por el contrario, poseer la Grecia, como la habían poseído los Espartanos, concediéndole su libertad y dejándole sus leyes; pero nada adelantaron por este medio, y al cabo se vieron en la precision de destruir muchas ciudades de aquella provincia para sujetarla; como que no hay ciertamente otro arbitrio mas seguro.

Cualquiera, pues, que llegue a hacerse dueño de una ciudad acostumbrada a gozar de su libertad, y no la destruya, debe temer que será destruido por ella. Le servirá de bandera en todas sus revoluciones el recuerdo de sus antiguos fueros y el grito de la libertad, que no se borra con el trascurso del tiempo ni por recientes beneficios: de manera que, por mas precauciones que se tomen, no dividiendo o dispersando a los habitantes, nunca se desarraigará de su corazon, ni soltará su memoria el nombre de libertad, y la inclinacion a sus antiguas instituciones; estando por lo mismo prontos todos a reunirse para recobrarla con la mas lijera ocasion. Buen ejemplo de esto nos presenta Pisa, después de haber vivido tantos años bajo el yugo de los Florentinos.

Pero cuando las ciudades o las provincias están acostumbradas a vivir sujetas a un príncipe, cuya dinastía se halla estinguido, como ya se hallan acostumbradas a la obediencia, y por otra parte privadas de su soberano lejítimo, no son capaces de avenirse para elegir otro nuevo, ni tienen disposicion para llegar a proclamarse libres; siendo, por consiguiente, mas lentas y remisas en tomar las armas, y presentando al príncipe nuevo mas medios de granjearse su amor, al paso que afianza la posesion del territorio.

En las repúblicas es, por el contrario, mas fuerte y activo el aborrecimiento, y mas vivo el deseo de venganza; y la memoria de su libertad antigua no les deja ni puede dejar un solo momento tranquilo, de suerte que los medios mas seguros de conservarlas son, o destruirlas, o fijar en ellas su residencia.

## CAPITULO VI

De los nuevos estados que un Príncipe adquiere por su valor y por sus propias armas.

No se estrañe que en la relacion que voy a hacer de los principados nuevos, del príncipe y del estado, me valga solamente de los ejemplos que ofrecen las personas mas célebres. Casi siempre caminan los hombres por sendas trilladas antes por otros, y casi no obran por sí sinó por imitacion; pero como esta no puede ser exacta en un todo, ni suele ser posible llegar a la altura de aquellos que se toman por modelos, el hombre sabio debe únicamente seguir los caminos que abrieron otros, tenidos por superiores, e imitar bien a los que han sobresalido, a fin de que, si no se consigue igualarles, se le acerque a lo menos en alguna cosa. Cada uno, pues, deberá portarse como el ballestero prudente, que, cuando advierte que el blanco a que dirige sus tiros, se halla demasiado distante, considera la fuerza de su arco y apunta mas alto que el blanco, con el objeto de llegar siquiera a tocarlo.

Paso ahora a decir que las dificultades mayores o menores que se experimentan para mantenerse en un principado absolutamente nuevo, dependen mucho de las prendas personales del que lo ha adquirido; así como llegar a ser príncipe desde simple particular, supone antes, o mucha fortuna, o gran talento, y con uno de estos dos medios debe allanarse la mayor parte de las dificultades. Sin embargo, se ha visto tambien sostenerse mejor aquel que ha contado menos con su fortuna; y tampoco hay duda de que proporciona ventajas al príncipe que no tenía otros estados el venir a domiciliarse en aquel de que se ha hecho Soberano.

Si hemos de hablar de los que llegaron a ser príncipes por su valor o por su talento, deben citarse en primer lugar Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo, etc.; pues, aunque parece al pronto que no debería hacerse mencion de Moisés, porque no fué mas que el ejecutor de las órdenes del cielo, merece, no obstante, nuestra admiracion, por haber sido escojido por Dios para manifestar su voluntad a los hombres.

Si examinamos con atencion la conducta de Ciro y de otros que adquirieron o fundaron reinos, la hallaremos digna de todo elogio; y se advertirá tambien que la direccion que siguió cada uno de ellos, no era diferente de la de Moises, aunque este tuvo tan grande maestro. Su vida y sus acciones probarán tambien que toda su fortuna consistió en presentárseles una ocasion favorable para introducir la forma de gobierno que parecía mas convenjente a sus nuevos estados, y en haberse sabido aprovechar de ella. Hubieran sido inútiles su valor y talento, si no se les hubiese presentado la ocasion de emplearlos, o si la hubieran malogrado por falta de las prendas personales correspondientes.

Era muy necesario, pues, que Moises encontrara a los israelitas esclavos en Egipto, y aun oprimidos por los naturales de aquel país, para disponerlos a que le siguieran, por salir de esclavitud. Era necesario tambien que no encontrara Rómulo quien le criara en Alba, y que fuese abandonado desde su nacimiento, para que pudiese llegar a ser rey de Roma, fundando esta ciudad, que hizo patria suya. Ciro debió encontrar a los Persas mal contentos con el imperio de los Medos, y a los Medos afeminados por una larga paz. Ultimamente, Teseo no hubiera podido dar muestras de su valor a no haber hallado dispersos a los Atenieses. Estas ocasiones son las que proporcionaron a aquellos hombres ilustres el buen éxito de sus empresas, y de las que supo su talento aprovecharse para que hicieran célebre su patria y la engrandecieran.

Los que llegan al rango eminente de príncipes por medios semejantes a los de estos héroes, adquieren la soberanía superando arduas dificultades; pero la conservan tambien sin trabajo. Las dificultades que experimentan, nacen en parte de las mudanzas que necesitan introducir para establecer su gobierno, y afianzar la seguridad de su dominio; como que nada es mas difícil, ni de éxito tan dudoso y arriesgado en la práctica como la introduccion de leyes nuevas. Aquel que la emprende tiene por enemigos a cuantos se hallaban bien con las leyes antiguas, y no puede contar sinó con aquellos a quienes las nuevas serían ventajosas: defensores débiles, cuya tibieza nace en parte del miedo de sus contrarios, a quienes asiste el poderoso influjo del antiguo orden de cosas, y en parte de la incredulidad de los hombres, que naturalmente desconfían de toda mudanza, mientras no la ha confirmado una larga esperiencia. De aquí se sigue que siempre que

los enemigos del nuevo orden tienen ocasion de oponerse a él, forman partido, y los otros defienden el suyo con flojedad; de suerte que el príncipe se espone a tantos riesgos por la calidad de sus enemigos, como por la de sus defensores.

Para apurar esta cuestion conviene examinar si estos innovadores pueden intentar las mudanzas por sí mismos, o si dependen de otro: quiero decir si, para llevar adelante sus proyectos, tienen que emplear el medio de la persuacion o tienen sin ella la fuerza necesaria para forzar su voluntad. En el primer caso jamás salen con su intento; pero, siendo temibles e independientes, rara vez dejarán de conseguirlo.

De aquí proviene que triunfaran todos los profetas armados, al paso que decayesen los inermes: la causa de esto no solo se esplica por las razones indicadas, sino que dimana del carácter voluble de los pueblos, tan pronto a decidirse por una opinion nueva, como flojos para mantenerse en ella; de forma que es necesario tomar disposiciones para forzar al pueblo a que crea desde el momento en que principia a no creer. Moises, Ciro, Teseo y Rómulo, estando desarmados, no hubieran podido conseguir que durase mucho tiempo la observancia de sus constituciones: como le ha sucedido cabalmente en nuestros dias al reverendísimo Jerónimo Savenarola, que vió caer por tierra sus proyectos, al momento en que, perdiendo la confianza de la multitud, le faltaron medios para obligarla a mantenérsela, y para inspirársela a los mas incrédulos. Grandes obstáculos, en verdad, y frecuentes peligros experimentaron los primeros, necesitando para superarlos mucho talento y mucho valor; mas, una vez allanadas estas dificultades, se principia a adquirir cierta veneracion, cae desalentada la envidia, y el poder y la honra se arraigan y fortalezen.

Después de presentados los ejemplos que ofrece la historia de personas tan ilustres, me ceñiré a citar otro, en la realidad menor, pero que tiene analogía con los precedentes, y es el del siracusano Hierón. De simple particular llego a ser príncipe de Siracusa, y no debió su fortuna sino a haber sabido aprovecharse de una ocasion. En efecto, hallándose muy apretados los Siracusanos, le tomaron por capitán, y mereció luego ser su príncipe, por haber sido tal su conducta privada, que cuantos han escrito de el, dicen que no le faltaba mas que un reino para reinar dignamente. Reformó la milicia antigua, y organizó otra enteramente nueva; rompió las alianzas antiguas, contrayendo otras mas convenientes; y como podía contar con sus amigos y con sus soldados, le fué facil sentar sobre semejantes cimientos su fortuna; de manera que, habiéndole costado mucho trabajo adquirir, pudo costarle muy poco la conservacion de lo adquirido.



## El Príncipe: Capítulo VII

De los principados nuevos que se adquieren con armas y fortuna de otros[editar]

Los que sólo por la suerte se convierten en príncipes poco esfuerzo necesitan para llegar a serlo, pero no se mantienen sino con muchísimo. Las dificultades no surgen en su camino, porque tales hombres vuelan, pero se presentan una vez instalados. Me refiero a los que compran un Estado o a los que lo obtienen como regalo, tal cual sucedió a muchos en Grecia, en las ciudades de Jonia y del Helesponto, donde fueron hechos príncipes por Darío a fin de que le conservasen dichas ciudades para su seguridad y gloria; y como sucedió a muchos emperadores que llegaban al trono corrompiendo los soldados. Estos príncipes no se sostienen sino por la voluntad y la fortuna -- cosas ambas mudables e inseguras-- de quienes los elevaron; y no saben ni pueden conservar aquella dignidad. No saben porque, si no son hombres de talento y virtudes superiores, no es presumible que conozcan el arte del mando, ya que han vivido siempre como simples ciudadanos; no pueden porque carecen de fuerzas que puedan serles adictas y fieles. Por otra parte, los Estados que nacen de pronto, como todas las cosas de la naturaleza que brotan y crecen precozmente, no pueden tener raíces ni sostenes que los defiendan del tiempo adverso; salvo que quienes se han convertido en forma tan súbita en príncipes se pongan a la altura de lo que la fortuna ha depositado en sus manos, y sepan prepararse inmediatamente para conservarlo, y echen los cimientos que cualquier otro echa antes de llegar al principado.

Acerca de estos dos modos de llegar a ser príncipe -por méritos o por suerte-, quiero citar dos ejemplos que perduran en nuestra memoria: el de Francisco Sforza y el de César Borgia. Francisco, con los medios que correspondían y con un gran talento, de la nada se convirtió en duque de Milán, y conservó con poca fatiga lo que con mil afanes había conquistado. En el campo opuesto, César Borgia, llamado duque Valentino por el vulgo, adquirió el Estado con la fortuna de su padre, y con la de éste lo perdió, a pesar de haber empleado todos los medios imaginables y de haber hecho todo lo que un hombre prudente y hábil debe hacer para arraigar en un Estado que se ha obtenido con armas y apoyo ajenos. Porque, como ya he dicho, el que no coloca los cimientos con anticipación podría colocarlos luego si tiene talento, aun con riesgo de disgustar al arquitecto y de hacer peligrar el edificio. Si se examinan los progresos del duque, se verá que ya había echado las bases para su futura grandeza; y creo que no es superfluo hablar de ello, porque no sabría qué mejores consejos dar a un príncipe nuevo que el ejemplo de las medidas tomadas por él. Que si no le dieron el resultado apetecido, no fue culpa suya, sino producto de un extraordinario y extremado rigor de la suerte.

Para hacer poderoso al duque, su hijo, tenía Alejandro VI que luchar contra grandes dificultades presentes y futuras. En primer lugar, no veía manera de hacerlo señor de algún Estado que no fuese de la Iglesia; y sabía, por otra parte, que ni el duque de Milán ni los venecianos le consentirían que desmembrase los territorios de la Iglesia, porque ya Faenza y Rímini estaban bajo la protección de los venecianos. Y después veía que los ejércitos de Italia, y especialmente aquellos de los que hubiera podido servirse, estaban en manos de quienes debían temer el engrandecimiento del papa; y mal podía fiarse de tropas mandadas por los Orsini, los Colonna y sus aliados. Era, pues, necesario remover aquel estado de cosas y desorganizar aquellos territorios para apoderarse sin riesgos de una parte de ellos. Lo que le fue fácil, porque los venecianos, movidos por otras razones, habían invitado a los franceses a volver a Italia; lo cual no sólo no impidió, sino facilitó con la disolución del primer matrimonio del rey Luis. De suerte que el rey entró en Italia con la ayuda de los venecianos y el consentimiento de Alejandro. Y no había llegado aún a Milán cuando el papa obtuvo tropas de aquél para la empresa de la Romaña, a la que nadie se opuso gracias a la autoridad del rey. Adquirida, pues, la Romaña por el duque, y derrotados los Colonna, se presentaban dos obstáculos que impedían conservarla y seguir adelante. uno, sus tropas, que no le parecían adictas; el otro, la voluntad de Francia. Temía que las tropas de los Orsini, de las cuales se había valido, le faltasen en el momento preciso, y no sólo le impidiesen conquistar más, sino que le arrebatasen lo conquistado; y otro tanto temía del rey. Tuvo una prueba de lo que sospechaba de los Orsini cuando, después de la toma de Faenza, asaltó a Bolonia, en cuyas circunstancias los vio batirse con frialdad. En lo que respecta al rey, descubrió sus intenciones cuando, ya dueño del ducado de Urbino, se vio obligado a renunciar a la conquista de Toscana por su intervención. Y entonces decidió no depender más de la fortuna y

las armas ajenas. Lo primero que hizo fue debilitar a los Orsini y a los Colonna en Roma, ganándose a su causa a cuantos nobles les eran adictos, a los cuales señaló crecidos sueldos y honró de acuerdo con sus méritos con mandos y administraciones, de modo que en pocos meses el afecto que tenían por aquéllos se volvió por entero hacia el duque. Después de lo cual, y dispersado que, hubo a los Colonna, esperó la ocasión de terminar con los Orsini. Oportunidad que se presentó bien y que él aprovechó mejor. Los Orsini, que muy tarde habían comprendido que la grandeza del duque y de la Iglesia generaba su ruina, celebraron una reunión en Magione, en el territorio de Perusa, de la que nacieron la rebelión de Urbino, los tumultos de Romaña y los infinitos peligros por los cuales atravesó el duque; pero éste supo conjurar todo con la ayuda de los franceses. Y restaurada su autoridad, el duque, que no podía fiarse de los franceses ni de los demás fuerzas extranjeras, y que no se atrevía a desafiarlas, recurrió a la astucia; y supo disimular tan bien sus propósitos, que los Orsini, por intermedio del señor Paulo -a quien el duque colmó de favores para conquistarlo, sin escatimarle dinero, trajes ni caballos-, se reconciliaron inmediatamente, hasta tal punto, que su candidez los llevó a caer en sus manos en Sinigaglia. Exterminados, pues, estos jefes y convertidos los partidarios de ellos en amigos suyos, el duque tenía construidos sólidos cimientos para su poder futuro, máxime cuando poseía toda la Romaña y el ducado de Urbino y cuando se había ganado la buena voluntad de esos pueblos, a los cuales empezaba a gustar el bienestar de su gobierno.

Y porque esta parte es digna de mención y de ser imitada por otros, conviene no pasarla por alto. Cuando el duque se encontró con que la Romaña conquistada estaba bajo el mando de señores ineptos que antes despojaban a sus súbditos que los gobernaban, y que más les daban motivos de desunión que de unión, por lo cual se sucedían continuamente los robos, las riñas y toda clase de desórdenes, juzgó necesario, si se quería pacificarla y volverla dócil a la voluntad del príncipe, dotarla de un gobierno severo. Eligió para esta misión a Ramiro de Orco, hombre cruel y expeditivo, a quien dio plenos poderes. En poco tiempo impuso éste su autoridad, restableciendo la paz y la unión. Juzgó entonces el duque innecesaria tan excesiva autoridad, que podía hacerse odiosa, y creó en el centro de la provincia, bajo la presidencia de un hombre virtuosísimo, un tribunal civil en el cual cada ciudadano tenía su abogado. Y como sabía que los rigores pasados habían engendrado algún odio contra su persona, quiso demostrar, para aplacar la animosidad de sus súbditos y atraérselos, que, si algún acto de crueldad se había cometido, no es debía a él, sino a la salvaje naturaleza del ministro. Y llegada la ocasión, una mañana lo hizo exponer en la plaza de Cesena, dividido en dos pedazos clavados en un palo y con un cuchillo cubierto de sangre al lado. La ferocidad de semejante espectáculo dejó al pueblo a la vez satisfecho y estupefacto. Pero volvamos al punto de partida. Encontrábase el duque bastante poderoso y a cubierto en parte de todo peligro presente, luego de haberse armado en la necesaria medida y de haber aniquilado los ejércitos que encerraban peligro inmediato, pero le faltaba, si quería continuar sus conquistas, obtener el respeto del rey de Francia, pues sabía que el rey, aunque advertido tarde de su error, trataría de subsanarlo. Empezó por ello a buscarse amistades nuevas, y a mostrarse indeciso con los franceses cuando estos se dirigieron al reino de Nápoles para luchar contra los españoles que sitiaban a Gaeta. Y si Alejandro hubiese vivido aún, su propósito de verse libre de ellos no habría tardado en cumplirse. Este fue su comportamiento en lo que se refiere a los hechos presentes. En cuanto a los futuros, tenía sobre todo que evitar que el nuevo sucesor en el Papado fuese enemigo suyo y le quitase lo que Alejandro le había dado. Y pensó hacerlo por cuatro medios distintos: primero, exterminando a todos los descendientes de los señores a quienes había despojado, para que el papa no tuviera oportunidad de restablecerlos. Segundo, atrayéndose a todos los nobles de Roma, para oponerse, con su ayuda, a los designios del papa. Tercero, reduciendo el Colegio a su voluntad, hasta donde pudiese. Cuarto, adquiriendo tanto poder, antes que el papa muriese, que pudiera por sí mismo resistir un primer ataque. De estas cuatro cosas, ya había realizado tres a la muerte de Alejandro, la cuarta estaba concluida. Porque señores despojados mató a cuantos pudo alcanzar, y muy pocos se salvaron; y contaba con nobles romanos ganados a su causa; y en el Colegio gozaba de gran influencia. Y por lo que toca a las nuevas conquistas, tramaba apoderarse de Toscana, de la cual ya poseía a Perusa y Piombino, aparte de Pisa, que se había puesto bajo su protección. Y en cuanto no tuviese que guardar sus miramientos con los franceses (que de hecho no tenía por qué guardárselos, puesto que ya los franceses habían sido despojados del Reino por los españoles, y que unos y otros

necesitaban comprar su amistad), se echaría sobre Pisa. Después de lo cual Luca y Siena no tardarían en ceder, primero por odio contra los florentinos, y después por miedo al duque; y los florentinos nada podrían hacer. Si hubiese logrado esto (aunque fuera el mismo año de la muerte de Alejandro), habría adquirido tanto poder y tanta autoridad, que se hubiera sostenido por sí solo, y no habría dependido más de la fortuna ni de las fuerzas ajenas, sino de su poder y de sus méritos.

Pero Alejandro murió cinco años después de que el hijo empezara a desenvainar la espada. Lo dejaban con tan sólo un Estado afianzado: el de Romaña, y con todos los demás en el aire, entre dos poderosos ejércitos enemigos, y enfermo de muerte. Pero había en el duque tanto vigor de alma y de cuerpo, tan bien sabía cómo se gana y se pierde a los hombres, y los cimientos que echara en tan poco tiempo eran tan sólidos, que, a no haber tenido dos ejércitos que lo rodeaban, o simplemente a haber estado sano, se hubiese sostenido contra todas las dificultades. Y si los cimientos de su poder eran seguros o no, se vio en seguida, pues la Romaña lo esperó más de un mes: y, aunque estaba medio muerto, nada se intentó contra él, a pesar de que los Baglioni, los Vitelli y los Orsini habían ido allí con ese propósito; y si no hizo papa a quien quería, obtuvo por lo menos que no lo fuera quien él no quería que lo fuese. Pero todo le hubiese sido fácil a no haber estado enfermo a la muerte de Alejandro. El mismo me dijo, el día en que elegido Julio II, que había previsto todo lo que podía suceder a la muerte de su padre, y para todo preparado remedio; pero que nunca había pensado que en semejante circunstancia él mismo podía hallarse moribundo.

No puedo, pues, censurar ninguno de los actos del duque; por el contrario, me parece que deben imitarlos todos aquellos que llegan al trono mediante la fortuna y las armas ajenas. Porque no es posible conducirse de otro modo cuando se tienen tanto valor y tanta ambición. Y si sus propósitos no se realizaron, tan sólo fue por su enfermedad y por la brevedad de la vida de Alejandro. El príncipe nuevo que crea necesario defenderse de enemigos, conquistar amigos, vencer por la fuerza o por el fraude, hacerse amar o temer de los habitantes, respetar y obedecer por los soldados, matar a los que puedan perjudicarlo, reemplazar con nuevas las leyes antiguas, ser severo y amable, magnánimo y liberal, disolver las milicias infieles, crear nuevas, conservar la amistad de reyes y príncipes de modo que lo favorezcan de buen grado o lo ataquen con recelos; el que juzgue indispensable hacer todo esto, digo, no puede hallar ejemplos más recientes que los actos del duque. Sólo se lo puede criticar en lo que respecta a la elección del nuevo pontífice, porque, si bien no podía hacer nombrar a un papa adicto, podía impedir que lo fuese este o aquel de los cardenales, y nunca debió consentir en que fuera elevado al Pontificado alguno de los cardenales a quienes había ofendido o de aquellos que, una vez papas, tuviesen que temerle. Pues los hombres ofenden por miedo o por odio. Aquellos a quienes había ofendido eran, entre otros, el cardenal de San Pedro, Advíncula, Colonna, San Jorge y Ascanio; todos los demás, si llegados al solio, debían temerle, salvo el cardenal de Amboise dado su poder, que nacía del de Francia, y los españoles ligados a él por alianza y obligaciones reciprocas. Por consiguiente, el duque debía tratar ante todo de ungir papa a un español, y, a no serle posible, aceptar al cardenal de Amboise antes que el de San Pedro Advíncula. Pues se engaña quien cree que entre personas eminentes los beneficios nuevos hacen olvidar las ofensas antiguas. Se equivocó el duque en esta elección, causa última de su definitiva ruina.

## El Príncipe: Capítulo VIII

De los que llegaron al principado mediante crímenes[editar]

Pero puesto que hay otros dos modos de llegar a príncipe que no se pueden atribuir enteramente a la fortuna o a la virtud, corresponde no pasarlos por alto, aunque sobre ellos se discurra con más detenimiento donde se trata de las repúblicas. Me refiero, primero, al caso en que se asciende al principado por un camino de perversidades y delitos; y después, al caso en que se llega a ser príncipe por el favor de los conciudadanos. Con dos ejemplos, uno antiguo y otro contemporáneo, ilustraron el primero de estos modos, sin entrar a profundizar demasiado en la cuestión, porque creo que bastan para los que se hallan en la necesidad de imitarlos.

El siciliano Agátocles, hombre no sólo de condición oscura, sino baja y abyecta, se convirtió en rey de Siracusa. Hijo de un alfarero, llevó una conducta reprochable en todos los períodos de su vida; sin embargo, acompañó siempre sus maldades con tanto ánimo y tanto vigor físico que entrado en la milicia llegó a ser, ascendiendo grado por grado, pretor de Siracusa. Una vez elevado a esta dignidad, quiso ser príncipe y obtener por la violencia, sin debérselo a nadie, lo que de buen grado le hubiera sido concedido. Se puso de acuerdo con el cartaginés Amílcar, que se hallaba con sus ejércitos en Sicilia, y una mañana reunió al pueblo y al Senado, como si tuviese que deliberar sobre cosas relacionadas con la república, y a una señal convenida sus soldados mataron a todos los senadores y a los ciudadanos más ricos de Siracusa. Ocupó entonces y supo conservar como príncipe aquella ciudad, sin que se encendiera ninguna guerra civil por su causa. Y aunque los cartagineses lo sitiaron dos veces y lo derrotaron por último, no sólo pudo defender la ciudad, sino que, dejando parte de sus tropas para que contuvieran a los sitiadores, con el resto invadió el África; y en poco tiempo levantó el sitio de Siracusa y puso a los cartagineses en tales aprietos, que se vieron obligados a pactar con él, a conformarse con sus posesiones del África y a dejarle la Sicilia. Quien estudie, pues, las acciones de Agátocles y juzgue sus méritos muy poco o nada encontrará que pueda atribuir a la suerte; no adquirió la soberanía por el favor de nadie, como he dicho más arriba, sino merced a sus grados militares, que se había ganado a costa de mil sacrificios y peligros; y se mantuvo en mérito a sus enérgicas y temerarias medidas. Verdad que no se puede llamar virtud el matar a los conciudadanos, el traicionar a los amigos y el carecer de fe, de piedad y de religión, con cuyos medios se puede adquirir poder, pero no gloria. Pero si se examinan el valor de Agátocles al arrastrar y salir triunfante de los peligros y su grandeza de alma para soportar y vencer los acontecimientos adversos, no se explica uno por qué tiene que ser considerado inferior a los capitanes más famosos. Sin embargo, su falta de humanidad, sus crueldades y maldades sin número, no consienten que se lo coloque entre los hombres ilustres. No se puede, pues, atribuir a la fortuna o a la virtud lo que consiguió sin la ayuda de una ni de la otra.

En nuestros tiempos, bajo el papa Alejandro VI, Oliverotto da Fermo, huérfano desde corta edad, fue educado por uno de sus tios maternos, llamado Juan Fogliani, y confiado después, en su primera juventud, a Pablo Vitelli, a fin de que llegase, gracias a sus enseñanzas, a ocupar un grado elevado en las armas. Muerto Pablo, pasó a militar bajo Vitellozzo, su hermano., y en poco tiempo, como era inteligente y de espíritu y cuerpo gallardos, se convirtió en el primer hombre de su ejército. Pero como le pareció indigno servir a los demás, pensó apoderarse de Fermo con el consentimiento de Vitellozzo y la ayuda de algunos habitantes de la ciudad a quienes era más cara la esclavitud que la libertad de su patria. Escribió a Juan Fogliani diciéndole que, luego de tantos años de ausencia, deseaba ver de nuevo a su patria y a él, y, en parte, también conocer el estado de su patrimonio; y que, como no se había fatigado sino por conquistar gloria, quería, para demostrar a sus compatriotas que no había perdido el tiempo, entrar con todos los honores y acompañado por cien caballeros, amigos y servidores suyos. Rogábale, pues, que tratase de que los ciudadanos de Fermo lo acogiesen de un modo honroso, que con ello no sólo lo honraba a él, sino que se honraba a sí mismo, ya que había sido su maestro. No olvidó Juan ninguno de los honores debidos a su sobrino, y lo hizo recibir dignamente por los ciudadanos de Fermo, en cuyas casas se alojó con su comitiva. Transcurridos algunos días, y preparado todo cuanto era necesario para su premeditado crimen, Oliverotto dio un banquete solemne al que invitó a Juan Fogliani y a los principales hombres de Fermo. Después de consumir los manjares y de concluir con los entretenimientos que son de use en tales ocasiones, Oliverotto, deliberadamente, hizo recaer la

conversación, dando ciertos peligrosos argumentos, sobre la grandeza y los actos del papa Alejandro y de César, su hijo; y como a esos argumentos contestaron Juan y los otros, se levantó de pronto diciendo que convenía hablar de semejantes temas en lugar más seguro, y se retiró a una habitación a la cual lo siguieron Juan y los demás ciudadanos. Y aún éstos no habían tomado asiento cuando de algunos escondrijos salieron soldados que dieron muerte a Juan y a todos los demás. Consumado el crimen, montó Oliverotto a caballo, atravesó la ciudad y sitió en su palacio al magistrado supremo. Los ciudadanos no tuvieron entonces más remedio que someterse y constituir un gobierno del cual Oliverotto se hizo nombrar jefe. Muertos todos los que hubieran podido significar un peligro para él, se preocupó por reforzar su poder con nuevas leyes civiles y militares, de manera que, durante el año que gobernó, no sólo estuvo seguro en Fermo, sino que se hizo temer por todos los vecinos. Y habría sido tan difícil de derrocar como Agátocles si no se hubiese dejado engañar por César Borgia y prender, junto con los Orsini y los Vitelli, en Sinigaglia, donde, un año después de su parricidio, fue estrangulado en compañía de Vitellozzo, su maestro en hazañas y crímenes.

Podría alguien preguntarse a qué se debe que, mientras Agátocles y otros de su calaña, a pesar de sus traiciones y rigores sin número, pudieron vivir durante mucho tiempo y a cubierto de su patria, sin temer conspiraciones, y pudieron a la vez defenderse de los enemigos de afuera, otros, en cambio, no sólo mediante medidas tan extremas no lograron conservar su Estado en épocas dudosas de guerra, sino tampoco en tiempos de paz. Creo que depende del bueno o mal uso que se hace de la crueldad. Llamaría bien empleadas a las crueldades (si a lo malo se lo puede llamar bueno) cuando se aplican de una sola vez por absoluta necesidad de asegurarse, y cuando no se insiste en ellas, sino, por el contrario, se trata de que las primeras se vuelvan todo lo beneficiosas posible para los súbditos. Mal empleadas son las que, aunque poco graves al principio, con el tiempo antes crecen que se extinguen. Los que observan el primero de estos procedimientos pueden, como Agátocles, con la ayuda de Dios y de los hombres, poner, algún remedio a su situación, los otros es imposible que se conserven en sus Estados. De donde se concluye que, al apoderarse de un Estado, todo usurpador debe reflexionar sobre los crímenes que le es preciso cometer, y ejecutarlos todos a la vez, para que no tenga que renovarlos día a día y, al no verse en esa necesidad, pueda conquistar a los hombres a fuerza de beneficios. Quien procede de otra manera, por timidez o por haber sido mal aconsejado, se ve siempre obligado a estar con el cuchillo en la mano, y mal puede contar con súbditos a quienes sus ofensas continuas y todavía recientes llenan de desconfianza. Porque las ofensas deben inferirse de una sola vez para que, durando menos, hieran menos; mientras que los beneficios deben proporcionarse poco a poco, a fin de que se saboreen mejor. Y, sobre todas las cosas, un príncipe vivirá con sus súbditos de manera tal, que ningún acontecimiento, favorable o adverso, lo haga variar; pues la necesidad que se presenta en los tiempos difíciles y que no se ha previsto, tú no puedes remediarla; y el bien que tú hagas ahora de nada sirve ni nadie te lo agradece, porque se considera hecho a la fuerza.

## El Príncipe: Capítulo IX

### Del principado civil[editar]

Trataremos ahora del segundo caso; aquel en que un ciudadano no por crímenes ni violencia; sino gracias al favor de sus compatriotas, se convierte en príncipe. El Estado así constituido puede llamarse principado civil. El llegar a él no depende por completo de los méritos o de la suerte; depende, más bien, de una cierta habilidad propiciada por la fortuna, y que necesita, o bien del apoyo del pueblo, o bien del de los nobles. Porque en toda ciudad se encuentran estas dos fuerzas contrarias, una de las cuales lucha por mandar y oprimir a la otra, que no quiere ser mandada ni oprimida. Y del choque de las dos corrientes surge uno de estos tres efectos: o principado, o libertad, o licencia.

El Principado pueden implantarlo tanto el pueblo como los nobles, según que la ocasión se presente a uno o a otros. Los nobles, cuando comprueban que no pueden resistir al pueblo, concentran toda la autoridad en uno de ellos y lo hacen príncipe, para poder, a su sombra, dar rienda suelta a sus apetitos. El pueblo, cuando a su vez comprueba que no puede hacer frente a los grandes, cede su autoridad a uno y lo hace príncipe para que lo defienda. Pero el que llega al principado con la ayuda de los nobles se mantiene con más dificultad que el que ha llegado mediante el apoyo del pueblo, porque los que lo rodean se consideran sus iguales, y en tal caso se le hace difícil mandarlos y manejarlos como quisiera. Mientras que el que llega por el favor popular es única autoridad, y no tiene en derredor a nadie o casi nadie que no esté dispuesto a obedecer. Por otra parte, no puede honradamente satisfacer a los grandes sin lesionar a los demás; pero, en cambio, puede satisfacer al pueblo, porque la finalidad del pueblo es más honesta que la de los grandes, queriendo éstos oprimir, y aquél no ser oprimido.

Agréguese a esto que un príncipe jamás podrá dominar a un pueblo cuando lo tenga por enemigo, porque son muchos los que lo forman; a los nobles, como se trata de pocos, le será fácil. Lo peor que un príncipe puede esperar de un pueblo que no lo ame es el ser abandonado por él; de los nobles, si los tiene por enemigos, no sólo debe temer que lo abandonen, sino que se rebelen contra él; pues, más astutos y clarividentes, siempre están a tiempo para ponerse en salvo, a la vez que no dejan nunca de congratularse con el que esperan resultará vencedor. Por último, es una necesidad para el príncipe vivir siempre con el mismo pueblo, pero no con los mismos nobles, supuesto que puede crear nuevos o deshacerse de los que tenía, y quitarles o concederles autoridad a capricho.

Para aclarar mejor esta parte en lo que se refiere a los grandes, digo que se deben considerar en dos aspectos principales: o proceden de tal manera que se unen por completo a su suerte, o no. A aquellos que se unen y no son rapaces, se les debe honrar y amar; a aquellos que no se unen, se les tiene que considerar de dos maneras: si hacen esto por pusilanimidad y defecto natural del ánimo, entonces tú debes servirte en especial de aquellos que son de buen criterio, porque en la prosperidad te honrarán y en la adversidad no son de temer, pero cuando no se unen sino por cálculo y por ambición, es señal de que piensan más en sí mismos que en ti, y de ellos se debe cuidar el príncipe y temerles como si se tratase de enemigos declarados, porque esperarán la adversidad para contribuir a su ruina.

El que llegue a príncipe mediante el favor del pueblo debe esforzarse en conservar su afecto, cosa fácil, pues el pueblo sólo pide no ser oprimido. Pero el que se convierta en príncipe por el favor de los nobles y contra el pueblo procederá bien si se empeña ante todo en conquistarlo, lo que sólo le será fácil si lo toma bajo su protección. Y dado que los hombres se sienten más agradecidos cuando reciben bien de quien sólo esperaban mal, se somete el pueblo más a su bienhechor que si lo hubiese conducido al principado por su voluntad. El príncipe puede ganarse a su pueblo de muchas maneras, que no mencionaré porque es imposible dar reglas fijas sobre algo que varía tanto según las circunstancias. Insistiré tan sólo en que un príncipe necesita contar con la amistad del pueblo, pues de lo contrario no tiene remedio en la adversidad.

Nabis, príncipe de los espartanos, resistió el ataque de toda Grecia y de un ejército romano invicto, y le bastó, surgido el peligro, asegurarse de muy pocos para defender contra aquéllos su

patria y su Estado, que si hubiese tenido por enemigo al pueblo, no le bastara. Y que no se pretenda desmentir mi opinión con el gastado proverbio de que quien confía en el pueblo edifica sobre arena; porque el proverbio sólo es verdadero cuando se trata de un simple ciudadano que confía en el pueblo como si el pueblo tuviese el deber de liberarlo cuando los enemigos o las autoridades lo oprimen. Quien así lo interpretara se engañaría a menudo, como los Gracos en Roma y Jorge Scali en Florencia. Pero si es un príncipe quien confía en él, y un príncipe valiente que sabe mandar, que no se acobarda en la adversidad y mantiene con su ánimo y sus medidas el ánimo de todo su pueblo, no sólo no se verá nunca defraudado, sino que se felicitará de haber depositado en él su confianza.

Estos principados peligran, por lo general, cuando quieren pasar de principado civil a principado absoluto; pues estos príncipes gobiernan por sí mismos o por intermedio de magistrados. En el último caso, su permanencia es más insegura y peligrosa, porque depende de la voluntad de los ciudadanos que ocupan el cargo de magistrados, los cuales, y sobre todo en, épocas adversas, pueden arrebatarse muy fácilmente el poder, ya dejando de obedecerle, ya sublevando al pueblo contra ellos. Y el príncipe, rodeado de peligros, no tiene tiempo para asumir la autoridad absoluta, ya que los ciudadanos y los súbditos, acostumbrados a recibir órdenes nada más que de los magistrados, no están en semejantes trances dispuestos a obedecer las suyas. Y no encontrará nunca, en los tiempos dudosos, gentes en quien poder confiar, puesto que tales príncipes no pueden tomar como ejemplo lo que sucede en tiempos normales, cuando los ciudadanos tienen necesidad del Estado, y corren y prometen y quieren morir por él, porque la muerte está lejana; pero en los tiempos adversos, cuando el Estado tiene necesidad de los ciudadanos, hay pocos que quieran acudir en su ayuda. Y esta experiencia es tanto más peligrosa cuanto que no puede intentarse sino una vez. Por ello, un príncipe hábil debe hallar una manera por la cual sus ciudadanos siempre y en toda ocasión tengan necesidad del Estado y de él. Y así le serán siempre fieles.

## El Príncipe: Capítulo X

Como deben medirse las fuerzas de todos los principados[editar]

Conviene, al examinar la naturaleza de estos principados, hacer una consideración más, a saber; si un príncipe posee un Estado tal que pueda, en caso necesario, sostenerse por sí mismo, o si tiene, en tal caso, que recurrir a la ayuda de otros. Y para aclarar mejor este punto, digo que considero capaces de poder sostenerse por sí mismos a los que, o por abundancia de hombres o de dinero, pueden levantar un ejército respetable y presentar batalla a quien quiera que se atreva a atacarlos; y considero que tienen siempre necesidad de otros a los que no pueden presentar batalla al enemigo en campo abierto, sino que se ven obligados a refugiarse dentro de sus muros para defenderlos. Del primer caso ya se ha hablado, y se agregará más adelante lo que sea oportuno. Del segundo caso no se puede decir nada, salvo aconsejar a los príncipes que fortifiquen y abastezcan la ciudad en que residen y que se despreocupen de la campaña. Quien tenga bien fortificada su ciudad, y con respecto a sus súbditos se haya conducido de acuerdo con lo ya expuesto y con lo que expondré más adelante, difícilmente será asaltado; porque los hombres son enemigos de las empresas demasiado arriesgadas, y no puede reputarse por fácil el asalto a alguien que tiene su ciudad bien fortificada y no es odiado por el pueblo. Las ciudades de Alemania son libérrimas; tienen poca campaña, y obedecen al emperador cuando les place, pues no le temen, así como no temen a ninguno de los poderosos que las rodean. La razón es simple: están tan bien fortificadas que no puede menos de pensarse que el asedio sería arduo y prolongado. Tienen muros y fosos adecuados, tanta artillería como necesitan, y guardan en sus almacenes lo necesario para beber, comer y encender fuego durante un año; aparte de lo cual, y para poder mantener a los obreros sin que ello sea una carga para el erario público, disponen siempre de trabajo para un año en esas obras que son el nervio y la vida de la ciudad. Por último, tienen en alta estima los ejercicios militares, que reglamentan con infinidad de ordenanzas.

Un príncipe, pues, que gobierne una plaza fuerte, y a quien el pueblo no odie, no puede ser atacado; pero si lo fuese, el atacante se vería obligado a retirarse sin gloria, porque son tan variables las cosas de este mundo que es imposible que alguien permanezca con sus ejércitos un año sitiando ociosamente una ciudad. Y al que me pregunte si el pueblo tendrá paciencia, y el largo asedio y su propio interés no le harán olvidar al príncipe, contesto que un príncipe poderoso y valiente superará siempre estas dificultades, ya dando esperanzas a sus súbditos de que el mal no durará mucho, ya infundiéndoles terror con la amenaza de las vejaciones del enemigo, o ya asegurándose diestramente de los que le parezcan demasiado osados. Añadiremos a esto que es muy probable que el enemigo devaste y saquee la comarca a su llegada, que es cuando los ánimos están más caldeados y más dispuestos a la defensa; momento propicio para imponerse, porque, pasados algunos días, cuando los ánimos se hayan enfriado, los daños estarán hechos, las desgracias se habrán sufrido y no quedará ya remedio alguno. Los súbditos se unen por ello más estrechamente a su príncipe, como si el haber sido incendiadas sus casas y devastadas sus posesiones en defensa del señor obligará a éste a protegerlos. Está en la naturaleza de los hombres el quedar reconocidos lo mismo por los beneficios que hacen que por los que reciben. De donde, si se considera bien todo, no será difícil a un príncipe sabio mantener firme el ánimo de sus ciudadanos durante el asedio, siempre y cuando no carezcan de víveres ni de medios de la defensa.



## El Príncipe: Capítulo XI

### De los principados eclesiásticos[editar]

Sólo nos resta discurrir sobre los principados eclesiásticos, respecto a los cuales todas las dificultades existen antes de poseerlos, pues se adquieren o por valor o por suerte, y se conservan sin el uno ni la otra, dado que se apoyan en antiguas instituciones religiosas que son tan potentes y de tal calidad, que mantienen a sus príncipes en el poder sea cual fuere el modo en que éstos procedan y vivan.

Estos son los únicos que tienen Estados y no los defienden; súbditos, y no los gobiernan. Y los Estados, a pesar de hallarse indefensos, no les son arrebatados, y los súbditos, a pesar de carecer de gobierno, no se preocupan, ni piensan, ni podrían sustraerse a su soberanía. Son, por consiguiente, los únicos principados seguros y felices. Pero como están regidos por leyes superiores, inasequibles a la mente humana, y como han sido inspirados por el Señor, sería oficio de hombre presuntuoso y temerario el pretender hablar de ellos. Sin embargo, si alguien me preguntase a qué se debe que la Iglesia haya llegado a adquirir tanto poder temporal, ya que antes de Alejandro, no sólo las potencias italianas, sino hasta los nobles y señores de menor importancia respetaban muy poco su fuerza temporal, mientras que ahora ha hecho temblar a un rey de Francia y aun pudo arrojarlo de Italia, y ha arruinado a los venecianos, no consideraría inútil recordar las circunstancias, aunque sean bastante conocidas.

Antes que Carlos, rey de Francia, entrase en Italia, esta provincia estaba bajo la dominación del papa, de los venecianos, del rey de Nápoles, del duque de Milán y de los florentinos. Estas potencias debían tener dos cuidados principales: evitar que un ejército extranjero invadiese a Italia y procurar que ninguna de ellas preponderara. Los que despertaban más recelos eran los venecianos y el papa. Para contener a aquéllos era necesaria una coalición de todas las demás potencias, como se hizo para la defensa de Ferrara. Para contener al papa, bastaban los nobles romanos, que, divididos en dos facciones, los Orsini y los Colonna, disputaban continuamente y acudían a las armas a la vista misma del pontífice, con lo cual la Santa Sede estaba siempre débil y vacilante. Y aunque alguna vez surgiese un papa enérgico, como lo fue Sixto, ni la suerte ni la experiencia pudieron servirle jamás de manera decisiva, a causa de la brevedad de su vida, pues los diez años que, como término medio, vive un papa bastaban apenas para debilitar una de las facciones. Y si, por ejemplo, un papa había casi conseguido exterminar a los Colonna, resurgían éstos bajo otro enemigo de los Orsini, a quienes tampoco había tiempo para hacer desaparecer por completo; por todo lo cual las fuerzas temporales del papa eran poco temidas en Italia. Vino por fin Alejandro VI y probó, como nunca lo había probado ningún pontífice, de cuánto era capaz un papa con fuerzas y dinero; pues tomando al duque Valentino por instrumento, y la llegada de los franceses como motivo, hizo todas esas cosas que he contado al hablar sobre las actividades del duque. Y aunque su propósito no fue engrandecer a la Iglesia, sino al duque, no es menos cierto que lo que realizó redundó en beneficio de la Iglesia, la cual, después de su muerte y de la del duque, fue heredera de sus fatigas. Lo sucedió el papa Julio, quien, con una Iglesia engrandecida y dueña de toda la Romaña, con los nobles romanos dispersos por las persecuciones de Alejandro, y abierto el camino para procurarse dinero, cosa que nunca había ocurrido antes de Alejandro, no sólo mantuvo las conquistas de su predecesor, sino que las acrecentó; y después de proponerse la adquisición de Bolonia, la ruina de los venecianos y la expulsión de los franceses de Italia. lo llevó a cabo con tanta más gloria cuando que lo hizo para engrandecer la Iglesia y no a ningún hombre. Dejó las facciones Orsini y Colonna en el mismo estado en que las encontró, y aunque ambas tuvieron jefes capaces de rebelarse, se quedaron quietas por dos razones: primero, por la grandeza de la Iglesia, que los atemorizaba, y después, por carecer de cardenales que perteneciesen a sus partidos, origen siempre de discordia entre ellos. Que de nuevo se repetirán toda vez que tengan cardenales que los representen, pues éstos fomentan dentro y fuera de Roma la creación de partidos que los nobles de una y otra familia se ven obligados a apoyar. Por lo cual cabe decir que las disensiones y disputas entre los nobles son originadas por la ambición de los prelados. Ha hallado, pues, Su Santidad el papa León una Iglesia potentísima; y se puede esperar que así como aquéllos la hicieron grande por las armas, éste la hará aún más poderosa y venerable por su bondad y sus mil otras virtudes.

## El Príncipe: Capítulo XII

De las distintas clases de milicias y de los soldados mercenarios[editar]

Después de haber discurrido detalladamente sobre la naturaleza de los principados de los cuales me había propuesto tratar, y de haber señalado en parte las causas de su prosperidad o ruina y los medios con que muchos quisieron adquirirlos y conservarlos, réstame ahora hablar de las formas de ataque y defensa que pueden ser necesarias en cada uno de los Estados a que me he referido.

Ya he explicado antes cómo es preciso que un príncipe eche los cimientos de su poder, porque, de lo contrario, fracasaría inevitablemente. Y los cimientos indispensables a todos los Estados, nuevos, antiguos o mixtos, son las buenas leyes y las buenas tropas; y como aquéllas nada pueden donde faltan éstas, y como allí donde hay buenas tropas por fuerza ha de haber buenas leyes, pasaré por alto las leyes y hablaré de las tropas.

Digo, pues, que las tropas con que un príncipe defiende sus Estados son propias, mercenarias, auxiliares o mixtas. Las mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas; y el príncipe cuyo gobierno descansa en soldados mercenarios no estará nunca seguro ni tranquilo, porque están desunidos, porque son ambiciosos, desleales, valientes entre los amigos, pero cobardes cuando se encuentran frente a los enemigos; porque no tienen disciplina, como tienen temor de Dios ni buena fe con los hombres; de modo que no se difiere la ruina sino mientras se difiere la ruptura; y ya durante la paz despojan a su príncipe tanto como los enemigos durante la guerra, pues no tienen otro amor ni otro motivo que los lleve a la batalla que la paga del príncipe, la cual, por otra parte, no es suficiente para que deseen morir por él. Quieren ser sus soldados mientras el príncipe no hace la guerra; pero en cuanto la guerra sobreviene, o huyen o piden la baja. Poco me costaría probar esto, pues la ruina actual de Italia no ha sido causada sino por la confianza depositada durante muchos años en las tropas mercenarias, que hicieron al principio, y gracias a ciertos jefes, algunos progresos que les dieron fama de bravas; pero que demostraron lo que valían en cuanto aparecieron a la vista ejércitos extranjeros. De tal suerte que Carlos, rey de Francia, se apoderó de Italia con un trozo de tiza. Y los que afirman que la culpa la tenían nuestros pecados, decían la verdad, aunque no se trataba de los pecados que imaginaban, sino de los que he expuesto. Y como estos pecados los cometieron los príncipes, sobre ellos recayó el castigo.

Quiero dejar mejor demostrada la ineficacia de estos ejércitos. Los capitanes mercenarios o son hombres de mérito o no lo son; no se puede confiar en ellos si lo son porque aspirarán siempre a forjar su propia grandeza, ya tratando de someter al príncipe su señor, ya tratando de oprimir a otros al margen de los designios del príncipe; y mucho menos si no lo son, pues con toda seguridad llevarán al príncipe a la ruina. Y a quien objetara que esto podría hacerlo cualquiera, mercenario o no, replicaría con lo siguiente: que un principado o una república deben tener sus milicias propias; que, en un principado, el príncipe debe dirigir las milicias en persona y hacer el oficio de capitán; y en las repúblicas, un ciudadano; y si el ciudadano nombrado no es apto, se lo debe cambiar; y si es capaz para el puesto, sujetarlo por medio de leyes. La experiencia enseña que sólo los príncipes y repúblicas armadas pueden hacer grandes progresos, y que las armas mercenarias sólo acarrearán daños. Y es más difícil que un ciudadano someta a una república que está armada con armas propias que una armada con armas extranjeras.

Roma y Esparta se conservaron libres durante muchos siglos porque estaban armadas. Los suizos son muy libres porque disponen de armas propias. De las armas mercenarias de la antigüedad son un ejemplo los cartagineses, los cuales estuvieron a punto de ser sometidos por sus tropas mercenarias, después de la primera guerra con los romanos, a pesar de que los cartagineses tenían por jefes a sus mismos conciudadanos. Filippo de Macedonia, nombrado capitán de los tebanos a la muerte de Epaminondas, les quitó la libertad después de la victoria. Los milaneses, muerto el duque Felipe, tomaron a sueldo a Francisco Sforza para combatir a los venecianos; y Sforza venció al enemigo en Caravaggio y se alió después con él para sojuzgar a los milaneses, sus amos. El padre de Francisco Sforza, estando al servicio de la reina Juana de Nápoles, la abandonó inesperadamente; y ella, al quedar sin tropas que la defendiesen, se vio obligada, para no perder el reino, a entregarse en manos del rey de Aragón. Y si los florentinos y

venecianos extendieron sus dominios gracias a esas milicias, y si sus capitanes los defendieron en vez de someterlos, se debe exclusivamente a la suerte; porque de aquellos capitanes a los que podían temer, unos no vencieron nunca, otros encontraron oposición y los últimos orientaron sus ambiciones hacia otra parte. En el número de los primeros se contó Juan Aucut, cuya fidelidad mal podía conocerse cuando nunca obtuvo una victoria., pero nadie dejará de reconocer que, si hubiese triunfado, quedaban los florentinos librados a su discreción. Francisco Sforza tuvo siempre por adversario a los Bracceschi, y se vigilaron mutuamente; al fin, Francisco volvió sus miras hacia la Lombardía, y Braccio hacia la Iglesia y el reino de Nápoles.

Pero atendamos a lo que ha sucedido hace poco tiempo. Los florentinos nombraron capitán de sus milicias a Pablo Vitelli, varón muy prudente que, de condición modesta, había llegado a adquirir gran fama. A haber tomado a Pisa, los florentinos se hubiesen visto obligados a sostenerlo, porque estaban perdidos si se pasaba a los enemigos, y si hubieran querido que se quedara, habrían debido obedecerle. Si se consideran los procedimientos de los venecianos, se verá que obraron con seguridad y gloria mientras hicieron la guerra con sus propios soldados, lo que sucedió antes que tentaran la suerte en tierra firme, cuando contaban con nobles y plebeyos que defendían lo suyo; pero bastó que empezaran a combatir en tierra firme para que dejaran aquella virtud y adoptaran las costumbres del resto de Italia. Al principio de sus empresas por tierra firme, nada tenían que temer de sus capitanes, así por lo reducido del Estado como por la gran reputación de que gozaban; pero cuando bajo Carmagnola el territorio se fue ensanchando, notaron el error en que habían caído. Porque viendo que aquel hombre, cuya capacidad conocían después de haber derrotado al duque de Milán, hacia la guerra con tanta tibieza, comprendieron que ya nada podía esperarse de él, puesto que no lo quería; y dado que no podían licenciarlo, pues perdían lo que habían conquistado, no les quedaba otro recurso, para vivir seguros, que matarlo. Tuvieron luego por capitanes a Bartolomé de Bérnago, a Roberto de San Severino, al conde de Pitigliano y a otros de quienes no tenían que temer las victorias, sino las derrotas, como les sucedió luego en Vaili, donde en un día perdieron lo que con tanto esfuerzo habían conquistado en ochocientos años. Porque estas milicias, o traen lentas, tardías y mezquinas adquisiciones, o súbitas y fabulosas pérdidas.

Y ya que estos ejemplos me han conducido a referirme a Italia, estudiemos la historia de las tropas mercenarias que durante tantos años la gobernaron, y remontándonos a los tiempos más antiguos, para que, vistos su origen y sus progresos, puedan corregirse mejor los errores.

Es de saber que, en épocas no recientes, cuando el emperador empezó a ser arrojado de Italia y el poder temporal del papa acrecentarse, Italia se dividió en gran número de Estados; porque muchas de las grandes ciudades tomaron las armas contra sus señores, que, favorecidos antes por el emperador, las tenían avasalladas; y el papa, para beneficiarse, ayudó en cuanto pudo a esas rebeliones. De donde Italia pasó casi por entero a las manos de la Iglesia y de varias repúblicas -pues algunas de las ciudades habían nombrado príncipes a sus ciudadanos-; y como estos sacerdotes y estos ciudadanos no conocían el arte de la guerra, empezaron a tomar extranjeros a sueldo. El primero que dio reputación a estas milicias fue Alberico de Conio, de la Romaña, a cuya escuela pertenecen, entre otros, Braccio y Sforza, que en sus tiempos fueron árbitros de Italia. Tras ellos vinieron todos los que hasta nuestros tiempos han dirigido esas tropas. Y el resultado de su virtud lo hallamos en esto: que Italia fue recorrida libremente por Carlos, saqueada por Luis, violada por Fernando e insultada por los suizos. El método que estos capitanes siguieron para adquirir reputación fue primero el de quitarle importancia a la infantería. Y lo hicieron porque, no poseyendo tierras y teniendo que vivir de su industria, con pocos infantes no pedían imponerse y les era imposible alimentar a muchos, mientras que, con un número reducido de jinetes, se veían honrados sin que fuese un problema el proveer a su sustentación. Las cosas habían llegado a tal extremo, que en un ejército de veinte mil hombres no había dos mil infantes. Por otra parte, se habían ingeniado para ahorrarse y ahorrar a sus soldados la fatiga y el miedo con la consigna de no matar en las refriegas, sino tomar prisioneros, sin degollarlos. No asaltaban de noche las ciudades, ni los campesinos atacaban las tiendas; no levantaban empalizadas ni abrían fosos alrededor del campamento, ni vivían en él durante el invierno. Todas estas cosas,

permitidas por sus códigos militares, las inventaron ellos, como he dicho, para evitarse fatigas y peligros. Y con ellas condujeron a Italia a la esclavitud y a la deshonra.

## El Príncipe: Capítulo XIII

### De los soldados auxiliares, mixtos y propios[editar]

Las tropas auxiliares, otras de las tropas inútiles de que he hablado, son aquellas que se piden a un príncipe poderoso para que nos socorra y defienda, tal como hizo en estos últimos tiempos el papa Julio, cuando, a raíz del pobre papel que le tocó representar con sus tropas mercenarias en la empresa de Ferrara, tuvo que acudir a las auxiliares y convenir con Fernando, rey de España, que éste iría en su ayuda con sus ejércitos. Estas tropas pueden ser útiles y buenas para sus amos, pero para quien las llama son casi siempre funestas; pues si pierden, queda derrotado, y si gana, se convierte en su prisionero. Y aunque las historias antiguas están llenas de estos ejemplos, quiero, sin embargo, detenerme en el caso reciente de Julio II, que no pudo haber cometido imprudencia mayor para conquistar a Ferrera que el entregarse por completo en manos de un extranjero. Pero su buena estrella hizo surgir una tercera causa, que, de lo contrario, hubiera pagado las consecuencias de su mala elección. Porque derrotados sus auxiliares en Ravena, aparecieron los suizos, que, contra la opinión de todo el mundo, incluso la suya, pusieron en fuga a los vencedores, de modo que no quedó prisionero de los enemigos, que habían huido, ni de los auxiliares, ya que había triunfado con otras tropas. Los florentinos, que carecían de ejércitos propios, trajeron diez mil franceses para conquistar a Pisa; y esta resolución les hizo correr más peligros de los que corrieran nunca en ninguna época. El emperador de Constantinopla, para ayudar a sus vecinos, puso en Grecia diez mil turcos, los cuales, una vez concluida la guerra, se negaron a volver a su patria; de donde empezó la servidumbre de Grecia bajo el yugo de los infieles.

Se concluye de esto que todo el que no quiera vencer no tiene más que servirse de esas tropas, muchísimo más peligrosas que las mercenarias, porque están perfectamente unidas y obedecen ciegamente a sus jefes, con lo cual la ruina es inmediata; mientras que las mercenarias, para someter al príncipe, una vez que han triunfado, necesitan esperar tiempo y ocasión, pues no constituyen un cuerpo unido y, por añadidura, están a sueldo del príncipe. En ellas, un tercero a quien el príncipe haya hecho jefe no puede cobrar en seguida tanta autoridad como para perjudicarlo. En suma, en las tropas mercenarias hay que temer sobre todo las derrotas; en las auxiliares, los triunfos.

Por ello, todo príncipe prudente ha desechado estas tropas y se ha refugiado en las propias, y ha preferido perder con las suyas a vencer con las otras, considerando que no es victoria verdadera la que se obtiene con armas ajenas. No me cansaré nunca de elogiar a César Borgia y su conducta. Empezó el duque por invadir la Romaña con tropas auxiliares, todos soldados franceses, y con ellas tomó a Imola y Forli. Pero no pareciéndoles seguras, se volvió a las mercenarias, según él menos peligrosas; y tomó a sueldo a los Orsini y los Vitelli. Por último, al notar que también éstas eran inseguras, infieles y peligrosas, las disolvió y recurrió a las propias. Y de la diferencia que hay entre esas distintas milicias se puede formar una idea considerando la autoridad que tenía el duque cuando sólo contaba con los franceses y cuando se apoyaba en los Orsini y Vitelli, y la que tuvo cuando se quedó con sus soldados y descansó en sí mismo: que era, sin duda alguna, mucho mayor, porque nunca fue tan respetado como cuando se vio que era el único amo de sus tropas.

Me había propuesto no salir de los ejemplos italianos y recientes; pero no quiero olvidarme de Hierón de Siracusa, ya que en otra parte lo he citado. Convertido, como expliqué, en jefe de los ejércitos de Siracusa, advirtió en seguida de la inutilidad de las milicias mercenarias, cuyos jefes tenían los mismos defectos que nuestros italianos; y como no creía conveniente conservarlas ni licenciarlas, eliminó a sus jefes. E hizo la guerra con sus tropas y no con las ajenas. Quiero también recordar un episodio del Viejo Testamento que viene muy al caso. Ofreciéndose David a Saúl para combatir a Goliat, provocador filisteo, Saúl, para darle valor, lo armó con sus armas; pero una vez que se vio cargado con éstas, David las rechazó, diciendo que con ellas no podría sacar partido de sí mismo y que prefería ir al encuentro del enemigo con su honda y su cuchillo.

En fin, sucede siempre que las armas ajenas o se caen de los hombros del príncipe, o le pesan, o le oprimen. Carlos VII, padre del rey Luis XI, una vez que con su fortuna y valor liberó a Francia de

los ingleses, conoció esta necesidad de armarse con sus propias armas y ordenó en su reino la creación de milicias de caballería e infantería. Después, el rey Luis, su hijo, disolvió las de infantería y empezó a tomar a sueldo a suizos, error que, renovado por otros, es, como ahora se ve, el motivo de los males de aquel reino. Porque al acreditar a los suizos, desacreditó todas sus armas, ya que hizo desaparecer la infantería y depender la caballería de las tropas ajenas. Acostumbrada ésta a ir a la guerra en compañía de los suizos, no cree poder vencer sin ellos. Lo cual explica que los franceses no puedan contra los suizos, y que sin los suizos no se atrean a enfrentar a otros. Los ejércitos de Francia son, pues, mixtos, dado que se componen de tropas mercenarias y propias; y, en su conjunto, son mucho mejores que las milicias exclusivamente mercenarias o exclusivamente auxiliares, pero muy inferiores a las propias. Bastará el ejemplo citado para hacer comprender que el reino de Francia sería hoy invencible si se hubiese respetado la disposición de Carlos; pero la escasa perspicacia de los hombres hace que comiencen algo que parece bueno por el hecho de que no manifiesta el veneno que esconde debajo, como he dicho que sucede con la tisis.

Por lo tanto, aquel que en un principado no descubre los males sino una vez nacidos, no es verdaderamente sabio; pero ésta es virtud que tienen pocos. Si se examinan las causas de la decadencia del Imperio Romano, se advierte que la principal estribó en empezar a tomar a sueldo a los godos, pues desde entonces las fuerzas del imperio fueron debilitándose, y toda la virtud que ellas perdían la adquirían los otros.

Concluyo, pues, que sin milicias propias no hay principado seguro; más aún: está por completo en manos del azar, al carecer de medios de defensa contra la adversidad. Que fue siempre opinión y creencia de los hombres prudentes “quod nihil sit tam infirmum aut instabile, quam: fama potentiae non sua vi nixa” Y milicias propias son las compuestas, o por súbditos, o por ciudadanos, o por servidores del príncipe. Y no será difícil rodearse de ellas si se siguen los ejemplos de los cuatro a quienes he citado, y se examina la forma en que Filipo, padre de Alejandro Magno, y muchas repúblicas y príncipes organizaron sus tropas. Conducta a la cual me remito por entero.

## El Príncipe: Capítulo XIV

De los deberes de un príncipe para con la milicia[editar]

Un príncipe no debe tener otro objeto ni pensamiento ni preocuparse de cosa alguna fuera del arte de la guerra y lo que a su orden y disciplina corresponde, pues es lo único que compete a quien manda. Y su virtud es tanta, que no sólo conserva en su puesto a los que han nacido príncipes, sino que muchas veces eleva a esta dignidad a hombres de condición modesta; mientras que, por el contrario ha, hecho perder el Estado a príncipes que han pensado más en las diversiones que en las armas. Pues la razón principal de la pérdida de un Estado se halla siempre en el olvido de este arte, en tanto que la condición primera para adquirirlo es la de ser experto en él.

Francisco Sforza, por medio de las armas, llegó a ser duque de Milán, de simple ciudadano que era; y sus hijos, por escapar a las incomodidades de las armas, de duques pasaron a ser simples ciudadanos. Aparte de otros males que trae, el estar desarmado hace despreciable, vergüenza que debe evitarse por lo que luego explicaré. Porque entre uno armado y otro desarmado no hay comparación posible, y no es razonable que quien esté armado obedezca de buen grado a quien no lo está, y que el príncipe desarmado se sienta seguro entre servidores armados, porque, desdeñoso uno y desconfiado el otro, no es posible que marchen de acuerdo. Por todo ello, un príncipe que, aparte de otras desgracias, no entienda de cosas militares, no puede ser estimado por sus soldados ni puede confiar en ellos.

En consecuencia, un príncipe jamás debe dejar de ocuparse del arte militar, y durante los tiempos de paz debe ejercitarse más que en los de guerra; lo cual puede hacer de dos modos: con la acción y con el estudio. En lo que atañe a la acción, debe, además de ejercitar y tener bien organizadas sus tropas, dedicarse constantemente a la caza con el doble objeto de acostumar el cuerpo a las fatigas y de conocer la naturaleza de los terrenos, la altitud de las montañas, la entrada de los valles, la situación de las llanuras, el curso de los ríos y la extensión de los pantanos. En esto último pondrá muchísima seriedad, pues tal estudio presta dos utilidades: primero, se aprende a conocer la región donde se vive y a defenderla mejor; después, en virtud del conocimiento práctico de una comarca, se hace más fácil el conocimiento de otra donde sea necesario actuar, porque las colinas, los valles, las llanuras, los ríos y los pantanos que hay, por ejemplo, en Toscana, tienen cierta similitud con los de las otras provincias, de manera que el conocimiento de los terrenos de una provincia sirve para el de las otras. El príncipe que carezca de esta pericia carece de la primera cualidad que distingue a un capitán, pues tal condición es la que enseña a dar con el enemigo, a tomar los alojamientos, a conducir los ejércitos, a preparar un plan de batalla y a atacar con ventaja.

Filopémenes, príncipe de los aqueos, tenía, entre otros méritos que los historiadores le concedieron, el de que en los tiempos de paz no pensaba sino en las cosas que incumben a la guerra; y cuando iba de paseo por la campaña, a menudo se detenía y discurría así con los amigos "Si el enemigo estuviese en aquella colina y nosotros nos encontráremos aquí con nuestro ejército, ¿de quién sería la ventaja? ¿Cómo podríamos ir a su encuentro, conservando el orden? Si quisiéramos retirarnos, ¿cómo deberíamos proceder? ¿Y cómo los perseguiríamos, si los que se retirasen fueran ellos?" Y les proponía, mientras caminaba, todos los casos que pueden presentarse a un ejército; escuchaba sus opiniones, emitía la suya y la justificaba. Y gracias a este continuo razonar, nunca, mientras guió sus ejércitos, pudo surgir accidente alguno para el que no tuviese remedio previsto.

En cuanto al ejercicio de la mente, el príncipe debe estudiar la Historia, examinar las acciones de los hombres ilustres, ver cómo se han conducido en la guerra, analizar el por qué de sus victorias y derrotas para evitar éstas y tratar de lograr aquéllas; y sobre todo hacer lo que han hecho en el pasado algunos hombres egregios que, tomando a los otros por modelos, tenían siempre presentes sus hechos más celebrados. Como se dice que Alejandro Magno hacia con Aquiles, César con Alejandro, Escipión con Ciro. Quien lea la vida de Ciro, escrita por Jenofonte, reconocerá en la vida de Escipión la gloria que le reportó el imitarlo, y cómo, en lo que se refiere a castidad, afabilidad, clemencia y liberalidad, Escipión se cibió por completo a lo que Jenofonte escribió de Ciro. Esta es la conducta que debe observar un príncipe prudente: no permanecer

inactivo nunca en los tiempos de paz, sino, por el contrario, hacer acopio de enseñanzas para valerse de ellas en la adversidad, a fin de que, si la fortuna cambia, lo halle preparado para resistirle.



## El Príncipe: Capítulo XV

De aquellas cosas por las cuales los hombres y especialmente los príncipes, son alabados o censurados[editar]

Queda ahora por analizar cómo debe comportarse un príncipe en el trato con súbditos y amigos. Y porque sé que muchos han escrito sobre el tema, me pregunto, al escribir ahora yo, si no seré tachado de presuntuoso, sobre todo al comprobar que en esta materia me aparto de sus opiniones. Pero siendo mi propósito escribir cosa útil para quien la entiende, me ha parecido más conveniente ir tras la verdad efectiva de la cosa que tras su apariencia. Porque muchos se han imaginado como existentes de veras a repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos; porque hay tanta diferencia entre cómo se vive y cómo se debería vivir, que aquel que deja lo que se hace por lo que debería hacerse marcha a su ruina en vez de beneficiarse; pues un hombre que en todas partes quiera hacer profesión de bueno es inevitable que se pierda entre tantos que no lo son. Por lo cual es necesario que todo príncipe que quiera mantenerse aprenda a no ser bueno, y a practicarlo o no de acuerdo con la necesidad.

Dejando, pues, a un lado las fantasías, y preocupándonos sólo de las cosas reales, digo que todos los hombres, cuando se habla de ellos, y en particular los príncipes, por ocupar posiciones más elevadas, son juzgados por algunas de estas cualidades que les valen o censura o elogio. Uno es llamado pródigo, otro tacaño (y empleo un término toscano, porque “avaro”, en nuestra lengua, es también el que tiende a enriquecerse por medio de la rapiña, mientras que llamamos “tacaño” al que se abstiene demasiado de gastar lo suyo); uno es considerado dadivoso, otro rapaz; uno cruel, otro clemente; uno traidor, otro leal; uno afeminado y pusilánime, otro decidido y animoso; uno humano, otro soberbio; uno lascivo, otro casto; uno sincero, otro astuto; uno duro, otro débil; uno grave, otro frívolo; uno religioso, otro incrédulo, y así sucesivamente. Sé que no habría nadie que no opinase que sería cosa muy loable que, de entre todas las cualidades nombradas, un príncipe poseyese las que son consideradas buenas; pero como no es posible poseerlas todas, ni observarlas siempre, porque la naturaleza humana no lo consiente, le es preciso ser tan cuerdo que sepa evitar la vergüenza de aquellas que le significarían la pérdida del Estado, y, sí puede, aun de las que no se lo harían perder; pero si no puede no debe preocuparse gran cosa, y mucho menos de incurrir en la infamia de vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el Estado, porque si consideramos esto con frialdad, hallaremos que, a veces, lo que parece virtud es causa de ruina, y lo que parece vicio sólo acaba por traer el bienestar y la seguridad.

## El Príncipe: Capítulo XVI

### De la prodigalidad y de la avaricia[editar]

Empezando por la primera de dichas cualidades, digo que estaría bien ser tenido por pródigo. Sin embargo, la prodigalidad, practicada manifiestamente perjudica; y por otra parte, si se la practica tal y como se debe practicar, sin que sea conocida, se creará que existe el vicio contrario. Pero como el que quiere conseguir fama de pródigo entre los hombres no puede pasar por alto ninguna clase de lujos, sucederá siempre que un príncipe así acostumbrado a proceder consumirá en tales obras todas sus riquezas y se verá obligado, a la postre, si desea conservar su reputación, a imponer excesivos tributos, a ser riguroso en el cobro y a hacer todas las cosas que hay que hacer para procurarse dinero. Lo cual empezará a tornarle odioso a los ojos de sus súbditos, y nadie lo estimará, ya que se habrá vuelto pobre. Y como con su prodigalidad ha perjudicado a muchos y beneficiado a pocos, se resentirá al primer inconveniente y peligrará al menor riesgo. Y si entonces advierte su falla y quiere cambiar de conducta, será tachado de tacaño.

Puesto que un príncipe no puede practicar públicamente esta virtud sin perjuicio, convendrá, si es sensato, despreocuparse si es tildado de tacaño; porque, con el tiempo, al ver que con su avaricia le bastan las rentas para defenderse de sus atacantes y acometer nuevas empresas sin gravar al pueblo, será tenido siempre por más pródigo, pues practica la generosidad con todos aquellos a quienes no quita, que son innumerables, y la avaricia con todos aquellos a quienes no da, que son pocos.

En nuestros tiempos sólo hemos visto hacer grandes cosas a los hombres considerados tacaños; los demás siempre han fracasado. El papa Julio II, después de usar la fama de pródigo para llegar al Pontificado, la descuidó a fin de poder hacer la guerra. El actual rey de Francia ha sostenido tantas guerras sin imponer tributos extraordinarios a sus súbditos porque, con su extremada fortuna, proveyó a los superfluos. Si el actual rey España hubiera sido espléndido no habría realizado ni vencido en tantas empresas.

Por tanto, un príncipe, para no despojar a sus súbditos, para poder defenderse, para no volverse pobre y miserable, para no verse obligado a expoliar, debe temer poco incurrir en la tacañería; porque éste es uno de los vicios que hacen posible reinar. Y si alguien dijese: "Gracias a su prodigalidad, César llegó al imperio, y muchos otros, por haber sido y haberse ganado fama de pródigos, escalaron altísimas posiciones", contestaría: "O ya eres príncipe, o estas en camino de serlo; en el primer caso, la liberalidad es perniciosa; en el segundo, necesaria. Y César era uno de los que querían llegar al principado de Roma; pero si después de lograrlo hubiese sobrevivido y no hubiera moderado en los gastos, habría arruinado al imperio". Y si alguien replicase: "Ha habido muchos príncipes, reputados por generosos, que hicieron grandes cosas con las armas" diría yo: "O el príncipe gasta lo suyo y lo de los súbditos, o gasta lo ajeno; en el primer caso debe ser medido, en el otro, no debe cuidarse del despilfarro. Porque el príncipe que va con sus ejércitos y que vive del botín, de los saqueos y de las contribuciones, necesita esa esplendidez a costa de los enemigos, ya que de otra manera los soldados no lo seguirían. Con aquello que no es del príncipe ni de sus súbditos se puede ser extremadamente generoso, como lo fueron Ciro, César y Alejandro; porque el derrochar lo ajeno, antes concede que quita reputación; sólo el gastar lo de uno perjudica. No hay cosa que se consuma tanto a sí misma como la prodigalidad, pues cuanto más se la practica más se pierde la facultad de practicarla; y se vuelve el príncipe pobre y despreciable, o, si quiere escapar de la pobreza, expoliador y odioso. Y si hay algo que deba evitarse, es el ser despreciado y odioso, y a ambas cosas conduce la prodigalidad. Por lo tanto, es más prudente contentarse con el tildado de tacaño que implica una vergüenza sin odio, que, por ganar fama de pródigo, incurrir en el de expoliador, que implica una vergüenza con odio.

## El Príncipe: Capítulo XVII

De la crueldad y la clemencia; y si es mejor ser amado que temido, o ser temido que amado[editar]

Paso a las otras cualidades ya cimentadas y declaro que todos los príncipes deben desear ser tenidos por clementes y no por crueles. Y, sin embargo, deben cuidarse de emplear mal esta clemencia, César Borgia era considerado cruel, pese a lo cual fue su crueldad la que impuso el orden en la Romaña, la que logró su unión y la que la volvió a la paz y a la fe. Que, si se examina bien, se verá que Borgia fue mucho más clemente que el pueblo florentino, que para evitar ser tachado de cruel, dejó destruir a Pistoia. Por lo tanto, un príncipe no debe preocuparse porque lo acusen de cruel, siempre y cuando su crueldad tenga por objeto el mantener unidos y fieles a los súbditos; porque con pocos castigos ejemplares será más clemente que aquellos que, por excesiva clemencia, dejan multiplicar los desórdenes, causas de matanzas y saqueos que perjudican a toda una población, mientras que las medidas extremas adoptadas por el príncipe sólo van en contra de uno. Y es sobre todo un príncipe nuevo el que no debe evitar los actos de crueldad, pues toda nueva dominación trae consigo infinidad de peligros. Así se explica que Virgilio ponga en boca de Dido:

*Res dura et regni novitas me talia cogunt*

*Moliri, et late fines custode tueri.*

Sin embargo, debe ser cauto en el creer y el obrar, no tener miedo de sí mismo y proceder con moderación, prudencia y humanidad, de modo que una excesiva confianza no lo vuelva imprudente, y una desconfianza exagerada, intolerable.

Surge de esto una cuestión: si vale más ser amado que temido, o temido que amado. Nada mejor que ser ambas cosas a la vez; pero puesto que es difícil reunir las y que siempre ha de faltar una, declaro que es más seguro ser temido que amado. Porque de la generalidad de los hombres se puede decir esto: que son ingratos, volubles, simuladores, cobardes ante el peligro y ávidos de lucro. Mientras les haces bien, son completamente tuyos: te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, pues —como antes expliqué— ninguna necesidad tienes de ello; pero cuando la necesidad se presenta se rebelan. Y el príncipe que ha descansado por entero en su palabra va a la ruina al no haber tomado otras providencias; porque las amistades que se adquieren con el dinero y no con la altura y nobleza de almas son amistades merecidas, pero de las cuales no se dispone, y llegada la oportunidad no se las puede utilizar. Y los hombres tienen menos cuidado en ofender a uno que se haga amar que a uno que se haga temer; porque el amor es un vínculo de gratitud que los hombres, perversos por naturaleza, rompen cada vez que pueden beneficiarse; pero el temor es miedo al castigo que no se pierde nunca. No obstante lo cual, el príncipe debe hacerse temer de modo que, si no se granjea el amor, evite el odio, pues no es imposible ser a la vez temido y no odiado; y para ello bastará que se abstenga de apoderarse de los bienes y de las mujeres de sus ciudadanos y súbditos, y que no proceda contra la vida de alguien sino cuando hay justificación conveniente y motivo manifiesto; pero sobre todo abstenerse de los bienes ajenos, porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio. Luego, nunca faltan excusas para despojar a los demás de sus bienes, y el que empieza a vivir de la rapiña siempre encuentra pretextos para apoderarse de lo ajeno, y, por el contrario, para quitar la vida, son más raros y desaparecen con más rapidez.

Pero cuando el príncipe está al frente de sus ejércitos y tiene que gobernar a miles de soldados, es absolutamente necesario que no se preocupe si merece fama de cruel, porque sin esta fama jamás podrá tenerse ejército alguno unido y dispuesto a la lucha. Entre las infinitas cosas admirables de Aníbal se cita la de que, aunque contaba con un ejército grandísimo, formado por hombres de todas las razas a los que llevó a combatir en tierras extranjeras, jamás surgió discordia alguna entre ellos ni contra el príncipe, así en la mala como en la buena fortuna. Y esto no podía deberse sino a su crueldad inhumana, que, unida a sus muchas otras virtudes, lo hacía venerable y terrible en el concepto de los soldados; que, sin aquélla, todas las demás no le habrían bastado para ganarse este respeto. Los historiadores poco reflexivos admiran, por una parte, semejante orden, y, por la otra, censuran su razón principal. Que si es verdad o no que las

demás virtudes no le habrían bastado puede verse en Escipión —hombre de condiciones poco comunes, no sólo dentro de su boca, sino dentro de toda la historia de la humanidad—, cuyos ejércitos se rebelaron en España. Lo cual se produjo por culpa de su excesiva clemencia, que había dado a sus soldados más licencia de la que a la disciplina militar convenía. Falta que Fabio Máximo le reprochó en el Senado, llamándolo corruptor de la milicia romana. Los locrios, habiendo sido ultrajados por un enviado de Escipión, no fueron desagraviados por éste ni la insolencia del primero fue castigada naciendo todo de aquel su blando carácter. Y a tal extremo, que alguien que lo quiso justificar ante el Senado dijo que pertenecía a la clase de hombres que saben mejor no equivocarse que enmendar las equivocaciones ajenas. Este carácter, con el tiempo habría acabado por empañar su fama y su honor, a haber llegado Escipión al mando absoluto; pero como estaba bajo las órdenes del Senado, no sólo quedó escondida esta mala cualidad suya, sino que se convirtió en su gloria.

Volviendo a la cuestión de ser amado o temido, concluyo que, como el amar depende de la voluntad de los hombres y el temer de la voluntad del príncipe, un príncipe prudente debe apoyarse en lo suyo y no en lo ajeno, pero, como he dicho, tratando siempre de evitar el odio.

## El Príncipe: Capítulo XVIII

De qué modo los príncipes deben cumplir sus promesas[editar]

Nadie deja de comprender cuán digno de alabanza es el príncipe que cumple la palabra dada, que obra con rectitud y no con doblez; pero la experiencia nos demuestra, por lo que sucede en nuestros tiempos, que son precisamente los príncipes que han hecho menos caso de la fe jurada, envuelto a los demás con su astucia y reído de los que han confiado en su lealtad, los únicos que han realizado grandes empresas.

Digamos primero que hay dos maneras de combatir: una, con las leyes; otra, con la fuerza. La primera es distintiva del hombre; la segunda, de la bestia. Pero como a menudo la primera no basta, es forzoso recurrir a la segunda. Un príncipe debe saber entonces comportarse como bestia y como hombre. Esto es lo que los antiguos escritores enseñaron a los príncipes de un modo velado cuando dijeron que Aquiles y muchos otros de los príncipes antiguos fueron confiados al centauro Quirón para que los criara y educase. Lo cual significa que, como el preceptor es mitad bestia y mitad hombre, un príncipe debe saber emplear las cualidades de ambas naturalezas, y que una no puede durar mucho tiempo sin la otra.

De manera que, ya que se ve obligado a comportarse como bestia, conviene que el príncipe se transforma en zorro y en león, porque el león no sabe protegerse de las trampas ni el zorro protegerse de los lobos. Hay, pues, que ser zorro para conocer las trampas y león para espantar a los lobos. Los que sólo se sirven de las cualidades del león demuestran poca experiencia. Por lo tanto, un príncipe prudente no debe observar la fe jurada cuando semejante observancia vaya en contra de sus intereses y cuando hayan desaparecido las razones que le hicieron prometer. Si los hombres fuesen todos buenos, este precepto no sería bueno; pero como son perversos, y no la observarían contigo, tampoco tú debes observarla con ellos. Nunca faltaron a un príncipe razones legítimas para disfrazar la inobservancia. Se podrían citar innumerables ejemplos modernos de tratados de paz y promesas vueltos inútiles por la infidelidad de los príncipes. Que el que mejor ha sabido ser zorro, ése ha triunfado. Pero hay que saber disfrazarse bien y ser hábil en fingir y en disimular. Los hombres son tan simples y de tal manera obedecen a las necesidades del momento, que aquel que engaña encontrará siempre quien se deje engañar.

No quiero callar uno de los ejemplos contemporáneos. Alejandro VI nunca hizo ni pensó en otra cosa que en engañar a los hombres, y siempre halló oportunidad para hacerlo. Jamás hubo hombre que prometiese con mis desparpajo ni que hiciera tantos juramentos sin cumplir ninguno; y, sin embargo, los engaños siempre le salieron a pedir de boca, porque conocía bien esta parte del mundo.

No es preciso que un príncipe posea todas las virtudes citadas, pero es indispensable que aparente poseerlas. Y hasta me atreveré a decir esto: que el tenerlas y practicarlas siempre es perjudicial, y el aparentar tenerlas, útil. Está bien mostrarse piadoso, fiel, humano, recto y religioso, y asimismo serlo efectivamente; pero se debe estar dispuesto a irse al otro extremo si ello fuera necesario. Y ha de tenerse presente que un príncipe, y sobre todo un príncipe nuevo, no puede observar todas las cosas gracias a las cuales los hombres son considerados buenos, porque, a menudo, para conservarse en el poder, se ve arrastrado a obrar contra la fe, la caridad, la humanidad y la religión. Es preciso, pues, que tenga una inteligencia capaz de adaptarse a todas las circunstancias, y que, como he dicho antes, no se aparte del bien mientras pueda, pero que, en caso de necesidad, no titubee en entrar en el mal.

Por todo esto un príncipe debe tener muchísimo cuidado de que no le brote nunca de los labios algo que no esté empapado de las cinco virtudes citadas, y de que, al verlo y oírlo, parezca la clemencia, la fe, la rectitud y la religión mismas, sobre todo esta última. Pues los hombres, en general, juzgan más con los ojos que con las manos, porque todos pueden ver, pero pocos tocar. Todos ven lo que parece ser, mas pocos saben lo que eres; y estos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de la mayoría, que se escuda detrás de la majestad del Estado. Y en las acciones de los hombres, y particularmente de los príncipes, donde no hay apelación posible, se atiende a los resultados. Trate, pues, un príncipe de vencer y conservar el Estado, que los medios

siempre serán honorables y loados por todos; porque el vulgo se deja engañar por las apariencias y por el éxito; y en el mundo sólo hay vulgo, ya que las minorías no cuentan sino cuando las mayorías no tienen donde apoyarse. Un príncipe de estos tiempos, a quien no es oportuno nombrar, jamás predica otra cosa que concordia y buena fe; y es enemigo acérrimo de ambas, ya que, si las hubiese observado, habría perdido más de una vez la fama y las tierras.

## El Príncipe: Capítulo XIX

De que modo debe evitarse ser despreciado y odiado[editar]

Como de entre las cualidades mencionadas ya hablé de las más importantes, quiero ahora, bajo este título general, referirme brevemente a las otras. Trate el príncipe de huir de las cosas que lo hagan odioso o despreciable, y una vez logrado, habrá cumplido con su deber y no tendrá nada que temer de los otros vicios. Hace odioso, sobre todo, como ya he dicho antes, el ser expoliador y el apoderarse de los bienes y de las mujeres de los súbditos, de todo lo cual convendrá abstenerse. Porque la mayoría de los hombres, mientras no se ven privados de sus bienes y de su honor, viven contentos; y el príncipe queda libre para combatir la ambición de los menos que puede cortar fácilmente y de mil maneras distintas. Hace despreciable el ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime e irresoluto, defectos de los cuales debe alejarse como una nave de un escollo, e ingeniarse para que en sus actos se reconozca grandeza, valentía, seriedad y fuerza. Y con respecto a los asuntos privados de los súbditos, debe procurar que sus fallos sean irrevocables y empeñarse en adquirir tal autoridad que nadie piense en engañarlo ni envolverlo con intrigas.

El príncipe que conquista semejante autoridad es siempre respetado, pues difícilmente se conspira contra quien, por ser respetado, tiene necesariamente ser bueno y querido por los suyos. Y un príncipe debe temer dos cosas: en el interior, que se le subleven los súbditos; en el exterior, que le ataquen las potencias extranjeras. De éstas se defenderá con buenas armas y buenas alianzas, y siempre tendrá buenas alianzas el que tenga buenas armas, así como siempre en el interior estarán seguras las cosas cuando lo estén en el exterior, a menos que no hubiesen sido previamente perturbadas por una conspiración. Y aún cuando los enemigos de afuera amenazasen, si ha vivido como he aconsejado y no pierda la presencia de espíritu resistirá todos los ataques, como he aconsejado que hizo el espartano Nabis. En lo que se refiere a los súbditos, y a pesar de que no exista amenaza extranjera alguna, ha de cuidar que no conspiren secretamente; pero de este peligro puede asegurarse evitando que lo odien o lo desprecien y, como ya antes he repetido, empeñándose por todos los medios en tener satisfecho al pueblo. Porque el no ser odiado por el pueblo es uno de los remedios más eficaces de que dispone un príncipe contra las conjuraciones. El conspirador siempre cree que el pueblo quedará contento con la muerte del príncipe, y jamás, si sospecha que se producirá el efecto contrario, se decide a tomar semejante partido, pues son infinitos los peligros que corre el que conspira. La experiencia nos demuestra que hubo muchísimas conspiraciones y que muy pocas tuvieron éxito. Porque el que conspira no puede obrar solo ni buscar la complicidad de los que no cree descontentos; y no hay descontento que no se regocije en cuanto le hayas confesado tus propósitos, porque de la revelación de tu secreto puede esperar toda clase de beneficios; es preciso que, sea muy amigo tuyo o enconado enemigo del príncipe para que, al hallar en una parte ganancias seguras y en la otra dudosas y llenas de peligro, te sea leal. Y para reducir el problema a sus últimos términos, declaro que de parte del conspirador sólo hay celos, sospechas y temor al castigo, mientras que el príncipe cuenta con la majestad del principado, con las leyes y con la ayuda de los amigos, de tal manera que, si se ha granjeado la simpatía popular, es imposible que haya alguien que sea tan temerario como para conspirar. Pues si un conspirador está por lo común rodeado de peligros antes de consumar el hecho, lo estará aún más después de ejecutarlo, porque no encontrará amparo en ninguna parte.

Sobre este particular podrían citarse innumerables ejemplos; pero me daré por satisfecho con mencionar uno que pertenece a la época de nuestros padres. Micer Aníbal Bentivoglio, abuelo del actual micer Aníbal, que era príncipe de Bolonia, fue asesinado por los Canneschi, que se había conjurado contra él, no quedando de los suyos más que micer Juan, que era una criatura. Inmediatamente después de semejante crimen se sublevó el pueblo y exterminó a todos los Canneschi. Esto nace de la simpatía popular que la casa de los Bentivoglio tenía en aquellos tiempos, y que fue tan grande que, no quedando de ella nadie en Bolonia que pudiese, muerto Aníbal, regir el Estado, y habiendo indicios de que en Florencia existía un descendiente de los Bentivoglio, que se consideraba hasta entonces hijo de cerrajero, vinieron los boloñeses en su busca a Florencia y le entregaron el gobierno de aquella ciudad la que fue gobernada por él hasta que micer Juan hubo llegado a una edad adecuada par asumir el mando.

Llego, pues, a la conclusión de que un príncipe, cuando es apreciado por el pueblo, debe cuidarse muy poco de las conspiraciones; pero que debe temer todo y a todos cuando lo tienen por enemigo y es aborrecido por él. Los Estados bien organizados y los príncipes sabios siempre han procurado no exasperar a los nobles y, a la vez, tener satisfecho y contento al pueblo. Es éste uno de los puntos a que más debe atender un príncipe.

En la actualidad, entre los reinos bien organizados, cabe nombrar el de Francia, que cuenta con muchas instituciones buenas que están al servicio de la libertad y de la seguridad del rey, de las cuales la primera es el Parlamento. Como el que organizó este reino conocía, por una parte, la ambición y la violencia de los poderosos y la necesidad de tenerlos como de una brida para corregirlos y, por la otra, el odio a los nobles que el temor hacía nacer en el pueblo -temor que había que hacer desaparecer-, dispuso que no fuese cuidado exclusivo del rey esa tarea, para evitarle los inconvenientes que tendría con los nobles si favorecía al pueblo y los que tendría con el pueblo si favorecía a los nobles. Creó entonces un tercer poder que, sin responsabilidades para el rey, castigase a los nobles y beneficiase al pueblo. No podía tomarse medida mejor ni más juiciosa, ni que tanto proveyese a la seguridad del rey y del reino. De donde puede extraerse esta consecuencia digna de mención: que los príncipes deben encomendar a los demás las tareas gravosas y reservarse las agradables. Y vuelvo a repetir que un príncipe debe estimar a los nobles, pero sin hacerse odiar por el pueblo.

Acaso podrá parecer a muchos que el ejemplo de la vida y muerte de ciertos emperadores romanos contradice mis opiniones, porque hubo quienes, a pesar de haberse conducido siempre virtuosamente y de poseer grandes cualidades, perdieron el imperio o, peor aún, fueron asesinados por sus mismos súbditos, conjurados en su contra. Para contestar a estas objeciones examinaré el comportamiento de algunos emperadores y demostraré que las causas de su ruina no difieren de las que he expuesto, y mientras tanto, recordaré los hechos más salientes de la Historia de aquellos tiempos. Me limitaré a tomar a los emperadores que se sucedieron desde Marco el Filósofo hasta Maximino: Marco, su hijo Cómodo, Pertinax, Juliano, Severo, su hijo Antonio Caracalla, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino. Pero antes conviene hacer notar que, mientras los príncipes de hoy sólo tienen que luchar contra la ambición de los nobles y la violencia de los pueblos, los emperadores romanos tenían que hacer frente a una tercera dificultad: la codicia y la crueldad de sus soldados, motivo de la ruina de muchos. Porque era difícil dejar a la vez satisfechos a los soldados y al pueblo, pues en tanto que el pueblo amaba la paz y a los príncipes sosegados, las tropas preferían a los príncipes belicosos, violentos, crueles y rapaces, y mucho más si lo eran contra el pueblo, ya que así duplicaban la ganancia y tenían ocasión de deshogar su codicia y su perversidad. Esto explica por qué los emperadores que carecían de autoridad suficiente para contener a unos y a los otros siempre fracasaban; y explica también por qué la mayoría, y sobre todo los que subían al trono por herencia, una vez conocida la imposibilidad de dejar satisfechas a ambas partes, se decidían por los soldados, sin importarles pisotear al pueblo. Era el partido lógico: cuando el príncipe no puede evitar ser odiado por una de las dos partes, debe inclinarse hacia el grupo más numeroso, y cuando esto no es posible, inclinarse hacia el más fuerte. De ahí que los emperadores -que al serlo por razones ajenas al derecho tenían necesidad de apoyos extraordinarios buscasen contentar a los soldados antes que al pueblo; lo cual, sin embargo, podía resultarles ventajoso o no según que supiesen o no ganarse y conservar su respeto. Por tales motivos, Marco, Pertinax y Alejandro, a pesar de su vida moderada, a pesar de ser amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanitarios y benévolos, tuvieron todos, salvo Marco, triste fin. Y Marco vivió y murió amado gracias a que llegó al trono por derecho de herencia, sin debérselo al pueblo ni a los soldados, y a que, como estaba adornado de muchas virtudes que lo hacían venerable, tuvo siempre, mientras vivió, sometidos a unos y a otros a su voluntad, y nunca fue odiado ni despreciado. Pero Pertinax fue hecho emperador contra el parecer de los soldados, que, acostumbrados a vivir en la mayor licencia bajo Cómodo, no podían tolerar la vida virtuosa que aquél pretendía imponerles; y por esto fue odiado. Y como al odio se agregó al desprecio que inspiraba su vejez, pereció en los comienzos mismos de su reinado.



Y aquí se debe señalar que el odio se gana tanto con las buenas acciones como con las perversas, por cuyo motivo, como dije antes, un príncipe que quiere conservar el poder es a menudo forzado a no ser bueno, porque cuando aquel grupo, ya sea pueblo, soldados o nobles, del que tú juzgas tener necesidad para mantenerte, está corrompido, te conviene seguir su capricho para satisfacerlo, pues entonces las buenas acciones serían tus enemigas.

Detengámonos ahora en Alejandro, hombre de tanta bondad que, entre los elogios que se le tributaron, figura el de que en catorce años que reinó no hizo matar a nadie sin juicio previo; pero su fama de persona débil y que se dejaba gobernar por su madre le acarrió el desprecio de los soldados, que se sublevaron y lo mataron.

Por el contrario, Cómodo, Severo, Antonio Caracalla y Maximino fueron ejemplos de crueldad y despotismo llevados al extremo. Para congraciarse con los soldados, no ahorraron ultrajes al pueblo. Y todos, a excepción de Severo, acabaron mal. Severo, aunque oprimió al pueblo, pudo reinar felizmente en mérito al apoyo de los soldados y a sus grandes cualidades, que lo hacían tan admirable a los ojos del pueblo y del ejército que éste quedaba reverente y satisfecho, y aquél, atemorizado y estupefacto. Y como sus acciones fueron notables para un príncipe nuevo, quiero explicar brevemente lo bien que supo proceder como zorro y como león, cuyas cualidades, como ya he dicho, deben ser imitadas por todos los príncipes.

Enterado de que el emperador Juliano era un cobarde, Severo convencía al ejército que estaba bajo su mando en Esclavonia de que era necesario ir a Roma para vengar la muerte de Pertinax, a quien los pretorianos habían asesinado. Y con este pretexto, sin dar a conocer sus aspiraciones al imperio, condujo al ejército contra Roma y estuvo en Italia antes que se hubiese tenido noticia de su partida. Una vez en Roma, dio muerte a Juliano; y el Senado, lleno de espanto, lo eligió emperador. Pero para adueñarse del Estado quedaban aún a Severo dos dificultades. La primera en Oriente, donde Níger, jefe de los ejércitos asiáticos, se había hecho proclamar emperador; la segunda en Occidente, donde se hallaba Albino, quien también tenía pretensiones al imperio. Y como juzgaba peligroso declararse a la vez enemigo de los dos, resolvió atacar a Níger y engañar a Albino, para lo cual escribió a éste que, elegido emperador por el Senado, quería compartir el trono con él; le mandó el título de César y, por acuerdo del Senado, lo convirtió en su colega, distinción que Albino aceptó sin vacilar. Pero una vez que hubo vencido y muerto a Níger, y pacificadas las cosas en Oriente, volvió a Roma y se quejó al Senado de que Albino, olvidándose de los beneficios que le debía, había tratado vilmente de matarlo, por lo cual era preciso que castigara su ingratitude. Fue entonces a buscarlo a las Galias y le quitó la vida y el Estado.

Quien examine, pues, detenidamente las acciones de Severo, verá que fue un feroz león y un zorro muy astuto, y advertirá que todos le temieron y respetaron y que el ejército no lo odió; y no se asombrará de que él, príncipe nuevo, haya podido ser amo de un imperio tan vasto, porque su ilimitada autoridad lo protegió siempre del odio que sus depredaciones podían haber hecho nacer en el pueblo.

Pero Antonino, su hijo, también fue hombre, de cualidades que lo hacían admirable en el concepto del pueblo y grato en el de los soldados. Varón de genio guerrero, durísimo a la fatiga, enemigo de la molición y de los placeres de la mesa, no podía menos de ser querido por todos los soldados. Sin embargo, su ferocidad era tan grande e inaudita que, después de innumerables asesinatos aislados, exterminó a gran parte del pueblo de Roma y a todo el de Alejandría. Por este motivo se hizo odioso a todo el mundo, empezó a ser temido por los mismos que lo rodeaban y a la postre fue muerto por un centurión en presencia de todo el ejército. Conviene notar al respecto no está en manos de ningún príncipe evitar esta clase de atentados, producto de la firme decisión de un hombre de carácter, porque al que no le importa morir no le asusta quitar la vida a otro, pero no los teme al príncipe, pues son rarísimos, y preocúpese, en cambio, por no inferir ofensas graves a nadie que esté junto a él para el servicio del Estado. Es lo que no hizo Antonino, ya que, a pesar de haber asesinado en forma ignominiosa a un hermano del centurión, y de amenazar a éste diariamente con lo mismo, lo conservaba en su guardia particular: tranquilidad temeraria que tenía que traerle la muerte, y se la trajo.

Pasemos a Cómodo, a quien, por ser hijo de Marco y haber recibido el imperio en herencia, fácil le hubiera sido conservarlo, dado que con sólo seguir las huellas de su padre hubiese tenido satisfecho a pueblo y ejército. Pero fue un hombre cruel y brutal que, para desahogar su ansia de rapiña contra el pueblo, trató de captarse la benevolencia de las tropas permitiéndoles toda clase de licencias; por otra parte, olvidado de la dignidad que investía, bajo muchas veces a la arena para combatir con los gladiadores y cometió vilezas incompatibles con la majestad imperial, con lo cual se acarreó el desprecio de los soldados. De modo que, odiado por un grupo y aborrecido por el otro, fue asesinado a consecuencia de una conspiración.

Nos quedan por examinar las cualidades de Maximino. Fastidiadas las tropas por la inactividad de Alejandro, de quien ya he hablado, elevaron al imperio, una vez muerto éste, a Maximiano, hombre de espíritu extraordinariamente belicoso, que no se conservó en el poder mucho tiempo porque hubo dos cosas que lo hicieron odioso y despreciable: la primera, su baja condición, pues nadie ignoraba que había sido pastor en Tracia, y esto producía universal disgusto; la otra, su fama de sanguinario; había diferido su marcha a Roma para tomar posesión del mando, y en el intervalo, había cometido, en Roma y en todas partes del imperio, por intermedio de sus prefectos, un sin fin de depredaciones. Menospreciado por la bajeza de su origen y odiado por el temor a su ferocidad, era natural que todo el mundo se sintiese inquieto y, en consecuencia, que el África se rebelase y que el Senado y luego el pueblo de Roma y toda Italia conspirasen contra él. Su propio ejército, mientras sitiaba a Aquilea sin poder tomarla, cansado de sus crueldades y temiéndolo menos al verlo rodeado de tantos enemigos, se plegó al movimiento y lo mató.

No quiero referirme a Heliogábalo, Macrino y Juliano. que, por ser harto despreciables, tuvieron pronto fin, y atenderé a las conclusiones de este discurso. Los príncipes actuales no se encuentran ante la dificultad de tener que satisfacer en forma desmedida a los soldados; pues aunque haya que tratarlos con consideración, el caso es menos grave dado que estos príncipes no tienen ejércitos propios, vinculados estrechamente con los gobiernos y las administraciones provinciales, como estaban los ejércitos del Imperio Romano. Y si entonces había que inclinarse a satisfacer a los soldados antes que al pueblo, se explica, porque los soldados eran más poderosos que el pueblo; mientras que ahora todos los príncipes, salvo el Turco y el Sultán. tienen que satisfacer antes al pueblo que a los soldados, porque aquél puede más que éstos. Excepto al Turco, que, por estar siempre rodeado por doce mil infantes y quince mil jinetes, de los cuales dependen la seguridad y la fuerza del reino, necesita posponer toda otra preocupación a la de conservar la amistad de las tropas. Del mismo modo, conviene que el Sultán, cuyo reino está por completo en manos del ejército, conserve las simpatías de éste sin tener consideraciones para con el pueblo. Y adviértase que este Estado del Sultán es muy distinto de todos los principados y sólo parecido al pontificado cristiano, al que no puede llamársele principado hereditario ni principado nuevo, porque no son los hijos del príncipe viejo los herederos y futuros príncipes, sino el elegido para ese puesto por los que tienen autoridad. Y como se trata de una institución antigua, no le corresponde el nombre de principado nuevo, aparte de que no se encuentran en él los obstáculos que existen en los nuevos, pues si bien el príncipe es nuevo, la constitución del Estado es antigua y el gobernante recibido como quien lo es por derecho hereditario.

Pero volvamos a nuestro asunto. Cualquiera que meditase este discurso hallaría que la causa de la ruina de los emperadores citados ha sido el odio o el desprecio, y descubriría a qué se debe que, mientras parte de ellos procedieron de un modo y parte de otro, en ambos modos hubo dichosos y desgraciados. Pertinax y Alejandro fracasaron porque, siendo príncipes nuevos, quisieron imitar a Marco, que había llegado al imperio por derecho de sucesión; y lo mismo le sucedió a Caracalla, Cómodo y Maximino al intentar seguir las huellas de Severo cuando carecían de sus cualidades. Se concluye de esto que un príncipe nuevo en un principado nuevo no puede imitar la conducta de Marco ni tampoco seguir los pasos de Severo, sino que debe tomar de éste las cualidades necesarias para fundar un Estado, y, una vez establecido y firme, las cualidades de aquél que mejor tiendan a conservarlo.

## El Príncipe: Capítulo XX

Si las fortalezas, y muchas otras cosas que los príncipes hacen con frecuencia son útiles o no[editar]

Hubo príncipes que, para conservar sin inquietudes el Estado, desarmaron a sus súbditos; príncipes que dividieron los territorios conquistados; príncipes que favorecieron a sus mismos enemigos; príncipes que se esforzaron por atraerse a aquellos que les inspiraban recelos al comienzo de su gobierno; príncipes, en fin, que construyeron fortalezas, y príncipes que las arrasaron. Y aunque sobre todas estas cosas no se pueda dictar sentencia sin conocer las características del Estado donde habría de tomarse semejante resolución, hablaré, sin embargo, del modo más amplio que la materia permita.

Nunca sucedió que un príncipe nuevo desarmase a sus súbditos; por el contrario, los armó cada vez que los encontró desarmados. De este modo, las armas del pueblo se convirtieron en las del príncipe, los que recelaban se hicieron fieles, los fieles continuaron siéndolo y los súbditos se hicieron partidarios. Pero como no es posible armar a todos los súbditos, resultan favorecidos aquellos a quienes el príncipe arma, y se puede vivir más tranquilo con respecto a los demás; por esta distinción, de que se reconocen deudores al príncipe, los primeros se consideran más obligados a él, y los otros lo disculpan comprendiendo que es preciso que gocen de más beneficios los que tienen más deberes y se exponen a más peligros. Pero cuando se los desarma, se empieza por ofenderlos, puesto que se les demuestra que, por cobardía o desconfianza, se tiene poca fe en su lealtad; y cualquiera de estas dos opiniones engendra odio contra el príncipe. Y como el príncipe no puede quedar desarmado, es forzoso que recurra a las milicias mercenarias, de cuyos defectos ya he hablado; pero aun cuando sólo tuviesen virtudes, no pueden ser tantas como para defenderlo de los enemigos poderosos y de los súbditos descontentos. Por eso, como he dicho, un príncipe nuevo en un principado nuevo no ha dejado nunca de organizar su ejército según lo prueban los ejemplos de que está llena la Historia. Ahora bien: cuando un príncipe adquiera un Estado nuevo que añade al que ya poseía, entonces sí que conviene que desarme a sus nuevos súbditos, excepción hecha de aquellos que se declararon partidarios suyos durante la conquista; y aun a éstos, con el transcurso del tiempo y aprovechando las ocasiones que se le brinden, es preciso debilitarlos y reducirlos a la inactividad y arreglarse de modo que el ejército del Estado se componga de los soldados que rodeaban al príncipe en el Estado antiguo.

Nuestros antepasados, y particularmente los que tenían fama de sabios, solían decir que para conservar a Pistoia bastaban las disensiones, y para conservar a Pisa, las fortalezas; por tal motivo, y para gobernarlas más fácilmente, fomentaban la discordia en las tierras sometidas, medida muy lógica en una época en que las fuerzas de Italia estaban equilibradas, pero no me parece que pueda darse hoy por precepto, porque no creo que las divisiones traigan beneficio alguno; al contrario, juzgo inevitable que las ciudades enemigas se pierdan en cuanto el enemigo se aproxime, pues siempre el partido más débil se unirá a las fuerzas externas, y el otro no podrá resistir.

Movidos por estas razones, según creo, los venecianos fomentaban en las ciudades conquistadas la creación de guelfos y gibelinos., y aunque no los dejaban llegar al derramamiento de sangre, alimentaban, sin embargo, estas discordias entre ellos, a fin de que, ocupados en sus diferencias, no se uniesen contra el enemigo común. Pero, como hemos visto, este proceder se volvió en su contra. pues, derrotados en Vailá, uno de los partidos cobró valor y les arrebató todo el Estado. Semejantes recursos inducen a sospechar la existencia de alguna debilidad en el príncipe, porque un príncipe fuerte jamás tolerará tales divisiones, que podrán serle útiles en tiempos de paz, cuando, gracias a ellas, manejará más fácilmente a sus súbditos, pero que mostrarán su ineficacia en cuando sobrevenga la guerra.

Indudablemente, los príncipes son grandes cuando superan las dificultades y la oposición que se les hace. Por esta razón, y sobre todo cuando quiere hacer grande a un príncipe nuevo, a quien le es más necesario adquirir fama que a uno hereditario, la fortuna le suscita enemigos y guerras en su contra para darle oportunidad de que las supere y pueda, sirviéndose de la escala que los

enemigos le han traído, elevarse a mayor altura. Y hasta hay quienes afirman que un príncipe hábil debe fomentar con astucia ciertas resistencias para que, al aplastarlas, se acrecienta su gloria.

Los príncipes, sobre todo los nuevos, han hallado más consecuencia y más utilidad en aquellos que al principio de su gobierno les eran sospechosos que en aquellos en quienes confiaban. Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, gobernaba su Estado más con los que le habían sido sospechosos que con los otros. Pero de este punto no se pueden extraer conclusiones generales porque varían según el caso. Sólo diré esto: que los hombres que al principio de un reinado han sido enemigos, si su carácter es tal que para continuar la lucha necesitan apoyo ajeno, el príncipe podrá siempre y muy fácilmente conquistarlos a su causa; y lo servirán con tanta más fidelidad cuanto que saben que les es preciso borrar con buenas obras la mala opinión en que se los tenía; y así el príncipe saca de ellos más provecho que de los que, por serle demasiado fieles, descuidan sus obligaciones.

Y puesto que el tema lo exige, no dejaré de recordar al príncipe que adquiera un Estado nuevo mediante la ayuda de los ciudadanos que examine bien el motivo que impulsó a éstos a favorecerlo, porque si no se trata de afecto natural, sino de descontento con la situación anterior del Estado, difícil y fatigosamente podrá conservar su amistad, pues tampoco él podrá contentarlos. Con los ejemplos que los hechos antiguos y modernos proporcionan, medítese serenamente en la razón de todo esto, y se verá que es más fácil conquistar la amistad de los enemigos, que lo son porque estaban satisfechos con el gobierno anterior, que la de los que, por estar descontentos, se hicieron amigos del nuevo príncipe y lo ayudaron a conquistar el Estado.

Los príncipes, para conservarse más seguramente en el poder, acostumbraron construir fortalezas que fuesen rienda y freno para quienes se atreviesen a obrar en su contra, y refugio seguro para ellos en caso de un ataque imprevisto. Alabo esta costumbre de los antiguos. Pero repárese en que en estos tiempos se ha visto a Nicolás Vitelli arrasar dos fortalezas en Città di Castello para conservar la plaza. Guido Ubaldo, duque de Urbino, al volver a sus Estados de donde lo arrojó César Borgia, destruyó hasta los cimientos todas las fortalezas de aquella provincia, convencido de que sin ellas sería más difícil arrebatarle el Estado. Lo mismo hicieron los Bentivoglio al volver a Bolonia. Por consiguiente, las fortalezas pueden ser útiles o no según los casos, pues si en unas ocasiones favorecen, en otras perjudican. Podría resolverse la cuestión de esta manera: el príncipe que teme más al pueblo que a los extranjeros debe construir fortalezas; pero el que teme más a los extranjeros que al pueblo debe pasarse sin ellas. El castillo levantado por Francisco Sforza en Milán ha traído y traerá más sinsabores a la casa Sforza que todas las revueltas que se produzcan en el Estado. Pero, en definitiva, no hay mejor fortaleza que el no ser odiado por el pueblo, porque si el pueblo aborrece al príncipe, no lo salvarán todas las fortalezas que posea, pues nunca faltan al pueblo, una vez que ha empuñado las armas, extranjeros que lo socorran.

En nuestros tiempos no se ha visto que hayan favorecido a ningún príncipe, salvo a la condesa de Forlì, después de la muerte del conde Jerónimo, su marido; porque gracias a ellas pudo escapar al furor popular, esperar el socorro de Milán y recuperar el Estado. Pero entonces las circunstancias eran tales que los extranjeros no podían auxiliar al pueblo. Y después su fortaleza de nada le sirvió, cuando César Borgia la asaltó y el pueblo se plegó a él por odio a la condesa. Por lo tanto, mucho más seguro le hubiera sido, entonces y siempre, no ser odiada por el pueblo que tener fortalezas.

Consideradas, pues, estas cosas, elogiaré tanto a quien construya fortalezas como a quien no las construya, pero censuraré a todo el que, confiando en las fortalezas, tenga en poco el ser odiado por el pueblo.

## El Príncipe: Capítulo XXI

Como debe comportarse un príncipe para ser estimado[editar]

Nada hace tan estimable a un príncipe como las grandes empresas y el ejemplo de raras virtudes. Prueba de ello es Fernando de Aragón, actual rey de España, a quien casi puede llamarse príncipe nuevo, pues de rey sin importancia se ha convertido en el primer monarca de la cristiandad. Sus obras, como puede comprobarlo quien las examine, han sido todas grandes, y algunas extraordinarias. En los comienzos de su reinado tomó por asalto a Granada, punto de partida de sus conquistas. Hizo la guerra cuando estaba en paz con los vecinos, y, sabiendo que nadie se opondría, distrajo con ella la atención de los nobles de Castilla, que, pensando en esa guerra, no pensaban en cambios políticos, y por este medio adquirió autoridad y reputación sobre ellos y sin que ellos se diesen cuenta. Con dinero del pueblo y de la Iglesia pudo mantener sus ejércitos, a los que templó en aquella larga guerra y que tanto lo honraron después. Más tarde, para poder iniciar empresas de mayor envergadura, se entregó, sirviéndose siempre de la iglesia, a una piadosa persecución y despojó y expulsó de su reino a los "marranos". No puede haber ejemplo más admirable y maravilloso. Con el mismo pretexto invadió el África, llevó a cabo la campaña de Italia y últimamente atacó a Francia, porque siempre meditó y realizó hazañas extraordinarias que provocaron el constante estupor de los súbditos y mantuvieron su pensamiento ocupado por entero en el éxito de sus aventuras. Y estas acciones tuyas nacieron de tal modo una tras otra que no dio tiempo a los hombres para poder preparar con tranquilidad algo en su perjuicio.

También concurre en beneficio del príncipe el hallar medidas sorprendentes en lo que se refiere a la administración, como se cuenta que las hallaba Bernabó de Milán. Y cuando cualquier súbdito hace algo notable, bueno o malo, en la vida civil, hay que descubrir un modo de recompensarlo o castigarlo que dé amplio tema de conversación a la gente. Y, por encima de todo, el príncipe debe ingeniarse por parecer grande e ilustre en cada uno de sus actos.

Asimismo se estima al príncipe capaz de ser amigo o enemigo franco, es decir, al que, sin temores de ninguna índole, sabe declararse abiertamente en favor de uno y en contra de otro. El abrazar un partido es siempre más conveniente que el permanecer neutral. Porque si dos vecinos poderosos se declaran la guerra, el príncipe puede encontrarse en uno de esos casos: que, por ser adversarios fuertes, tenga que temer a cualquier cosa de los dos que gane la guerra, o que no; en uno o en otro caso siempre le será más útil decidirse por una de las partes y hacer la guerra. Pues, en el primer caso, si no se define, será presa del vencedor, con placer y satisfacción del vencido; y no hallará compasión en aquél ni asilo en éste, porque el que vence no quiere amigos sospechosos y que no le ayuden en la adversidad, y el que pierde no puede ofrecer ayuda a quien no quiso empuñar las armas y arriesgarse en su favor.

Antíoco, llamado a Grecia por los etoilos para arrojar de allí a los romanos, mandó embajadores a los acayos, que eran amigos de los romanos, para convencerlos de que permaneciesen neutrales. Los romanos por el contrario, les pedían que tomaran armas a su favor. Se debatió el asunto en el consejo de los acayos, y cuando el enviado de Antíoco solicitó neutralidad, el representante romano replicó "Quod autem isti dicunt non interponendi vos bello, nihil magis alienum rebus vestris est, sine gratia, sine dignitate, praemium victoris eritis" (Eso, sin embargo, dicen que no hay guerra entre las otras palabras, no hay nada más incompatible con sus intereses, sin gracia, sin dignidad, y seréis el premio del vencedor).

Y siempre verás que aquel que no es tu amigo te exigirá la neutralidad, y aquel que es amigo tuyo te exigirá que demuestres tus sentimientos con las armas. Los príncipes irresolutos, para evitar los peligros presentes, siguen la más de las veces el camino de la neutralidad, y las más de las veces fracasan. Pero cuando el príncipe se declara valientemente por una de las partes, si triunfa aquella a la que se une, aunque sea poderosa y él quede a su discreción, estarán unidos por un vínculo de reconocimiento y de afecto; y los hombres nunca son tan malvados que dando prueba de tamaña ingratitud, lo sojuzguen. Al margen de esto, las victorias nunca son tan decisivas como para que el vencedor no tenga que guardar algún miramiento, sobre todo con respecto a la justicia. Y si el aliado pierde, el príncipe será amparado, ayudado por él en la medida de lo posible

y se hará compañero de una fortuna que puede resurgir. En el segundo caso, cuando los que combaten entre sí no pueden inspirar ningún temor, mayor es, la necesidad de definirse, pues no hacerlo significa la ruina de uno de ellos, al que el príncipe, si fuese prudente, debería salvar, porque si vence queda a su discreción, y es imposible que con su ayuda no venza.

Conviene advertir que un príncipe nunca debe aliarse con otro más poderoso para atacar a terceros, sino, de acuerdo con lo dicho, cuando las circunstancias lo obligan, porque si venciera queda en su poder, y los príncipes deben hacer lo posible por no quedar a disposición de otros. Los venecianos, que, pudiendo abstenerse de intervenir, se aliaron con los franceses contra el duque de Milán, labraron su propia ruina. Pero cuando no se puede evitar, como sucedió a los florentinos en oportunidad del ataque de los ejércitos del papa y de España contra la Lombardía, entonces, y por las mismas razones expuestas, el príncipe debe someterse a los acontecimientos. Y que no se crea que los Estados pueden inclinarse siempre por partidos seguros; por el contrario, piénsese que todos son dudosos; porque acontece en el orden de las cosas que, cuando se quiere evitar un inconveniente, se incurre en otro. Pero la prudencia estriba en saber conocer la naturaleza de los inconvenientes y aceptar el menos malo por bueno.

El príncipe también se mostrará amante de la virtud y honrará a los que se distinguen en las artes. Asimismo, dará seguridades a los ciudadanos para que puedan dedicarse tranquilamente a sus profesiones, al comercio, a la agricultura y a cualquier otra actividad; y que unos no se abstengan de embellecer sus posesiones por temor a que se las quiten, y otros de abrir una tienda por miedo a los impuestos. Lejos de esto, instituirá premios para recompensar a quienes lo hagan y a quienes traten, por cualquier medio, de engrandecer la ciudad o el Estado. Todas las ciudades están divididas en gremios o corporaciones a las cuales conviene que el príncipe conceda su atención. Reúnase de vez en vez con ellos y dé pruebas de sencillez y generosidad, sin olvidarse, no obstante, de la dignidad que inviste, que no debe faltarle en, ninguna ocasión.

## El Príncipe: Capítulo XXII

### De los secretarios del príncipe[editar]

No es punto carente de importancia la elección de los ministros, que será buena o mala según la cordura del príncipe. La primera opinión que se tiene del juicio de un príncipe se funda en los hombres que lo rodean: si son capaces y fieles, podrá reputárselo por sabio, pues supo hallarlos capaces y mantenerlos fieles; pero cuando no lo son, no podrá considerarse prudente a un príncipe que el primer error que comete lo comete en esta elección.

No había nadie que, al saber que Antonio da Venafro era ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, no juzgase hombre muy inteligente a Pandolfo por tener por ministro a quien tenía. Pues hay tres clases de cerebros: el primero discierne por sí; el segundo entiende lo que los otros disciernen, y el tercero no discierne ni entiende lo que los otros disciernen. El primero es excelente, el segundo bueno y el tercero inútil. Era, pues, absolutamente indispensable que, si Pandolfo no se hallaba en el primer caso, se hallase en el segundo. Porque con tal que un príncipe tenga el suficiente discernimiento para darse cuenta de lo bueno o malo que hace y dice, reconocerá, aunque de por sí no las descubra, cuáles son las obras buenas y cuáles las malas de un ministro, y podrá corregir éstas y elogiar las otras; y el ministro, que no podrá confiar en engañarlo, se conservará honesto y fiel.

Para conocer a un ministro hay un modo que no falla nunca. Cuando se ve que un ministro piensa más en él que en uno y que en todo no busca sino su provecho, estamos en presencia de un ministro que nunca será bueno y en quien el príncipe nunca podrá confiar. Porque el que tiene en sus manos el Estado de otro jamás debe pensar en sí mismo, sino en el príncipe, y no recordarle sino las cosas que pertenezcan a él. Por su parte, el príncipe, para mantenerlo constante en su fidelidad, debe pensar en el ministro. Debe honrarlo, enriquecerlo y colmarlo de cargos, de manera que comprenda que no puede estar sin él, y que los muchos honores no le hagan desear más honores, las muchas riquezas no le hagan ansiar más riquezas y los muchos cargos le hagan temer los cambios políticos. Cuando los ministros, y los príncipes con respecto a los ministros, proceden así, pueden confiar unos en otros; pero cuando proceden de otro modo, las consecuencias son perjudiciales tanto para unos como para otros.

## El Príncipe: Capítulo XXIII

### Como huir de los aduladores[editar]

No quiero pasar por alto un asunto importante, y es la falta en que con facilidad caen los príncipes si no son muy prudentes o no saben elegir bien. Me refiero a los aduladores, que abundan en todas las cortes. Porque los hombres se complacen tanto en sus propias obras, de tal modo se engañan, que no atinan a defenderse de aquella calamidad; y cuando quieren defenderse, se exponen al peligro de hacerse despreciables. Pues no hay otra manera de evitar la adulación que el hacer comprender a los hombres que no ofenden al decir la verdad; y resulta que, cuando todos pueden decir la verdad, faltan al respeto. Por lo tanto, un príncipe prudente debe preferir un tercer modo: rodearse de los hombres de buen juicio de su Estado, únicos a los que dará libertad para decirle la verdad, aunque en las cosas sobre las cuales sean interrogados y sólo en ellas. Pero debe interrogarlos sobre todos los tópicos, escuchar sus opiniones con paciencia y después resolver por sí y a su albedrío. Y con estos consejeros comportarse de tal manera que nadie ignore que será tanto más estimado cuanto más libremente hable. Fuera de ellos, no escuchar a ningún otro, poner en seguida en práctica lo resuelto y ser obstinado en su cumplimiento. Quien no procede así se pierde por culpa de los aduladores o, si cambia a menudo de parecer, es tenido en menos.

Quiero a este propósito citar un ejemplo moderno, Fray Lucas Rinaldi, embajador ante el actual emperador Maximiliano, decía, hablando de Su Majestad, que no pedía consejos a nadie y que, sin embargo, nunca hacía lo que quería. Y esto precisamente por proceder en forma contraria a la aconsejada. Porque el emperador es un hombre reservado que no comunica a nadie sus pensamientos ni pide pareceres; pero como, al querer ponerlos en práctica, empiezan a conocerse y descubrirse, y los que los rodean opinan en contra, fácilmente desiste de ellos. De donde resulta que lo que hace hoy lo deshace mañana, que no se entiende nunca lo que desea o intenta hacer y que no se puede confiar en sus determinaciones.

Por este motivo, un príncipe debe pedir consejo siempre, pero cuando él lo considere conveniente y no cuando lo consideren conveniente los demás, por lo cual debe evitar que nadie emita pareceres mientras no sea interrogado. Debe preguntar a menudo, escuchar con paciencia la verdad acerca de las cosas sobre las cuales ha interrogado y ofenderse cuando entera de que algo no se la ha dicho por temor. Se engañan los que creen que un príncipe es juzgado sensato gracias a los buenos consejeros que tiene en derredor y no gracias a sus propias cualidades. Porque ésta es una regla general que no falla nunca: un príncipe que no es sabio no puede ser bien aconsejado y, por ende, no puede gobernar, a menos que se ponga bajo la tutela de un hombre muy prudente que lo guíe en todo. Y aun en este caso, duraría poco en el poder, pues el ministro no tardaría en despojarlo del Estado. Y si pide consejo a más de uno, los consejos serán siempre distintos, y un príncipe que no sea sabio no podrá conciliarlos. Cada uno de los consejeros pensará en lo suyo, y él no podrá saberlo ni corregirlo. Y es imposible hallar otra clase de consejeros, porque los hombres se comportarán siempre mal mientras la necesidad no los obligue a lo contrario. De esto se concluye que es conveniente que los buenos consejos, vengan de quien vinieren, nazcan de la prudencia del príncipe y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos.



## El Príncipe: Capítulo XXIV

Por qué los príncipes de Italia perdieron sus Estados[editar]

Las reglas que acabo de exponer, llevadas a la práctica con prudencia, hacen parecer antiguo a un príncipe nuevo y lo consolidan y afianzan en seguida en el Estado como si fuese un príncipe hereditario. Por la razón de que se observa mucho más celosamente la conducta de un príncipe nuevo que la de uno hereditario, si los hombres la encuentran virtuosa, se sienten más agradecidos y se apegan más a él que a uno de linaje antiguo. Porque los hombres se ganan mucho mejor con las cosas presentes que con las pasadas, y cuando en las presentes hallan provecho, las gozan sin inquirir nada; y mientras el príncipe no se desmerezca en las otras cosas, estarán siempre dispuestos a defenderlo. Así, el príncipe tendrá la doble gloria de haber creado un principado nuevo y de haberlo mejorado y fortificado con buenas leyes, buenas armas, buenos amigos y buenos ejemplos. Del mismo modo que será doble la deshonra del que, habiendo nacido príncipe, pierde el trono por su falta de prudencia.

Si se examina el comportamiento de los príncipes de Italia que en nuestros tiempos perdieron sus Estados, como el rey de Nápoles, el duque de Milán y algunos otros, se advertirá, en primer lugar, en lo que se refiere a las armas, una falta común a todos: la de haberse apartado de las reglas antes expuestas. Después se verá que unos tuvieron al pueblo por enemigo, y que el que lo tuvo por amigo no supo asegurarse de los nobles. Porque sin estas faltas no se pierden los Estados que tienen recursos suficientes para permitir levantar un ejército de campaña.

Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro, sino el que fue vencido por Tito Quincio, disponía de un ejército reducido en comparación con el de los griegos y los romanos, que lo atacaron juntos; sin embargo, como era guerrero y había sabido congraciarse con el pueblo y contener a los nobles, pudo resistir una lucha de muchos años; y si al fin perdió algunas ciudades, conservó, en cambio el reino.

Por consiguiente, estos príncipes nuestros que ocupaban el poder desde hacía muchos años no acusan a la fortuna por haberlo perdido, sino a su ineptitud. Como en épocas de paz nunca pensaron que podrían cambiar las cosas (es defecto común de los hombres no preocuparse por la tempestad durante la bonanza), cuando se presentaron tiempos adversos, atinaron a huir y no a defenderse, y esperaron que el pueblo, cansado de los ultrajes de los vencedores, volviese a llamarlos. Partido que es bueno cuando no hay otros; pero está muy mal dejar los otros por ése, pues no debemos dejarnos caer por el simple hecho de creer que habrá alguien que nos recoja. Porque no lo hay; y si lo hay y acude, no es para salvación nuestra, dado que la defensa ha sido indigna y no ha dependido de nosotros. Y las únicas defensas buenas, seguras y durables son las que dependen de uno mismo y de sus virtudes.

## El Príncipe: Capítulo XXV

Del poder de la fortuna de las cosas humanas y de los medios para oponérsele[editar]

No ignoro que muchos creen y han creído que las cosas del mundo están regidas por la fortuna y por Dios, de tal modo que los hombres más prudentes no pueden modificarlas; y, más aún, que no tienen remedio alguno contra ellas. De lo cual podrían deducir que no vale la pena fatigarse mucho en las cosas, y que es mejor dejarse gobernar por la suerte. Esta opinión ha gozado de mayor crédito en nuestros tiempos por los cambios extraordinarios, fuera de toda conjetura humana, que se han visto y se ven todos los días.

Y yo, pensando alguna vez en ello, me he sentido algo inclinado a compartir el mismo parecer. Sin embargo, y a fin de que no se desvanezca nuestro libre albedrío, acepto por cierto que la fortuna sea juez de la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja gobernar la otra mitad, o poco menos. Y la comparo con uno de esos ríos antiguos que cuando se embravecen, inundan las llanuras, derriban los árboles y las casas y arrastran la tierra de un sitio para llevarla a otro; todo el mundo huye delante de ellos, todo el mundo cede a su furor. Y aunque esto sea inevitable, no basta para que los hombres, en las épocas en que no hay nada que temer, tomen sus precauciones con diques y reparos, de manera que si el río crece otra vez, o tenga que deslizarse por un canal o su fuerza no sea tan desenfrenada ni tan perjudicial. Así sucede con la fortuna, que se manifiesta con todo su poder allí donde no hay virtud preparada para resistirle y dirige sus ímpetus allí donde sabe que no se han hecho diques ni reparos para contenerla. Y si ahora contemplamos a Italia, teatro de estos cambios y punto que los ha engendrado, veremos que es una llanura sin diques ni reparos de ninguna clase; y que si hubiese estado defendida por la virtud necesaria, como lo están Alemania, España y Francia, o esta inundación no habría provocado las grandes transformaciones que ha provocado, o no se habría producido. Y que lo dicho sea suficiente sobre la necesidad general de oponerse a la fortuna.

Pero ciñéndome más a los detalles me pregunto por qué un príncipe que hoy vive en la prosperidad, mañana se encuentra en la desgracia, sin que se haya operado ningún cambio en su carácter ni en su conducta. A mi juicio, esto se debe, en primer lugar, a las razones que expuse con detenimiento en otra parte, es decir, a que el príncipe que confía ciegamente en la fortuna perece en cuanto en cuanto ella cambia. Creo también que es feliz el que concilia su manera de obrar con la índole de las circunstancias, y que del mismo modo es desdichado el que no logra armonizar una cosa con la otra. Pues se ve que los hombres, para llegar al fin que se proponen, esto es, a la gloria y las riquezas, proceden en forma distinta: uno con cautela, el otro con ímpetu; uno por la violencia, el otro por la astucia; uno con paciencia, el otro con su contrario; y todos pueden triunfar por medios tan dispares. Se observa también que, de dos hombres cautos, el uno consigue su propósito y el otro no, y que tienen igual fortuna dos que han seguido caminos encontrados, procediendo el uno con cautela y el otro con ímpetu: lo cual no se debe sino a la índole de las circunstancias, que concilia o no con la forma de comportarse. De aquí resulta lo que he dicho: que dos que actúan de distinta manera obtienen el mismo resultado; y que de dos que actúan de igual manera, uno alcanza su objeto y el otro no. De esto depende asimismo el éxito, pues si las circunstancias y los acontecimientos se presentan de tal modo que el príncipe que es cauto y paciente se ve favorecido, su gobierno será bueno y él será feliz; mas si cambian, está perdido, porque no cambia al mismo tiempo su proceder. Pero no existe hombre lo suficientemente dúctil como para adaptarse a todas las circunstancias, ya porque no puede desviarse de aquello a lo que la naturaleza lo inclina, ya porque no puede resignarse a abandonar un camino que siempre le ha sido próspero. El hombre cauto fracasa cada vez que es preciso ser impetuoso. Que si cambiase de conducta junto con las circunstancias, no cambiaría su fortuna.

El papa Julio II se condujo impetuosamente en todas sus acciones, y las circunstancias se presentaron tan de acuerdo con su modo de obrar que siempre tuvo éxito. Considérese su primera empresa contra Bolonia, cuando aun vivía Juan Bentivoglio. Los venecianos lo veían con desagrado, y el rey de España deliberaba con el de Francia sobre las medidas por tomar; pero Julio II, llevado por su ardor y su ímpetu, inició la expedición poniéndose él mismo al frente de las tropas. Semejante paso dejó suspensos a España y a los venecianos; y éstos por miedo, y aquélla con la esperanza de recobrar todo el reino de Nápoles, no se movieron; por otra parte, el rey de

Francia se puso de su lado, pues al ver que Julio II había iniciado la campaña, y como quería ganarse su amistad para humillar a los venecianos, juzgó no poder negarle sus tropas sin ofenderlo en forma manifiesta. Así, pues, Julio II, con su impetuoso ataque, hizo lo que ningún pontífice hubiera logrado con toda la prudencia humana; porque si él hubiera esperado para partir de Roma a tener todas las precauciones tomadas y ultimados todos los detalles, como cualquier otro pontífice hubiese hecho, jamás habría triunfado, porque el rey de Francia hubiera tenido mil pretextos y los otros amenazado con mil represalias. Prefiero pasar por alto sus demás acciones, todas iguales a aquella y todas premiadas por el éxito, pues la brevedad de su vida no le permitió conocer lo contrario. Que, a sobrevenir circunstancias en las que fuera preciso conducirse con prudencia, corriera a su ruina, pues nunca se hubiese apartado de aquel modo de obrar al cual lo inclinaba su naturaleza.

Se concluye entonces que, como la fortuna varía y los hombres se obstinan en proceder de un mismo modo, serán felices mientras vayan de acuerdo con la suerte e infelices cuando estén en desacuerdo con ella. Sin embargo, considero que es preferible ser impetuoso y no cauto, porque la fortuna es mujer y se hace preciso, si se la quiere tener sumisa, golpearla y zaherirla. Y se ve que se deja dominar por éstos antes que por los que actúan con tibieza. Y, como mujer, es amiga de los jóvenes, porque son menos prudentes y más fogosos y se imponen con más audacia.

## El Príncipe: Capítulo XXVI

### Exhortación a liberar a Italia de los bárbaros[editar]

Después de meditar en todo lo expuesto, me preguntaba si en Italia, en la actualidad, las circunstancias son propicias para que un nuevo príncipe pueda adquirir gloria, esto es necesario a un hombre prudente y virtuoso para instaurar una nueva forma de gobierno, por la cual, honrándose a sí mismo, hiciera la felicidad de los italianos. Y no puede menos que responderme que eran tantas las circunstancias que concurrían en favor de un príncipe nuevo, que difícilmente podría hallarse momento más adecuado. Y si, como he dicho, fue preciso para que Moisés pusiera de manifiesto sus virtudes que el pueblo de Israel estuviese esclavizado en Egipto, y para conocer la grandeza de Ciro que los persas fuesen oprimidos por los medas, y la excelencia de Teseo que los atenienses se dispersaran, del mismo modo, para conocer la virtud de un espíritu italiano, era necesario que Italia se viese llevada al extremo en que yace hoy, y que estuviese más esclavizada que los hebreos, más oprimida que los persas y más desorganizada que los atenienses; que careciera de jefe y de leyes, que se viera castigada, despojada, escarnecida e invadida, y que soportara toda clase de vejaciones. Y aunque hasta ahora se haya notado en este o en aquel hombre algún destello de genio como para creer que había sido enviado por Dios para redimir estas tierras, no tardó en advertirse que la fortuna lo abandonaba en lo más alto de su carrera. De modo que, casi sin un soplo de vida, espera Italia al que debe curarla de sus heridas, poner fin a los saqueos de Lombardia y a las contribuciones del Reame y de Toscana y cauterizar sus llagas desde tanto tiempo gangrenadas.

Vedla cómo ruega a Dios que le envíe a alguien que la redima de esa crueldad e insolencia de los bárbaros. Vedla pronta y dispuesta a seguir una bandera mientras haya quien la empuña. Y no se ve en la actualidad en quien uno pueda confiar más que en vuestra ilustre casa, para que con su fortuna y virtud, preferida de Dios y de la Iglesia, de la cual es ahora príncipe, pueda hacerse jefe de esta redención. Y esto no os parecerá difícil si tenéis presentes la vida y acciones de los príncipes mencionados. Y aunque aquéllos fueron hombres raros y maravillosos, no dejaron de ser hombres; y no tuvo ninguno ocasión tan favorable como la presente; porque sus empresas no fueron más justas ni más fáciles que ésta, ni Dios les fue más benigno de lo que lo es con vos. Que es justicia grande: *iustum enim est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est* (porque la batalla es sólo cuando es forzado, y los amorosos brazos es donde no hay esperanza, salvo en los brazos). Aquí hay disposición favorable; y donde hay disposición favorable no puede haber grandes dificultades, y sólo falta que vuestra casa se inspire en los ejemplos de los hombres que he propuesto por modelos. Además, se ven aquí acontecimientos extraordinarios, sin precedentes, ejecutados por voluntad divina: las aguas del mar se han separado, una nube os ha mostrado el camino, ha brotado agua de la piedra y ha llovido maná; todo concurre a vuestro engrandecimiento. A vos os toca lo demás. Dios no quiere hacerlo todo para no quitarnos el libre albedrío ni la parte de gloria que nos corresponde.

No es asombroso que ninguno de los italianos a quien he citado haya podido hacer lo que es de esperar que haga vuestra ilustre casa, ni es extraño que después de tantas revoluciones y revueltas guerreras parezca extinguido el valor militar de nuestros compatriotas. Pero se debe a que la antigua organización militar no era buena y a que nadie ha sabido modificarla. Nada honra tanto a un hombre que se acaba de elevar al poder como las nuevas leyes y las nuevas instituciones ideadas por él, que si están bien cimentadas y llevan algo grande en sí mismas, lo hacen digno de respeto y admiración. E Italia no carece de arcilla modelable. Que si falta valor en los jefes, sóbrales a los soldados. Fijaos en los duelos y en las riñas, y advertid cuán superiores son los italianos en fuerza, destreza y astucia. Pero en las batallas, y por culpa exclusiva de la debilidad de los jefes, su papel no es nada brillante; porque los capaces no son obedecidos; y todos se creen capaces, pero hasta ahora no hubo nadie que supiese imponerse por su valor y su fortuna, y que hiciese ceder a los demás. A esto hay que atribuir el que, en tantas guerras habidas durante los últimos veinte años, los ejércitos italianos siempre hayan fracasado, como lo demuestran Taro, Alejandría, Capua, Génova, Vailá, Bolonia y Mestri.

Si vuestra ilustre casa quiere emular a aquellos eminentes varones que libertaron a sus países, es preciso, ante todo, y como preparativo indispensable a toda empresa, que se rodee de armas

propias; porque no puede haber soldados más fieles, sinceros y mejores que los de uno. Y si cada uno de ellos es bueno, todos juntos, cuando vean que quien los dirige, los honra y los trata paternalmente es un príncipe en persona, serán mejores. Es, pues, necesario organizar estas tropas para defenderse, con el valor italiano, de los extranjeros. Y aunque las infanterías suiza y española tienen fama de temibles, ambas adolecen de defectos, de manera que un tercer orden podría no sólo contenerlas, sino vencerlas. Porque los españoles no resisten a la caballería, y los suizos tienen miedo de la infantería que se muestra tan porfiada como ellos en la batalla. De aquí que se haya visto y volverá a verse que los españoles no pueden hacer frente a la caballería francesa, y que los suizos se desmoronan ante la infantería española. Y por más que de esto último no tengamos una prueba definitiva, podemos darnos una idea por lo sucedido en la batalla de Ravena, donde la infantería española dio la cara a los batallones alemanes, que siguen la misma táctica que los suizos; pues los españoles, ágiles de cuerpo, con la ayuda de sus broqueles habían penetrado por entre las picas de los alemanes y los acuchillaban sin riesgo y sin que éstos tuviesen defensa, y a no haber embestido la caballería, no hubiese quedado alemán con vida. Por lo tanto, conociendo los defectos de una y otra infantería, es posible crear una tercera que resista a la caballería y a la que no asusten los soldados de a pie, lo cual puede conseguirse con nuevas armas y nueva disposición de los combatientes. Y no ha de olvidarse que son estas cosas las que dan autoridad y gloria a un príncipe nuevo.

No se debe, pues, dejar pasar esta ocasión para que Italia, después de tanto tiempo, vea por fin a su redentor. No puedo expresar con cuánto amor, con cuánta sed de venganza, con cuanta obstinada fe, con cuanta ternura, con cuántas lágrimas, sería recibido en todas las provincias que han sufrido el aluvión de los extranjeros. ¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Qué pueblos negaríanle obediencia? ¿Qué envidias se le opondrían? ¿Qué italiano le rehusaría su homenaje? A todos repugna esta dominación de los bárbaros. Abraza, pues, vuestra ilustre familia esta causa con el ardor y la esperanza con que se abrazan las causas justas, a fin de que bajo su enseña la patria se ennoblezca y bajo sus auspicios se realice la aspiración de Petrarca:

La virtud tomará las armas contra el atropello,  
el combate será breve,  
puesto que el antiguo valor  
en los corazones italianos aún no ha muerto.